

# MEDITACIÓN DEL PUEBLO JOVEN Y OTROS ENSAYOS SOBRE LATINOAMÉRICA

**José Ortega y Gasset**

## NOTA PRELIMINAR

*Este nuevo volumen de la colección «Obras de José Ortega y Gasset», como el titulado Ensayos sobre la 'Generación del 98' y otros escritores españoles contemporáneos, pretende ofrecer al lector las páginas reunidas que Ortega consagró a un determinado tema. Si en aquél título se trataba de un caso doméstico, en éste, por el contrario, la materia es un programa universal: el caso del «pueblo joven», es decir, la específica sociedad nacida del hecho colonial, cuestión decisiva en el mundo contemporáneo, tan influido por el llamado «tercer mundo», que no procede sino de formas sociales originadas en la colonización de las más diversas tierras por el hombre europeo.*

*La meditación de Ortega se atiene, especialmente, al ejemplo histórico del continente trasatlántico, a los pueblos surgidos en tierras de América tras su ocupación por gentes de Europa. Y lo reunido en este volumen es cuanto Ortega escribió sobre los países americanos, tomándolos como tema o como interlocutor de sus palabras. Una conferencia, un discurso, un «aviso» y unos fragmentos, aparecidos entre los papeles de Ortega, según detallo en su lugar, se publican aquí por primera vez. El resto va*

*corregido conforme a los originales. Y ordenado según la cronología de su edición o de su redacción en el caso de los textos inéditos.*

*La experiencia americana de Ortega, principalmente en la Argentina, es un dato capital de su biografía: «Debo una parte substancial de mí mismo, de mi vida, a la Argentina», confiesa Ortega en uno de los ensayos aquí recopilados, y es, además, la fuente principal de sus reflexiones acerca de la específica estructura de los «pueblos jóvenes».*

*Las páginas de Ortega aquí reunidas contienen, pues, de un lado, el testimonio de esa parte «substancial» de su vida; de otro, el análisis de las sociedades americanas en las pasadas décadas y, por último, el teórico planteamiento de esa específica forma de vida –que, como todo lo humano, tiene su precisa estructura– que es el «pueblo joven» americano. A juicio de Ortega, el final de esa transitoria forma de vida, y tanto en la Argentina como en los Estados Unidos de Norte América, acontece precisamente, en nuestros días. Una vez más, el pensamiento de Ortega aspira a esclarecer los temas de nuestro tiempo con la luz de la teoría.*

PAULINO GARAGORRI.

## EL NOVECENTISMO

(Conferencia en el teatro Odeón de Buenos Aires, el 15 de noviembre de 1916. Transcribo el texto, inédito, del original manuscrito preparatorio de la intervención.)

Aparte unas cuantas palabras pronunciadas en una reunión de estudiantes es esta la primera vez que me dirijo al público bonaerense desde las tablas de un teatro. Confieso que me ha costado no poco esfuerzo resolverme a ello y sólo he roto mi contraria norma ante la reiterada invitación de estos hombres que colaboran en la revista *Nosotros*, con los cuales, dejando a un lado múltiples divergencias, me une un común afán de combatir por el triunfo del espíritu.

Este mi horror hacia las bambalinas, no ha de interpretarse como desdén por el arte teatral. Al contrario: los teatros me parecen edificios necesarios excelentes para que en ellos luzcan los actores sus admirables juegos imitativos y los poetas municipales arrebatan al amplio auditorio recitando sus poesías de ornamento. Pero es el caso que yo no soy ni lo uno ni lo otro sino un temperamento sencillo, propenso a las meditaciones, que no sabe hablar más que en voz baja, como al oído, de cosas graves e inamenas, que

no toleran frivolidad alguna porque cada una de ellas envía una raíz a la raíz misma de nuestra persona.

Los últimos setenta años –de los cuales vamos hoy a murmurar bastante- parecen haberse complacido en desprestigiar las más nobles potencias del hombre. Y una de ellas, la palabra.

Son las palabras, señores, místicas ampolluelas incorpóreas que se desprenden de los senos del alma y en el aire vibrátil se quiebran derramando sus esencias de intimidad; ellas llevan nuestros pensamientos y nuestros temblores sentimentales, partículas de nosotros mismos y quedan impregnando la atmósfera y hacen de aposento donde resuenan como una ampliación del propio ánimo. La palabra es confesión. Todo otro destino que se le quiera dar es sucedáneo o impío y el idioma que aspira siempre a la plenitud de su misión consistirá en un verter nuestra alma sobre el alma ajena intentado romper la terrible, radical soledad de los espíritus, con que la vida social tan enferma de ficciones finge entre nosotros *proximidades* que en rigor no existen. Al contrario, en hora de sinceridad con nosotros mismos, solemos sentir rodar nuestras almas como astros mudos las unas sobre las otras, pero siempre las unas fuera de las otras, sin que se penetren, sin que se conozcan, sin que se deseen. Cuando el fiero viento africano sopla sobre la duna del desierto empuja el tropel de las arenas en una misma dirección; al verlas nosotros sacudidas por el aéreo remolino decimos que van juntas, pero cada uno de los granos arenosos suspenso en el aire no sabe nada del grano más próximo, que vuela como él arrebatado por le mismo empuje elemental.

Frente a esta soledad nativa tiene la palabra un oficio exquisitamente religioso porque religión es obra de ligar, de unir, de comunicación, de comunión. Recordad la más bella palabra del Cristo, palabra de trascendente democracia: Siempre que estéis juntos me tendréis entre vosotros. ES decir, cuando los hombres tienen la energía de romper su torpe aislamiento y fluyen las almas al través unas de otras, como líquidas corrientes, entonces desciende sobre ellas una divina potencia.

Mas para ello es menester –como alguna vez he dicho- que el orador deje de ser un juglar y empiece a ser hermano de su público, que tenga la valentía y la humildad de abrir las puertas de su morada íntima e invitar a los que escuchan a circular por ella, exponiéndose claro está a que descubran en nosotros pensamientos incompletos, ignorancias insospechadas, y tal vez alguna turbia, impura emoción nuestra que avergonzada, para no ser vista, bien quisiera embozarse en un pliegue de retórica.

El teatro es ficción, la palabra es confesión. Y como yo no sé hablar de otra manera comprenderéis que me es ingrato pensar que un trozo de mí mismo queda enredado en una bambalina símbolo de la farsa.

Gran número de cuadros italianos de la mejor época lleva un título común que siempre ha levantado en mi interior melancólicas emanaciones; se titulan *Santa conversazione*. Siempre hay en ellos una *Madonna* de luminosas mejillas, sentada en un trono y en torno de ella dos, cuatro o seis santos que le hacen contertulia. No cabe nada más sencillo, ¿no es cierto? Y, sin embargo, no es una conversación como otra cualquiera. En primer lugar, los interlocutores ¡ni se miran siquiera!, sus labios no se mueven, sus cuerpos han tomado actitudes que podrían permanecer durante toda la eternidad. Al punto advertimos que allí se habla sólo de cosas esenciales, de los eternos temas. Cada figura se mantiene ensimismada, como inclinada sobre su propio corazón, atenta a los rumores que en él se hacen, esperando que brote el surtidor de los cordiales pensamientos. Allí en el fondo del propio pecho encuentra cada uno el eco de los demás, de los otros corazones igualmente profundos y líricos. Porque, hablando cada

cual con el fondo insobornable de sí mismo, es como comprendemos, como entendemos mejor a los demás. Veis, que es la *Santa conversazione* una música *di camera* que en cada instrumento toca su tema personal confiando que un dios oculto haya entre todos asegurado, preestablecido, la armonía.

Pues bien, señores, intentemos hacer esta tarde una *Santa conversazione* entre nosotros los pecadores.

Pero, ¿de qué hablaremos? Desde que me anticiparon la calidad del público que esta tarde iba a reunir aquí su benevolencia ha sido esa pregunta para mí una congoja. ¡Han sido mi vida, mis preocupaciones, mis dolores, mis entusiasmos tan lejanos de los vuestros!

Pero ¿de qué hablaremos? Cómo podrá nada mío interesaros. Somos tan distintos, somos tan remotos, a despecho de la supuesta fraternidad hispano americana que suele presentarse al final de los banquetes, entre el *champagne*, y la adición, como la mano fatídica en casa de Baltasar. Somos muy remotos: yo he nacido en una antigua raza venerable, harta de glorias y de angustias, al tiempo que esta raza parecía tenderse hacia la muerte. Con otros hombres de las nuevas generaciones, más fuertes que yo, más puros que yo, he luchado por renovar la conciencia española y para ello he vagado el mundo en busca de las más abstractas disciplinas. Allá en mi tierra no soy mas que un dómine entusiasta que vive solitario entre montañas de grito de las más viejas del planeta dejando que sobre mí vierta su vieja sombra ascética en enorme y sombrío monasterio de El Escorial, a la manera de una amonestación, de un imperativo; mientras os hablo se me presenta la imagen del colosal monumento, símbolo de mi raza, nuestra gran piedra lírica, que aguarda en el paisaje de granito, hosco y silencioso como un pedernal gigantesco, la mano española que ha de arrancarle la chispa espiritual.

Y estoy ante vosotros, gentes que habitan en la blanda rivera del Plata sobre una ancha tierra grasa. Pueblo de vida germinal, como Leibniz diría, un pueblo en *status nascens*, absorbido por la organización económica, lleno de optimismo aspirante, poco preocupado, demasiado poco preocupado de ciencia –ya veis mi sinceridad-, pero fuerte, sano y niño como aquel retoño de cíclopes que cuando era infante, según canta el poeta, sentado sobre las colinas jugaba con las águilas.

Somos muy distintos y para mayor congoja han venido damas esta tarde. ¿Cómo adivinar qué interesaría a esta damas bonaerenses, cuyos sentimientos conozco sólo como se conocen las estrellas, es decir, otros mundos misteriosos que miramos desde el nuestro? Porque también yo me he dejado alguna vez conducir hasta Palermo, donde camináis rápidas, sin pisar sobre la tierra, y os he visto pasar con vuestros grandes ojos oscuros habitados por enjambres de esperanzas. Convenid conmigo en que para un modesto profesor de filosofía nada de ello es tranquilizador. Hemos vivido a miles de leguas vosotros de mí y yo de vosotros en el espacio, y las intenciones que yo pienso y amos y sufro y odio ¿cómo podrán interesaros? Y, sin embargo, he aquí que peregrino de humanidad mi corazón como un cometa errabundo y encendido va a rozar, un instante, el curso de vuestra alma porteña.

Bajo estas innegables diferencias que he querido acentuar hay entre nosotros profundas identidades. Tenemos por lo menos una dimensión común: la de la fecha, la de la época, el tiempo en que vivimos. Por vuestras venas corre la sangre de este siglo joven que padece iniciación tan turbulenta. Pertenece, pues, al mismo remolino, la misma ráfaga del vendaval nos mantiene a todos suspensos sobre el abismo de la vida.

De esto, pues, creo que debo hablaros: del novecentismo. El 1900 no significa sólo una cifra que varía en el calendario, es una nueva sensibilidad en los corazones. Pocas

veces habrá coincidido la aparición de la fecha secular con un cambio tan rápido y tan hondo en la manera de sentir. Desde luego advierto que en nada me refiero a la guerra actual que, en forma inaudita ha incendiado la línea toda del horizonte. Las guerras no crean ni aniquilan nada espiritual; son a lo sumo vehículos grandiosos de ideas y sentimientos. Así, los soldados de Grecia y los de Napoleón al herir con sus lanzas a los pueblos bárbaros los dejaban infeccionados del sublime temblor de sus sabios y sus poetas.

Por muy hondo que sea el fenómeno guerrero es más profundo el cambio de sensibilidad que trae una época.

Porque qué porciones del mundo existan para nosotros en cada instante depende más que de las cosas del mundo del estado de nuestra atención. Del poder de lo existente llega a nosotros en cada hora sólo aquella parte favorecida por nuestro interés, por nuestra sensibilidad. El que habita junto a una catarata no suele oír su espumoso estruendo y el hombre absorbido en reflexiones está ciego para cuanto le rodea. Una súbita mudanza en nuestra atención produce un cambio increíble en nuestro panorama.

El carácter de cada individuo podría definirse por la clase de objetos hacia que gravita espontáneamente su atención. Este va hacia el arte, el otro hacia la política ambición, aquel va hacia los placeres fatalmente como las piedras hacia el centro de la tierra. La atención de unos es retenida por el recuerdo, por las cosas pretéritas y viven encorvados sobre el gravamen de las reminiscencias, en tanto que otros sólo perciben lo futuro y porvenir, almas dotadas de largas alas utópicas que no les dejan posarse sobre lo presente y actual.

Pues bien, señores, una nueva época no es sino un nuevo régimen de la atención.

Pero no somos sólo ojos y oídos y pensamiento: más profundamente que ojos y oídos y pensamiento somos emoción. Hay un atender y desatender sentimentalmente que solemos llamar estimación y desestimación. Cuando vemos o pensamos algo, además de verlo o pensarlo, hacemos recaer sobre ello una valoración o evaluación. Nada hay que estrictamente nos sea indiferente: lo amamos o lo odiamos, lo estimamos o lo menospreciamos, sobre todo lo preferimos o lo posponemos. Llevamos en nuestro pecho una incansable, trémula máquina de preferir que nos hace colocar cosas y personas en una perspectiva sentimental, en un sistema de valores, en una jerarquía de rangos, desde aquél último e ínfimo donde situamos lo que nos parece abyecto hasta aquel sublime y radiante rango donde elevamos lo que nos parece divinamente amable. Para que una nueva época comience ni siquiera es necesario que entren en nuestro campo visual nuevas realidades, no es menester que se descubra un mundo nuevo que se celaba entre las espumas de un mar, ni que las ciencias físicas inventen nuevos aparatos, ni que la industria y la economía cambien radicalmente.

En uno de sus cuentos fantásticos narra Wells, el ingenioso escritor britano, que un aficionado a antigüedades halló en un comercio de ellas un huevo de cristal. Extrañado de que tal objeto se hallase entre piezas de tan grande precio, le ocurrió comprarlo y salió a la calle examinando la inocente mercancía. De pronto, al dar al huevo cristalino una cierta inclinación vio reflejarse en él extrañas escenas donde seres desconocidos iban y venían. Era que el huevo, puesto en aquella inclinación por una complicada serie de refracciones recogía los rayos de un planeta y reproduciendo su superficie permitía sorprender la vida doméstica del astro.

Pues bien, señores, para que un mundo nuevo, verdaderamente nuevo exista basta con que el corazón del hombre, breve nido de venas azules, se incline un poco a este lado o al otro del infinito horizonte de la vida. Basta con que modifique su perspectiva de

preferencias y como en un caleidoscopio las mismas piezas reales formarán un orbe distinto.

Como una tenue alborada en oriente sentimos que gana el mundo un nuevo tinte y ordenación. Los hombres ya caducos no pueden percibirlo; los demasiado jóvenes tampoco. Notad que vuestro ánimo se compone siempre de dos legiones diversas que luchan entre sí; hasta una cierta edad no hacemos sino recibir ideas y normas de los padres, de los maestros, de la sociedad ambiente; todo eso que llevamos no es nuestro, es herencia y depósito. Conforme la vida avanza se van incorporando en nosotros ciertos juicios y criterios originales, ciertas preferencias e imperativos que no hemos aprendido de nadie, que han brotado espontáneamente de nuestras entrañas, como el fruto se forma de la raíz del árbol. Al ser distintos de nuestros padres es fatal que este germinante espíritu original discrepe de lo que aprendimos y recibimos. Cada generación es el escenario de ese combate entre el pasado que se hereda y el porvenir que se crea. Y cuando la generación coincide con una crisis de la historia, el momento es gravísimo.

Así acontece hoy.

Hay generaciones en que la corriente de las ideas y los sentimientos, de la cultura parece destinada a mudar de dirección quebrándose en bisel. ¡Cuán difícil es el destino de tales generaciones! ¡Cuántas veces han fracasado y por falta de vigor dejaron su misión incumplida! Porque creed que es precisa una grande y dolorosa energía para desatenderse de lo que padres y maestros nos enseñaron. El pasado y la tradición tienen sobre nosotros una mística autoridad; lo que contienen lo hallamos cuando nacimos, ya hecho, solemne y como eterno. La tradición nos dice cálidas palabras de madre, tiene cálida voz de conseja, voz lenta y letal de nodriza que cuenta el buen cuento sabido junto al fuego en invierno. Pero la historia nos exige ahora que rompamos con todo eso, que seguemos las amarras y nos lancemos a alta mar en ruta ignota. Lo exige impositivamente porque si no, si perpetuamente insistimos en el pasado, no llegará nunca a ser pasado; la historia se estancará, y el pulso apasionado de la vida quedará muerto en las venas del hombre.

Hemos, pues, de luchar contra las seducciones tradicionales para salvarnos y con nosotros salvar el porvenir, haciendo lo que hacían los marinos mediterráneos para librarse del encanto oculto en el canto de las sirenas: cantarlo del revés. Tenemos que volvernos de cara al siglo XIX –mejor dicho, a su segunda mitad- y decirle: Respetamos tus ideales, pero necesitamos enterrarlos para dejar espacio libre al florecer de los nuestros: porque fueron tuyos esos ideales no pueden ser nuestros. No pretendas pervivir una vez fenecido, la tierra es para los que alientan. Recuerda que Virgilio puso en el infierno a Mecencio porque se entretenía en atar los muertos a los vivos. Buen siglo XIX, nuestro padre, ha llegado la hora de tus hijos, escucha cómo sobre tu frente yerta se anuncian sonos y pasan como vagidos de tiempo nuevo.

¡Adelante!

Natural era que la nueva sensibilidad sólo comenzase su epifanía cuando la nueva generación, la primera generación novecentista arriba al medio del camino de su existencia. Los treinta años son la edad en que los hombres empezamos a ser fieles a nosotros mismos. En la muchachez siempre preferimos otra cosa a nosotros: vivimos en constante imitación, hoy somos el héroe de esta novela que leemos, mañana nos dejamos arrebatar por la palabra del maestro, luego gesticulamos según la pauta que un personaje político nos impone.

A los treinta años, empero, doblamos un cabo, un promontorio de la existencia y súbitamente descubrimos por vez primera a lo lejos la fina línea blanca que hace la cresta de nieve del fin de la vida. Aún goza el hombre de sus jóvenes energías, pero aquella línea frígida y cándida va a subrayar nuestras horas, va a inclinarse severa sobre nuestros actos exigiéndoles plenitud. La vida es limitada, por tanto es preciso cargarla bien de realidades. Se acabaron los juegos, se acabó la acción imaginaria pueril en que nos contentamos con repercutir las acciones ajenas en que somos sombras de otros, nos figuramos creer lo que no creemos, y creemos amar lo que no amamos.

A los treinta años se incorpora de súbito en el hombre la resuelta voluntad de sí mismo. Es la hora de plenitud; no hay sombras ni ficciones, nuestro ánimo celebra su agudo mediodía. Entonces hacemos a la vida la demanda viril por excelencia, la que parece más sencilla y más ingenua y es, sin embargo, la más trágica. Nuestra urgente demanda a la vida es ésta: Haznos felices. La existencia es demasiado breve para que la gastemos en ensayos, en fingimientos, en hacernos la ilusión de que nos contenta y satisface lo que apenas roza nuestros nervios.

Exigimos felicidad —el cumplimiento de nuestra vocación. Pero ya esta palabra felicidad pertenece al tiempo nuevo; todavía en la atmósfera pública y vulgar dominada aún por ingredientes del siglo XIX suena mal, y la mayor parte de los oídos se asusta de la sombra que esta palabra tiende sobre el ánimo.

En los últimos cincuenta años era intolerable que un hombre pidiese eso: ser él feliz. Sonaba a frivolidad, si no a pecado. El escándalo que en Europa produjo la *Casa de muñecas*, de Visen, me sirve como prueba de lo que digo. La Nora ibseniana es un pobre corazón anhelante de alondra mañanera que no pide sino esto sobre la tierra: ser feliz. Pero eso sí: ser ella feliz —no sólo que sea feliz su marido, ni su familia, ni el estado, ni el sistema solar. Ella, ella misma quiere ser feliz, quiere sentir henchido el breve cuenco rojo de su corazón. Y esto parecía de tal modo absurdo e intolerable que Nora tuvo que sucumbir, y hoy vemos en su gentil figura nortea una heroína novecentista, una precursora de nuestro porvenir.

Sale hacia nosotros del siglo XIX una bocanada de atroz, agrio pesimismo: los hombres se complacían en elaborar la lista de los dolores sublunares y en medir el volumen de la amargura cósmica. Durante diez años, sobre todo, centenares de europeos, leyendo a Schopenhauer, ponían el punto a un párrafo con un pistoletazo en la sien. Tal vez a aquel párrafo terrible e ingenioso en que dice Schopenhauer: Quien dude de que la suma del dolor en el mundo supera a la suma del placer no tiene más que comparar el placer de la zorra que se come a la liebre con el dolor de la liebre al ser comida por la zorra.

Y sobre pesimista la pasada centuria era escéptica. Renunciaba de buen grado a precisar las verdades últimas, los valores definitivos y se contentaba vacilando entre aproximaciones y relatividades. El positivismo, el agnosticismo, que eran su visión de la vida —estoy por decir, su teología—, solo se comprenden en temperamentos indecisos, sin elasticidad ni solidaridad consigo mismos, regatos para vivir entre dos aguas, incapaces de trágica tensión. Nuestra sensibilidad es en este punto también contrapuesta a la de nuestros maestros: no estimamos la fe del carbonero, pero igualmente repugnamos ese escepticismo también de carbonero. En los quince años que van de siglo el imperio ideológico ha pasado casi íntegramente de las filosofías relativistas y escépticas a nuevas doctrinas absolutistas. Esto es un hecho y si, por lo que he observado, la juventud argentina desconoce ese hecho no es mía la culpa ni, por ventura, de nadie individualmente. Procede de que el pueblo argentino vive demasiado exclusivamente atenido a la influencia intelectual de un cierto pueblo, ilustre y glorioso como ninguno,

pero que por desgracia ha sufrido un transitorio decaimiento. Mas el tema es harto delicado para ser ahora desenvuelto.

Más característico aún del siglo último que su pesimismo y su escepticismo frívolo es, sin embargo, su propensión utilitaria. En esa propensión podemos sorprender con toda claridad la diferencia entre su sensibilidad y la que, incierta, naciente fa fermentando en nuestros pechos.

La visión de la vida en el siglo XIX ha sido ante todo y sobre todo utilitaria. La utilidad, señores, no es una cosa, sino un valor que las cosas tienen o no tienen. Es un valor entre otros mil –como es un valor la bondad o la nobleza, o la santidad. Ahora bien, el siglo XIX ha permanecido casi ciego para todo otro valor que no fuese el valor útil. Ha llegado a interpretar el bien como la utilidad, y ha predicado una moral de utilitarismo y la ha inyectado en nuestras venas y muchos que creen no seguir esa moral son los más siervos de ella.

En este exclusivismo de lo útil se nos hace patente la perversión espiritual de la pasada centuria porque de una como perversión o enfermedad psicológica se trata.

Utilidad es el valor que una cosa tiene cuando sirve para otra, cuando es medio para un fin.

El ideal de las nuevas generaciones parece ser más bien de un dinamismo impetuoso. Síntoma claro de ello es que ha dejado de interesarnos la novela realista, que es la poesía del determinismo material, el género literario positivista. Daudet o Maupassant o Zola han traspuesto como constelaciones extemporéas el horizonte de la atención. Y en cambio Stendhal y Dostoyewsky conquistan más y más la preferencia. Porque a uno y otro no les importa en arte la realidad, sino que usan de ella meramente como de un punto de apoyo donde toman su vuelo unas pasiones. Comprenden que es absurdo repetirnos lo que ya han visto nuestros ojos, y sólo les interesa producir en el ámbito interno de la obra un puro dinamismo, un sistema de afectos tirantes, un giro tempestuoso de los ánimos. En suma, más bien que una novela, una tragedia. El conflicto en la tragedia no nace como se ha dicho de la fatalidad; este personaje anónimo no podría interesarnos. Nace, al contrario, el conflicto porque las figuras trágicas tienen una voluntad de bronce y están resueltas a no renunciar a sí mismas, a oponerse, a imponerse al medio hostil. Así mirando la obra de Shakespeare al trasluz nos parecen los personajes raudos torbellinos espirituales. Diríase que el genio tirando del velo que decora las apariencias nos revela de pronto que la vida consiste en unos como vórtices o ráfagas o torrentes elementales que en giros dantescos forman los individuos.

Todo lo contrario, pues, que adaptarse al medio exige la nueva sensibilidad. Más bien resistirse, imponerse a la vida. Por eso escuchamos emocionados lo que tácitamente nos dicen desde los lóbregos claustros españoles, los hombres cárdenos del *Greco* al querer mostrarnos sus almas incandescentes con un ligero temblor de sus barbas agudas.

Tenía razón Nietzsche al anunciar que el tiempo nuevo prefería una moral dinámica y creadora a una moral de esclavitud y de inercia –a la humildad la nobleza, a la renuncia la energía, a la discreción el entusiasmo. En suma, como él dice, a las virtudes de la vida en decadencia las fuertes virtudes de la vida ascendente.

Hay en la gente nueva un ansia de adorar y de encenderse por fuertes ideales nobles. Un ansia de incitaciones, de sacrificios, de vida personal y esforzada, de lujo, de ímpetus cordiales. No nos sentimos a gusto si no es cuando ardemos por algo –Santa Liduvina. Muchos jóvenes aún a trueque de ser tachados de reaccionarios nombrarían a esta mujer llameante patrona de su sensibilidad.

Mas todo esto no son sino anhelos, apetencias, sospechas. ¿Dónde están esos ideales capaces de arrebatarnos? El siglo XIX ha dejado erial el campo de las ideas conmovedoras. Su credo se compone de imágenes pálidas y exagües que no nos incitan a vivir. Es, por tanto, preciso trabajar para hallar: ahondar en todas las creencias y en todas las artes. Poblar de nuevo el planeta de pensamientos dinámicos.

Al ver la fuerza aprisionada en los cuerpos que esculpía Donatello y Miguel Angel, dice Vasari que asombraban a sus contemporáneos sobre todo porque tenían *comme un gesto meraviglioso di muoversi*. Pues bien, yo diría que la nueva sensibilidad aspira a un arte, a una moral y a una vida que, como los torsos del Buonarotti, tengan un *maraviglioso gesto di muoversi*.

En suma, señores, que preferimos a gravitar como piedras arder como antorchas.

## IMPRESIONES DE LA ARGENTINA

(Discurso pronunciado el 6 de diciembre de 1916 en el Instituto Popular de Conferencias, de Buenos Aires. Publicado en el diario “La Prensa” de Buenos Aires en diciembre de 1916.)

El Instituto Popular de Conferencias, hospitalario y cortés como un gran señor, ha querido en esta reunión honrarnos a mi padre y a mí, modestos viajeros de paso tácito que sólo aspirábamos a traer aquende el mar nuestros corazones errantes para deslizarlos silenciosamente al través de vuestra alma argentina. La ausencia de mi padre, forzado a embarcarse para Europa, me obliga a hacerme cargo de su parte en este homenaje. Lo que iba para dos ha de agradecerlo uno solo y el licor de cortesías que vertisteis para dos copas tendré que recogerlo solo en la mía. Afortunadamente, en todo hombre que no tenga temperamento académico el vaso de la sensibilidad sabe aumentar su cabida, según la abundancia de la hora, como una copa que creciese y se ensanchase cuando engruesa la vena trémula del manantial. Ello es que mi padre va a estas horas sobre la espalda inamena del Atlántico, vuelta de seguro su emoción hacia esta tierra del Plata que ha recorrido en su mayor parte y de la cual se aleja henchido de gratitud. Mi padre y yo vamos por el mundo empujados por un común afán viajero, y como en la niñez me llevaba él de la mano de paisaje en paisaje, le llevo yo ahora a él de tierra en tierra. Y de la misma suerte que hemos hecho este crucero de América, que es siempre, como el viaje de Grecia, aunque por distintas razones, un poco pretencioso, hacemos a menudo jornadas más humildes, sobre dos mulas castizas, en las revueltas serranías de la vieja España ignorada, por barrancos y cañadas, donde no habitan sino verdinegras retamas y algún chopo heroico, es decir, solitario. Vamos buscando esos pueblos españoles milenarios donde parece el tiempo haberse labrado un remanso imperturbable; pueblos como aplastados bajo el gravamen de su propia historia, que hacen desde lejos al caminante un ademán alucinado con la torre de su iglesia trunca casi siempre, como una antigua rota esperanza.

Pero no nos hemos contentado con este descenso hacia el pretérito, sino que nos habéis visto en América, lo que equivale a hacer una incursión en el futuro. Creed que una de las épocas más gratas de mi vida ha sido ésta, en la que pude ver a mi padre, con sus sesenta años laboriosos, moverse fuerte y jovial como un muchacho sobre esta ancha tierra argentina. Muchas veces, mirándole, recordaba el saludo que, según el romance, hizo el rey al buen Cid cuando le vio tras largos años de ausencia:

*¡Viejo que venís, el Cid,  
viejo venís y florido!*

No deseo para los padres que me escuchan nada mejor que la fortuna de llegar a enlazarse con sus hijos en fraternidad análoga a la que nos une a mi padre y a mí; fraternidad activa y reñidora, pues no es el menor encanto de esta nuestra común vida andariega el que lo mismo a bordo del trasatlántico que en las castellanas soledades tenemos asegurada entre nosotros la conversación, pues nos encontramos siempre, indefectiblemente, en el más sabroso desacuerdo.

Valgan estas palabras, señores, para dar una como presencia en esta fiesta a mi padre ausente, del que puedo decir conmovido lo que hace mucho tiempo dijo alguien del suyo: «Mi padre es un hermano mayor que tuve cuando yo era pequeño.» Mas por grande que sea su deuda cordial con vuestra cortesía, es mucho mayor la que yo desde ahora tendré que arrastrar.

Nada más grato para mí que hallar esta ocasión, en la última etapa de mi permanencia entre vosotros, para contar los sucesos según han acaecido. Pocos viajeros habrá habido que con tanto respeto, pero a la vez con tan áspera franqueza, hayan expresado en público y privado su sentir sobre esta nación conforme él se iba formando. Sólo he retenido hasta ahora las estrofas de encomio, las palabras de loa, prefiriendo, como dije hace pocos días, que los últimos adioses fueran las primeras alabanzas. He aludido frecuentemente en mis discursos a faltas y carencias que en vuestra vida notaba y dondequiera fui escuchado, no solo con cortesía, pienso que también con aprecio. Comprendisteis que así ha de hablaros todo el que venga a vosotros como el hombre va al hombre, para formar una leal y humana amistad, no para adularos ni ofrecerse frívolamente en espectáculo. Si no bastara el agradecimiento, me creería obligado a deciros lo que voy a deciros porque vuestra actitud frente a mí equivale a un caso experimental y revelador de que poseéis, precisamente, aquellas cualidades que os son menos reconocidas en Europa. Verdad es –y perdonad este paréntesis-, verdad es que yo me he encontrado con que el alma argentina me parece hoy precisamente lo contrario de lo que había oído y leído sobre ella. Como en otras ocasiones, me he ganado la sospecha de que mi cabeza anda al revés de cómo suelen andar las otras, más normales, sabias y discretas.

Ello es, señores, que yo llegué un buen día a vuestro puerto exento de toda notoriedad, según era debido. Aparte el correcto saludo de los diarios, que ahora cortésmente recojo y respondo, no fue forzado el mundo intelectual porteño a hacerse ilusiones sobre mí; no se le transmitió sentencia alguna valorada que de lejos llegase; se le dejó libre el juicio e intacta la espontaneidad. Y, sin embargo, a poco de comenzar mi labor, un público numeroso, solícito y cálido acudió a escucharme, con sorpresa evidente de muchos, sobre todo de los que creen que es el juicio americano resonador y sucedáneo de la fama europea. Conste, pues –me interesa hacerlo constar en vuestro honor- que aquí donde no han acertado tantos ilustres espectros del viejo continente, fue en el año que corre escuchado con atento oído un oscuro meditador español.

Cuéntase que cuando cayó enfermo, postrado para siempre en su sillón, el poeta Heine, que había hecho las delicias de París, fue de todos limpiamente abandonado. Pero un día llegó a visitarle Berilos, y el pobre poeta paralítico, alzando, a fin de verle, con el índice su párpado inerte, preguntó: «¿Cómo, viene usted a verme, señor Berilos? Siempre fue usted muy original.» De análoga manera podía decir yo hoy a los públicos numerosos de Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, Rosario y Mendoza que han acudido a escucharme: «Gracias os sean dadas por vuestra originalidad.» ¿Y a qué es debida esta insólita benevolencia? Permitidme que con algún impudor lo explique, porque redundará en honor vuestro. Varias veces he dicho que yo no he pretendido venir a enseñar nada a vuestros estudiosos, no porque éstos lo sepan todo, lo cual no es verdad, sino porque yo apenas sé algo, y aun para enseñar ese algo me falta una autoridad que no he tratado nunca de conquistar. Conozco muy bien no ser sabio y dudo mucho que deba ser llamado profesor. Cuando miro a redondo y veo mis años mozos, hallo que fue mi alma, a defecto de mejores cualidades, un incendio perdurable de entusiasmo que no sabía acercarse a cosa alguna sin intentar cendrarla y abrillantarla con su fuego interior. Me ha poseído siempre una como fe profunda en que todas las cosas son

susceptibles de ilimitada mejora, y que nos basta con fijar los ojos en el más humilde objeto para que aparezcan sobre sus flancos prodigiosas reverberaciones. Nada hay mísero ni sórdido si sabemos contemplarlo y, como dice el viejísimo *purana* indio, dondequiera que el hombre pone en el suelo la planta, pisa siempre cien senderos. Después de todo, es esta fe en que el universo es susceptible de infinita mejora el sentido radical que da Platón a la filosofía cuando hace nervio de ella el *eros*, la aspiración de amor.

Refería yo no hace mucho a los estudiantes que en las tardes de estío solía Sócrates, viejo patrón de todos los filósofos, llevarse algún discípulo joven por las márgenes amenas y verdeantes de Cefiso... Allí, en la soledad de la siesta, deslizaba en su oído un secreto: «Yo –decía- afirmé en Atenas que sólo sé que nada sé; pero esto no es cierto; hay algo de que sé mucho, algo en que soy especialista, *ta erotiká*, las cosas del amor.» Y añade Platón que mientras esto Sócrates decía, sobre sus cabezas, puestas en los plátanos, las áticas cigarras caniculares rascaban en su áspero rabel. *Lámome é un apetito di bellezza*, exclama, platónico, Lorenzo de Médicis; es el afán de lo mejor y el esfuerzo del mejoramiento, la actitud afirmativa ante el «cosmos». El amor verdadero es el amor a la perfección de lo amado. El mundo, señores, mirado sin amor, sin entusiasmo, sin fervor, parece vengarse de nosotros volviéndose mudo, erial e inhóspito. Quien quiera esplendor y luz sobre su vida, venza la exánime tristeza, despierte su íntimo fuego y todo en torno será a sus ojos una selva inflamada. La felicidad ni se recibe ni se plagia; es en cada individuo labor original y creadora.

Pues bien, señores, yo no he sido entre vosotros sino un entusiasta que pasa. No tengo otra virtud que ésta de arder ante las cosas y producir en torno mío algunas contaminaciones. Y me he encontrado con un pueblo lleno de afanes, libre de envidias, que sintiendo rebosar dentro su optimismo, está presto a verterlo, liberal, sobre el transeúnte a poco pretexto que le dé. Yo no creo que exista en parte alguna un público de sensibilidad más pronta y limpia de prejuicios, de mayor perspicacia, que el que encontrará en la Argentina todo el que venga con un poco de pureza y otro poco de arte en su corazón. No es esta alabanza mía convencional y reflexiva, porque al punto añadido que es un problema para mi explicarme el desequilibrio que existe entre esa sensibilidad difusa y anónima, pero exquisita, y la producción ideológica y artística de este pueblo, que es más reducida y menos densa de lo que tiene ya obligación de ser.

No creo yo conocer, señores, vuestra alma colectiva, no temáis que cometa el desliz de hacer con mis pocos datos, en breves minutos, un ensayo de psicología argentina. Voy sencillamente a expresar dos o tres simples observaciones, las cuales ni siquiera necesitan ser exactas para que en algún modo puedan seros útiles. Son impresiones de viajero rápido, que ha hecho resbalar su pupila sobre vuestra tierra. Ni creo que viajero alguno haya tenido la grotesca pretensión de descubrir el país a los nativos. No es, señores, su misión ser profundo ni exacto, sino exclusivamente ser sincero, dibujar con delicadeza la imagen que la nación visitada suscita en su retina. El encanto de los libros de viaje está precisamente en que son siempre libros ingenuos. El viajero busca en sus andanzas renovación espiritual. Viajar por un pueblo extraño es valerse de un artificio que nos permite un renacimiento de nuestra persona; cuando viajamos volvemos a ser niños. Allá donde nacimos y donde vivimos, las cosas y las personas han gastado para nosotros su fisonomía, como monedas muy corridas, y sus rostros no hieren ya suficientemente nuestros nervios. Lo habitual es imperceptible e insignificante: en árabe lo castizo, lo consuetudinario, se dice «baladi». Pues bien: nuestra realidad individual y colectiva no se compone meramente de lo que somos; una parte de nuestra realidad es lo que parecemos a los demás. Porque éstos nos responden en la lucha vital según la

imagen que de nosotros tienen, y no según nuestra propia verdadera esencia. Y hay seres desgraciados que tienen la desventura de reflejarse en los demás al revés de lo que son, como en espejos invertidos, y es su propia vida un *quid pro quo* lamentable, en que a toda palabra de ternura les es respondido con una estocada.

Los naturales, entretejidos en la urdidumbre de su pueblo, no pueden verlo sino en su resultado total, en su masa conjunta. Por eso es interesante ver cómo nuestra realidad étnica se descompone en sus elementos al atravesar la retina del viajero, de la misma manera que la blanca luz del sol nos revela los secretos de su composición cuando penetra en un prisma de cristal.

El hecho argentino que más ha incitado mi meditación es, a la vez, el más amplio y básico de vuestra vida. Comprenderéis que no voy a hablar de vuestra riqueza ni a cantar una vez más en lírica efervescencia vuestro heroísmo cereal y ganadero. Lo admiro y lo respeto, porque sólo en cuerpos saludables viven las almas claras. Pero yo no puedo tener para esas cosas percepción. ¡Cómo voy a tenerla, si yo no gozo en el planeta de un puñado de tierra que pueda decir mío, y si no he tenido nunca en la palma de la mano los veinte granos rubios, cosecha de una espiga! El hecho a que me refiero veréis cuál es.

El pueblo criollo rompe el hermetismo tradicional de las razas, y ha sabido hacer de su nación un volumen perfectamente poroso, donde pueden entrar hombres de todas las razas, de toda lengua, de toda religión y de toda costumbre. Vienen aquí y hallan un área libérrima e ilimitada donde pueden trabajar, levantar hogares, henchir su peculio. Pero no es esa vuestra virtud característica. Porque ello tare el peligro de que esa facilidad en la recepción del extraño, esa porosidad de la sociedad produzca en ella falta de cohesión, y la vida de un pueblo como éste sería desordenada, inquieta, turbulenta, brutal e insolidaria, menguas todas estas que impiden las grandes obras del esfuerzo aunado y común. Pero yo quiero advertir en el pueblo criollo, junto a este poder atractivo, uno de los adelantos más raros de la Historia, que solo han ejercido los pueblos próceres, el talento de absorber hombre de toda oriundez, raza, religión, en la unidad de un Estado. Porque frente a la idea de nación, que supone centenaria comunidad biológica, significa la idea de Estado un poder imperativo de hacer mantenerse en laboriosa convivencia grupos humanos de sangres diversas y aún antagónicas. Tiene el pueblo criollo el talento de Estado; una potencia específica que acaso no es de orden intelectual. El mismo talento tuvo en España en la era de la Reconquista nuestra minoría castellana, cuando frente a los instintos dispersos de las nacionalidades periféricas –Galicia y Asturias, Vasconia, Aragón y Cataluña- supo imponer un ideal de integración, la unidad superior de «una» España, el cual como en un corazón plural, conviviesen resonando todas las almas peninsulares. Un talento parecido creo yo descubrir en el pueblo criollo. No se me diga que es este pueblo criollo una minoría reducidísima, una raza evanescente que se va disolviendo en el torrente inmigratorio, y que, sin alguna exageración, cupiera decirse de él como de Grecia, que no hay hoy pura sangre helénica bastante para llenar una copa de licor. Habría de ser así, y hallaría en ello la prueba más superlativa de mi opinión. Próceres gotas, de cierto, las de esa sangre, que siendo tan pocas tienen la capacidad de absorber, de teñir con su peculiar matiz de civilidad ríos caudalosos donde llegan rodando las linfas sanguíneas más heterogéneas.

Cuáles sean los síntomas en que yo encuentro manifiesto ese vuestro talento socializador de Estado no podría decirlo ahora, falto de tiempo y fuera de ocasión. Veis vosotros probablemente, en primer lugar y bajo una perspectiva desmesurada, los abusos administrativos que acaso se cometen en vuestro país, como, poco más o menos,

se cometen en todos los países. Pero los abusos no me interesan ni me orientan. No los abusos, sino los usos, califican a un pueblo. Tenéis, pues, un prócer destino; él os impone ingentes obligaciones. ¿Acertaréis a precaver todas las exigencias que van delante de ese magnífico futuro?

Quien viniendo, como yo, de fuera, aspire a aclararse los problemas de la vida argentina, así en lo colectivo como en lo individual, creo que deberá partir, como de un hecho central, de la desproporción enorme que existe entre la preocupación económica de vuestra sociedad y el resto de vuestras actividades. Estas jóvenes naciones, nacidas como colonias de pueblos viejos, tardan más de lo que a primera vista parece en superar la trayectoria que les fue impuesta en su origen. La metrópoli creaba la colonia con una exclusiva intención de negocio, de lucro; y al declararse independiente la filial colectividad, suele conservar más de lo que debiera el punto de vista metropolitano. De aquí un como exclusivismo de la función económica, fomentado por los raudales periódicos del aluvión inmigratorio, nutridos con sedientos de riqueza. Los otros pueblos viejos se hicieron en lenta y multiforme evolución a lo largo de la Historia, y ayer combatieron por religiones, y hoy por políticos ideales, y otro día por odios étnicos, por afinidades estéticas inclusive, y sólo alguna vez por el oro. Y cada una de esas luchas y graves convulsiones labró en su alma una faceta más donde vinieron a reflejarse rayos distintos de la luz de la vida. Por esto es más compleja e irisada la vida europea que la existencia americana. Mas un pueblo que ve claro delante y quiere con decisión su porvenir, como el argentino, sabe muy bien lo que ha de hacer para corregir este defecto original. Y eso que ha de hacer no podrá consistir en otra cosa que en dedicar tanta mayor energía al cultivo superior de las actividades sobreeconómicas cuanto mayor es su desproporción frente a las utilitarias.

Esta obra de fomento reflexivo en torno a la cultura superior es misión de la Universidad.

La Universidad, señores, símbolo de toda esencial pedagogía y de toda acción intelectual, es hoy el instrumento incomparable para la labranza de pueblos. Doloroso es que todavía, lo mismo en Europa que aquí, este admirable vocablo, Universidad, suscite al ser oído, imágenes sórdidas e inelegantes de aulas tristes y prosaicas, de dómnes solemnes y cejijuntos, de palabras frías y pedantes. Y, sin embargo, aún llega a los oídos del estudioso resonando la voz de Platón, creador en su florida academia, de la institución universitaria; la voz de Platón, que dice: «Hagamos de la enseñanza la ciudadela del Estado.» Notad que en el siglo postrero y en lo que va del presente las naciones han pesado tanto en la Historia cuando pesaban sus universidades. ¿Existe en la conciencia pública argentina la resuelta visión de esto? No quiero, no debo negar que la sola pena que de este viaje llevo nace de no haber hallado en esa pública conciencia argentina el urgente afán de poseer, en todo su plenario sentido, Universidad. Hace más de dos siglos que en España se perdieron las grandes tradiciones universitarias. Tampoco nosotros gozamos hoy de este supremo incitador de cultura, por lo menos no hemos logrado su plenitud. Pero aunque no poseamos Universidad suficiente, creo que llevamos la ventaja de sentir con toda prisa y afán su necesidad y emprender sin descanso ensayos de mejora. Día a día surgen nuevos proyectos de transformación, corríjense los miembros inválidos del edificio, pruébanse artificios para garantizar la competencia del profesorado y anualmente es disparada una porción de nuestros jóvenes a los países extranjeros, los cuales al retorno vierten en el ambiente intelectual de España efluvios internacionales. Hay tanta voluntad en vuestros nobles deseos y sois tan vertiginosos en el avance que estoy seguro de hallar realizado a la vuelta de algunos años lo que hoy echo de menos. Ensayad, proyectad. Como antes decía que no los

abusos, sino los usos, califican a un pueblo, digo ahora que más peligroso para una sociedad que los muchos fracasos es que haya pocos ensayos. En una forma o en otra tendrá la Universidad argentina que corregir cierta tendencia practicista que si ha dominado como un tópicos el mundo durante algunos decenios, va hoy, en derrota, dondequiera.

Es un grave error creer que lo práctico nace de la práctica sola. Para hacer a un hombre práctico es preciso antes convencerle de ser éste el mejor modo de vida, y esto ya no es práctica, es religión. Notemos que nada se parece menos al resultado, que los medios para obtenerlo, nada más distinto del puro azul sentimental del cielo como las vibraciones del éter que lo causan. El hombre hace la técnica; pero al hombre le hace el entusiasmo. Si el brazo mueve a su extremo el utensilio, no se olvide que, puesto a su otro extremo, mueve el brazo un corazón. Triunfa con Cobden el librecambio, porque éste gritaba en las plazuelas que era la doctrina económica ungida con los principios evangélicos. Es lo útil la técnica, pero estad ciertos de que para llegar a una buena técnica lo más útil es la moral. Pensar otra cosa, atender sólo al inmediato resultado, es entregarse inerte al capricho de la hora subsecuente, que llega con su necesidad insospechada, exigiendo a veces la virtud que menos teníamos presta.

¿Quién podrá predecir en la vigilia el rostro del día que llega? Si vuestra vida se ha hallado hasta ahora exenta de las complicaciones y dificultades que cercaban a las naciones europeas, pudiera ocurrir que mañana no acaeciera así. Estamos en una crítica alborada de toda la Historia. Y entre los fenómenos más claros que pudieran sospecharse después de la guerra, se halla el probable desplazamiento del centro de gravedad en las grandes luchas comerciales desde el Atlántico al Pacífico. Dos pueblos se preparan para combatir por la hegemonía económica de ese mar traspuesto, que fue hasta ahora humanamente una anchísima agua muerta. Vuestras provincias occidentales que, detenidas por la inmensa pared andina, no se habían interesado en aquella dirección, cuando el hervor comercial de ese mar las atraiga y la finanza norteamericana o japonesa allane para el lucro las montañas, podrían comenzar a volver la espalda hacia las provincias orientales, con las que llegarían a tener sólo intereses hostiles.

He aquí que es esta sospecha un buen pretexto para asegurar entre vosotros más profundas solidaridades. Otro problema existe de que no he oído hablar suficientemente entre vosotros. Veo yo que el hecho más profundo de la historia europea en los últimos treinta años ha sido que por vez primera atendió Europa durante ellos a la tierra de África. Este continente, con ser el más próximo a nuestra Europa, había quedado como en olvido. Fueron antes las fuerzas europeas al Asia o a América, a Oceanía; nadie se acordaba del ardoroso y colosal terruño. En los últimos treinta años mostraron las grandes potencias decidido empeño en corregir ese olvido, y no se ha luchado principalmente sino por industrializar, capitalizar, europeizar al África. Después de la guerra, ¿no sería posible que este movimiento creciera y las metrópolis europeas diesen grandes impulsos a la corriente emigratoria hacia el África y con ella al rodante dinero que tanto prefiere las cuestas abajo, las fáciles rutas? No tiene este continente la bondad de vuestro clima, ni tal vez la riqueza de vuestro suelo; pero tiene para las naciones europeas la ventaja de que los hombres que allí manden quedarán cobijados bajo su bandera y no será perdido un adarme de su esfuerzo para la metrópoli. No digo yo – conste- que vaya a ocurrir todo esto; digo sólo que puede ocurrir. Naturalmente, hay que tener ante la historia del futuro la modestia de no escribirla antes de que acontezca, pero a la vez la obligación de anticipar todas sus posibilidades y salirles al frente armados de todas las armas. La política, que suele ser dondequiera tan distraída, debería tener como

símbolo a la virgen prudente, con la lámpara encendida toda la vigilia y el oído alerta a los rumores del amanecer.

Son éstas preocupaciones que yo he tenido durante estos meses, porque no se vivir inmerso en el alma de una raza sin percibir y participar en algún modo de sus afanes y de sus amarguras.

Cuenta la leyenda india que joven aún el Buda había asistido a una fiesta; hallábanse allí doscientas bayaderas las cuales desearon bailar con el Buda, tan príncipe y hermoso Buda, no queriendo adolecer a unas si prefería a otras, por un acto de amor trascendente tuvo el poder de convertirse en doscientos Budas, cada uno de los cuales fue a bailar con cada una de las bayaderas, que creyeron tener en sus brazos señeros al único Buda. El entusiasmo es ese poder que nos multiplica y que nos lleva a intimar con las cosas, a ser enteros para cada una de ellas y a vivir durante un rato su vida peculiar.

Pues bien: os digo que en este invierno ha tenido mi alma alguna vez su hora de danza irreal con el alma argentina. Me he preocupado íntimamente de vuestros azares y he sido un argentino imaginario. Nada más conmovedor para un hombre que tiene fe en el hombre, como considerar la potencialidad enorme de cultura que yace en esta tierra inmensa y en esta raza adolescente. Goethe decía que sólo todos los hombre viven enteramente lo humano; y añado que cada pueblo es el ensayo de una nueva manera de vivir y que tare sobre sus hombros, como un escultor en su mente, la misión de crear una nueva figura y gesto de hombre. ¿Cuál será la figura espiritual argentina que hoy está aún medio enterrada en vuestra tierra, como los torsos cándidos de las Afroditas en el suelo de Italia, luego que pasaron hollando el haz latino los bárbaros rubios y borrachos? No se cuál será esa figura; pero me alejo de esta costa austral seguro de que será. Y tal seguridad creed que no la he sentido después de alguna conversación con algunos argentinos satisfechos. No espero nada del hombre satisfecho, que no siente la falta de algo más allá de él. Más bien he nutrido mi esperanza cuando al hablar con alguna mujer argentina he visto desprenderse de su alma, como vaho, un sublime, divino descontento. La historia humana es obra del descontento, que es una especie de amor sin amado y un como dolor que sentimos en miembros que no tenemos. Esta emoción idealista, haciéndonos percibir que somos imperfectos nos hace rodar en busca de lo que nos hace falta, y así vamos por la tierra y avanzamos por el tiempo y en nuestro corazón una proa siempre en ruta al más allá. Decía Madame Stäel: «Todo lo que de grande y bello ha hecho el hombre lo ha hecho movido por el sentimiento doloroso de lo incompleto de su destino.» Menos absorbida que el varón por la obra económica, la mujer argentina va concretando su descontento.

Atribuye la leyenda la invención del dibujo a un mancebo que, estando una tarde junto a su amada, al tiempo que el sol tendía sobre un muro blanco la fina sombra de ésta, tomó un carbón y fijó en la pared el perfil de la silueta. Pues bien, si un pensador o un artista argentino acertase a dibujar el perfil del noble descontento que hay en la mujer de este país, ése sería el perfil de vuestra cultura. Sus anhelos y sus nostalgias son como un molde en vacío que un día llenaréis con un relieve que será el arte y la idea y la moral argentinas.

Ligado como quedo por siempre a vuestros afanes, yo también, desde el seno de mi tierra celtíbera, pondré una parte de mis pocas fuerzas al servicio de esa labor vuestra. Yo sé que más de una vez en mi Escorial, cuando las suaves nubes blancas, las nubes revueltas y barrocas graviten sobre la testa granítica del monasterio, me sorprenderé meditando sobre vuestros problemas; y no respondo de que alguna vez en mis escritos no haga aparecer al lado de la melancólica mujer criolla, paseando acaso por Palermo, los dos maestros españoles del descontento: Alonso Quijano el bueno, viejo, noble y

lunático, y para que no os fatigue su largo rostro de asceta, junto a él a nuestro don Juan, siempre joven, siempre animoso y siempre dolorido.

## DISCURSO DE DESPEDIDA EN LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA EN BUENOS AIRES.

(En diciembre de 1916. Inédito. Se publica conforme al texto del original manuscrito preparatorio de la intervención).

Brevísimas han de ser mis palabras; no llegarán a cinco minutos los que emplee para agradecer en nombre de mi padre y por mi mismo este agasajo. Yo espero que no exijáis más a un hombre fatigado, rendido por la labor de estos meses argentinos.

Es la primera vez que en mi vida acepto un banquete; yo no sé que tiene esta América, esta tierra joven que nos induce a adoptar usos nuevos y a sorprendernos hoy en el ademán que ayer menos sospechábamos.

Ello es que me encuentro entre vosotros tras un yantar festival con que habéis querido honrarnos a mi padre y a mí, compañeros de aventura trasatlántica.

He escuchado agradecido lo que el Doctor Gutiérrez nos ha dicho, vertiendo en sus palabras aquella convicción, pureza y entusiasmo que hacen de él uno de los más nobles ejemplares de nuestra raza.

Pero al descubrir la trayectoria de vuestros sentimientos a lo largo de mi actuación en esta tierra, he podido, sin embargo, advertir que sus frases dejaban como oculto un hecho que me es de toda importancia hacer constar. Sabéis que propendo a hablar claro y que no sé callar en público lo que medito en privado. Lleno de gratitud quiero creer que habéis sentido en torno a mí, cuanto el Doctor Gutiérrez asegura, pero añadido que más que todo eso habéis sentido sorpresa. Sí, os ha sorprendido que lograra acercarse al corazón de los argentinos un hombre cuyo nombre no figura en las listas oficiales de la notoriedad española. Y, sin embargo, yo no he nacido al pasar la línea ecuatorial. Llevo diez años de incesante combate por una España mejor, he perdido a destiempo mi juventud en este afán patriótico y he consagrado a nuestra raza todas sus horas sin reservarme un rincón que pudiese decir mío. Pero yo he usado de todas esas horas mías —que han sido vuestras, que han sido de mi raza—, como de otras tantas barbancas guerreras contra la inmensa farsa de la España oficial. Y por España oficial no entiendo las altas instituciones políticas que respeto, sino toda esa urdidumbre de sociales mecanismos que va del parlamento a la prensa y de la escuela a la Universidad, órganos inertes y veletudinarios que oprimen entre sus torpes brazos muertos el cuerpo germinante de la España vital.

Nada más áspero, os lo aseguro, que esta vida de combate contra el ambiente constituido. Pero cada cual tiene su misión y es la mía, por propia voluntad, situar mi cuerpo en todas las brechas donde puede defenderse esta España vital contra aquella España oficial.

Os digo esto porque creo un deber aprovechar en beneficio del porvenir nacional lo que conmigo os ha pasado; sed sinceros como yo lo soy y reconoced que si se hubiera puesto a plebiscito la elección de conferenciante no os habríais acordado de mí, hubierais preferido a alguno de esos políticos o literatos de la España oficial.

Aprended pues, a preferir en nuestra España la gente poco ruidosa, que hace al margen de los honores y las pomposidades una vida honesta y diligente, no porque valgan mucho –yo valgo más bien poco-, sino porque esos hombres, a falta de más geniales cualidades, dejarán a su paso por donde vayan una estela humilde pero severa y respetable, porque exentos de gloriosos talentos habrán puesto en su labor sus cinco sentidos y encima, como un acento, su corazón.

El más grave defecto de nuestra España está en que los españoles no queremos o no sabemos distinguir de personas, de valores, y así acontece que secularmente son pospuestos los mejores a los peores.

No creáis por todo esto que tengo una excesiva idea de mí mismo. No: si yo he encontrado en este país el más halagador de los públicos, sé muy bien que se debe, ante todo, a un como afán nobilísimo que hay en el pueblo argentino de buscar pretextos para administrar el santo sacramento del aplauso. Pueblo repleto de entusiasmo y libre de envidias quiere gastar su optimismo rebosante, y lo vierte liberal sobre el transeúnte a poco motivo que le dé.

Ya veis como no se pierde en esta tierra nada severo de España que a ella traigáis. Poco más de tres gotas traía yo en mi alma, y las han recibido con el mismo gesto generoso que si les hubiese henchido la copa.

Tened, pues, abierta la esperanza y pronto el esfuerzo. Parece acercarse una nueva hora de España. Pasó el momento en que todos los hombres de corazón honrado daban todavía la amarga quejumbre que en el siglo XIII el autor del *Poema de Fernán González*:

*Señor, ¿por qué nos tienes a todos fuerte saña?  
¡Por los nuestros pecados no destruyas a España!*

Hoy estamos en alborada, es decir, en la hora de prepararse a la faena. El éxito depende de la exactitud, de la perfección en cada punto de la obra; y sobre todo de que pongamos al hombre adecuado en el lugar adecuado.

Por eso os felicito como español de que hayáis puesto al frente de la Institución Cultural al Doctor Avelino Gutiérrez.

Gracias, pues, en nombre de mi padre y por mí mismo a los que habéis venido a rodearme en esta hora, al acabar la cual levanto mi copa por la prosperidad de la nación argentina y porque una parte de ella se deba a la prosperidad de la colonia española.

## PALABRAS A LOS SUSCRIPTORES

(Nota publicada al frente del tomo II del *El Espectador*, Madrid, 1917.)

Al mismo tiempo que se repartía el tomo primero de *El Espectador* tuve que aceptar el compromiso de hacer un viaje a América y dar en la Universidad de Buenos Aires un ciclo de conferencias filosóficas. Fui allá, pues, para ocupar la cátedra que en ese centro de enseñanza ha creado la Institución Cultural Española –tal vez el organismo de propaganda nacional más serio, discreto y entusiasta que conozco.

Si pocos días antes de mi partida hubiera yo previsto la verosimilitud de este viaje habría detenido la publicación de *El Espectador*, a fin de no exponer su frecuencia a interrupciones.

Desde hacía años sentía latir dentro de mí un afán hacia América, una como inquietud orientada, de índole pareja al nius migratorio que empuja periódicamente las aves de Norte a Sur. La vida europea en los últimos tiempos –aún antes de la guerra- carecía de poder atractivo sobre temperamentos que, como el mío, exigen al contorno emociones nuevas de vida ascendente. Comenzaba todo en Europa a tomar una cansada actitud de pretérito, un color desteñido y palúdico. Dondequiera aparecían síntomas de vitalidad menguante. Heine hubiera dicho que el mundo europeo olía a violetas viejas.

Preveía, pues, en el viaje a América la experiencia más aguda que puede hacer un español espiritual. Por todo ello, me hallaba resuelto a demorar la aventura hasta poder emprenderla en las mejores circunstancias de humor y de reposo. Tengo una noción demasiado clara de lo que hemos dejado de hacer los españoles en la América española durante el último siglo para mirar frívolamente las responsabilidades de un meditador peninsular que cruza el Atlántico.

Las personas que me indujeron a realizar prematuramente el viaje conocen las repugnancias mías a emprenderlo. Me sentí forzado por razonamientos patrióticos que no es oportuno desarrollar aquí, y en cuatro meses de existencia vertiginosa tuve que improvisar, día a día y aun hora por hora, un curso profesional y una campaña ideológica muy inferiores a lo que merecían la sensibilidad y el entusiasmo del público argentino y uruguayo.

Resuelta mi partida, hice un violento esfuerzo para dejar concluido el segundo volumen de *El Espectador*. Y, en efecto, fue entregado a la imprenta el original salvo algunas páginas que me proponía concluir durante la travesía. Yo ignoraba hasta qué punto soy incompatible con la navegación de altura. El clima oceánico y la vida interior del buque –vida consistente en que doscientas personas se dedican a inspeccionar vuestros actos- paralizan toda mi discreción. Está visto que yo no podré escribir nunca una línea si no es en tierra y a algunos metros de distancia de los demás seres humanos. Afortunadamente, el alta mar es un espectáculo que no tiene interés alguno, ni siquiera para *El Espectador*. En la belleza de la marina próxima a la costa lo pone casi todo la tierra. Es, pues, preferible navegar como Ulises, sin perder de vista la gracia quieta y perfilada de la ribera.

Pero estos enojos marítimos y aun la tardanza con que por fuerza mayor va a mis amigos este segundo tomo, juzgo compensados crecidamente al haber conocido a la

Argentina. (No hablo del Uruguay, porque mi estancia en él, rápida y abrumada de labor, no me permitió conocerlo.)

*El Espectador* será en lo sucesivo tan argentino como español -¿puedo decir más?-. Cuando se discutía el problema astronómico de la acción a distancia, los mejores físicos afirmaban que un cuerpo está allí donde actúa. Del mismo modo, yo diría que un libro es de allí donde es entendido. *El Espectador* es y tal vez será mejor entendido -mejor sentido- en la Argentina que en España. Podrá herir nuestra nacional presunción, pero es el caso que ese pueblo, hijo de España, parece hoy más perspicaz, más curioso, más capaz de emoción que el metropolitano. Tiene sobre todo una cualidad que para mi estimación es decisiva: la de distinguir finamente de valores. Podrá aceptar cosas que en rigor no son aceptables: su lujo de vitalidad, su optimismo de abundancia y juventud le llevan a derramar admiración incluso donde huelga. Pero dentro de lo que atiende y acepta establece una exquisita jerarquía.

Ahora bien: ésta es la virtud de la conciencia pública que más puede estimar quien avance por la vida con un corazón honesto y una obra seria y cuidada. Más irritante que no ser notado es ser confundido. Todas las menguas y defectos de la vida española serán incorregibles mientras nos complazcamos en confundir al diestro con el inepto, al noble con el ruin. En su *Historia de la decadencia del mundo antiguo* titula Otto Seeck el capítulo más grave: «Aniquilamiento de los mejores». La historia nacional del tiempo que voy viviendo puede titularse con esas mismas palabras. Desde que tengo uso de razón asisto al indefectible fracaso de nuestros hombres mejores, rendidos por tener que «emplear sus facultades arcangélicas contra boxeadores cotidianos».

Los espíritus selectos que en la Península se esfuerzan por aumentar la cultura española deberían hacer la travesía del Atlántico a fin de reconfortarse. Estén seguro de que allende el mar no serán confundidos y cobrarán fe en el sentido de su esfuerzo.

Mas sobre esto recibirán, con el vigor irremplazable que posee lo intuitivo, la más importante experiencia. Para un escritor, para un poeta u hombre científico, las separaciones políticas de los Estados son inexistentes cuando bajo ellas fluye, quiérase o no, la identidad lingüística. El pico de la pluma conmoverá indistintamente los nervios de los hombres que pertenecen a Estados muy diversos. Un escritor español no debiera, pues, sentirse a más distancia de Buenos Aires que de Madrid.

Allende la guerra, envueltas en la rosada bruma matinal, se entrevén las costas de una edad nueva que relegará a segundo plano todas las diferencias políticas, incluso las que delimitan los Estados, y atenderá preferentemente a esa comunidad de modulaciones espirituales que llamamos la raza. Entonces veremos que en el último siglo y gracias a la independencia de los pueblos centro y sudamericanos, se ha preparado un nuevo ingrediente presto a actuar en la historia del planeta: la raza española, una España mayor, de quien es nuestra península sólo una provincia.

Mas para ello es preciso que los escritores españoles -y por su parte los americanos- se liberten del gesto provinciano, aldeano, que quita toda elegancia a su obra, entumece sus ideas y trivializa su sensibilidad. El literato de Madrid debe corregir su provincialismo en Buenos Aires, y viceversa. El habla castellana ha adquirido un volumen mundial; conviene que se haga el ensayo de henchir ese volumen con otra cosa que emociones y pensamientos de aldea.

La cosa es más sencilla y no tan inmodesta como pudiera parecer. Dentro del reducido círculo de atención a que mi obra aspira, puedo afirmar que buena parte de mis lectores preferidos están en Buenos Aires.

Mi viaje ha retrasado la publicación de este segundo tomo; pero, en cambio, me es lícito decir al sacarlo a luz, hinchando un tanto la voz:

-En las páginas de *El Espectador* no se pone el sol.

(Mayo 1917).

## EL DEBER DE LA NUEVA GENERACIÓN ARGENTINA

(Artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 6 de abril de 1924).

Tengo una nueva deuda de gratitud con la juventud argentina que voy a pagar ahora mismo. Recibo dos revistas nuevas, una de Buenos Aires, otra de La Plata. Una se llama *Valoraciones*, otra *Inicial*. Ambas están llenas de cosas que son sólo una: anhelo, afán, trepidación de aparato con alas que, aún en tierra, quiere partir no se sabe hacia qué estrella. En *Valoraciones* veo una nota sobre mi libro *España Invertebrada*. En esta nota de Carlos Américo Amaya no hay enormes palabras de elogio hacia el autor, pero hay algo mejor que eso, más sabroso, más halagüeño: comprensión. Es la nota más exacta que se ha hecho sobre aquel libro mío. (Aquel libro mío, como en su prólogo se dice, no tiene la pretensión de ser un libro, sino más bien el apunte de un sistema.) En España se han consumido en poco tiempo sobre dos ediciones de la obra. ¿Diré yo esto a modo de reclamo y para dar importancia al libro? Me parece que no, porque lo digo con el fin de añadir lo siguiente: en España no se han escrito más de dos o tres artículos sobre él y éstos vanos u oblicuos. Ahora bien, un hombre cuya producción consista en un deleitoso flujo literario, un poeta, un novelador, un estilista puede contentarse con ser leído. Pero yo no soy nada de eso.

En cambio, mis libros, mejores o peores, tienen siempre un tema, un asunto objetivo sobre el cual he tomado una vista ideológica. Me es, por consiguiente, necesario que otros miren el hecho de que yo pretendo hacer la anatomía y confronte mi imagen con la suya. De otro modo no llegaré nunca a sospechar la medida de mi error o mi acierto. El pensamiento no es, como la literatura, monólogo, sino esencialmente diálogo. Esto está ya muy claro en Platón. Sócrates acusa a los sofistas de monologadores. Vosotros –dice poco más o menos- cuando se os pregunta algo respondéis con un largo discurso –macrología- y no paráis hasta que se os obliga a callar, como los vasos de bronce que, apenas rozados, se dilatan en largos sonidos hasta que alguien les pone un dedo encima. Sócrates practicaba, a diferencia de los sofistas, una exquisita plenitud intelectual. No quería ofuscar ni arrebatarse al auditorio, sino convencer, es decir, llegar a profundo acuerdo con el prójimo, coincidir con él en la verdad. Por esta razón Sócrates hace del mero auditorio un interlocutor, a cada frase se detiene y pregunta si el otro está de acuerdo. Este contesta y así sucesivamente. El monólogo largo y de una sola pieza, la macrología, se ha fragmentado en mínimos trozos, se hace micrología y se reparte entre dos. Así nace el diálogo y con él la dialéctica. El pensamiento honesto es siempre en tal sentido dialéctica. Y la dialéctica es colaboración.

La vida intelectual española cruza ahora por una etapa de audaz monologuismo. Cuando se interrumpe este uso no es para dialogar, sino, al contrario, para ejecutar alguna estúpida agresión al prójimo escritor. Nadie se otorga el lujo de comprender a otro y, partiendo de esta comprensión, tal vez rebatirle. Me temo que, en general, acontezca lo mismo en la Argentina, y por eso quiero aprovechar la gentil excepción que estas dos revistas me presentan para denunciar el grave peligro que corre el intelecto hispanoamericano. Si el temperamento al uso prosiguiera, dentro de pocos años caeríamos en la más incorregible idocia. El intelecto no tiene más excitante, ni más gimnasias, ni más nutrimento que una peculiar y lujosa voluptuosidad por la verdad. Quien no sienta ese placer casi erótico en alargar la mano y palpar estremecido las

formas deliciosas de una idea en que la realidad ha dejado impresas su seno y su mejilla, puede estar seguro de que a los treinta años se le parará la inteligencia.

No hace mucho existía en París una *Unión pour la vérité*. Esta sociedad publicaba unos cuadernos donde los hombres de ciencia y de letras discutían entre sí, de espaldas al público, sin tolerarse vanos aspavientos, felonías ni otras ruindades inspiradas por el afán de quedar encima. Un riguroso imperativo de veracidad presidía a la polémica. Yo pienso fundar en Madrid una sociedad parecida que se llamará «Diálogo». Sus miembros se reunirán un día a la semana para discutir sobre algún asunto.. La controversia se recogerá taquigráficamente y se publicará a fin de que puedan participar en ese canje espiritual personas lejanas. Una insolencia, una pedantería, una deslealtad, serán automáticamente castigadas con la expulsión. La verdad no es, en verdad, más que un deporte y, por lo mismo conviene cultivarla con la moral y la disciplina más rigurosas, que son las usadas en los juegos. Acaece el deshonor de que los intelectuales tienen ahora que reaprender la ética de los futbolistas. Suponiendo que sea esto un deshonor. Porque el hecho es que todas las normas rígidas han nacido históricamente en el deporte de los nobles. El propio Platón no sabe encomiar más altamente la filosofía que llamándola «la ciencia de los hombres libres, de los nobles, de los caballeros» -*he epistémè tôn eleutherôn*- y es como si la llamase el Gran Deporte.

La desmoralización de las juventudes intelectuales en Europa es superlativa. Probablemente se trata de un síntoma entre tantos de la vitalidad menguante en el viejo continente. ¿Por qué no habría de sentir la actual generación argentina el orgullo de querer ser una generación ejemplar, de iniciar una línea de ascendente clasicismo? Por clasicismo entiendo ahora una sola cosa: férrea disciplina interior. Todas las labores valiosas que se han cumplido en la historia nacieron de esa disciplina dura, vibrante, que no consiente el menor abandono o flojera, la disciplina que reina en las plazas sitiadas. Una juventud que aspire a ser no consecuencia, repercusión, eco del pretérito en decadencia, sino al contrario, iniciación de un proceso ascensional y constructor —el proceso en que se crea esa enorme cosa que es un gran pueblo—, tiene que sentirse sitiada por el vulgo inerte. Esta sensación de aislamiento ha sido siempre el máximo estímulo, la genial incitación que mantiene tenso el ánimo de las minorías selectas, las cuales son selectas —entiéndase bien—, ante todo y sobretodo, porque se exigen mucho a sí mismas. El hombre que se impone a sí propio una disciplina más dura y una exigencias mayores que las habituales en el contorno, se selecciona a sí mismo, se sitúa aparte y fuera de la gran masa indisciplinada donde los individuos viven sin tensión ni rigor, cómodamente apoyados los unos en los otros y todos a la deriva, vil botín de las resacas. Por eso el tema decisivo de las antiguas aristocracias, forjadoras de nuestras naciones occidentales, fue el sublime *Noblesse oblige*. Nada se puede esperar de hombres que no sientan el orgullo de poseer más duras obligaciones que los demás. La nobleza en el hombre, como en su hermano mayor el animal, es, ante todo, un privilegio de obligaciones. El caballo de raza lo es, ante todo, porque tiene obligación de correr más que el vulgar o resistir más largamente.

En esta disciplina de la juventud hay un punto que es el más delicado de todos y, a la par, el decisivo. La juventud necesita dejarse influir. Una mocedad hermética que no se deja penetrar por formas ejemplares de vida renuncia a formarse el tesoro interior de ideas y emociones que han de operar luego como magníficos resortes orgánicos. Biológicamente, parece haber sido prevista la juventud como una etapa de enérgica absorción. El mozo tiene que dejarse transir hasta el eje mismo de su persona por toda ejemplaridad. El resto de la vida será, por desgracia, una incesante esgrima con que impedimos ser divinamente vulnerados por la aguda perfección. Quiera o no, en virtud

de una ley inexorable, el organismo se va obnubilando, formando un caparazón defensivo que ampara lo que haya dentro, pero impide todo nuevo ingreso del exterior. Conviene, pues, llegar a la madurez con los sótanos del alma bien pertrechados.

Pero esta necesidad biológica de dejarse influir que siente toda sana juventud le obliga a cultivar en sí un fino instinto de elección. Sobre todo cuando se trata de influencias intelectuales. El joven exento de una vigorosa disciplina tenderá a preferir como ejemplares aquellas actitudes que es más fácil imitar. De aquí que en las generaciones decadentes los jóvenes rindan culto fervoroso al aspaviento. Por el contrario, en las generaciones ascendentes es la mocedad un juez terrible, insobornable, que exige a quien pretenda influir sobre él la más impecable honestidad. ¿Honestidad? NO se bien por qué he aplicado este vocablo habitado por resonancias éticas, y consiguientemente patéticas. Fuera más simple y cabal decir «talento». El mozo debe exigir a quien pretenda influir en él simplemente eso. Si se trata de influencia ideológica, el talento consiste en pensar pensamientos que ajusten sutilmente con la realidad. Nada más, nada menos. ¿A qué gestos? Quien carece de ese talento buscará un sustitutivo en grandes ademanes de heroísmo político. En vez de averiguarnos una nueva verdad gritará que la libertad está amenazada, cuando lo que esperamos es que descubra alguna ley psicológica o estética, algún secreto nexos histórico, alguna intacta visión metafísica. Otras veces, en lugar de la gran gesticulación tribunicia, el escritor exhausto prefiere segregarse «elegancia». Hará el desdenoso, pondrá los ojos en *coulisse* cuando de lo que se trata es simplemente de disparar la flecha de la idea y alcanzar bajo el ala una verdad que transvuela. ¡Cuanta diferencia entre todo esto y esas lecturas de que salimos más densos, con un extraño aumento de peso espiritual, porque hemos recibido visiones ponderables!

No se puede esperar nada de una juventud que no sienta la urgencia de adquirir un repertorio de ideas claras y firmes. Una impetuosa aspiración hacia la luz, hermana de la que reside en el vegetal, me parecería el mejor síntoma de una nueva generación. ¿ES esto lo que sienten los jóvenes redactores de *Valoraciones* y de *Inicial*? Yo creo que sí, pero debo lealmente agregar una reserva: en ambas revistas predomina con exceso el ataque a lo que no se estima sobre la definición de lo que se piensa. Esto no significa una invitación al pacifismo. Juventud es beligerancia. (En un ensayo próximo a publicarse -«El Estado, la juventud y el carnaval»- se verá todo el grave contenido que encierra para mí esta revelación.) Pero es un error creer que el guerrero esencial se complace en el ataque. Todo lo contrario. Para el buen aficionado a los secretos psicológicos nada más curioso que sorprender en la manía de atacar un síntoma de debilidad, una preocupación defensiva. El hombre fuerte no piensa nunca en atacar: su actitud primaria es simplemente afirmarse. La serena y despreocupada afirmación de una doctrina, de una voluntad, de un deseo, es la verdadera ofensiva del temperamento guerrero. El ataque es para él cosa secundaria y siempre respuesta a un prójimo que se sintió ofendido por la enérgica paz de su afirmación. En la vida intelectual es esto de una evidencia superlativa. El escritor que propende demasiado a la polémica es que no tiene nada que decir por su cuenta. Para mí ha llegado a ser esto una señal infalible. Me parecía un heroísmo inverosímil que un hombre repleto de nuevas ideas sobre las cosas en vez de exponer éstas se ocupase en combatir las ideas de los otros. La auténtica ofensiva intelectual es la expresión de nuevas doctrinas positivas.

## PARA DOS REVISTAS ARGENTINAS

(Artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 27 de abril de 1924.)

Como en *Valoraciones* he hallado una certera nota de Carlos Américo Amaya sobre mi *España Invertebrada*, encuentro en *Inicial* un artículo anónimo sobre mi libro *El tema de nuestro tiempo*. El autor ha penetrado bien en el sentido de mis pensamientos. Sin embargo, hay en su interpretación un error sustantivo oriundo, sin duda, de que yo me he expresado muy mal en el punto que más me importaba. He aquí la ventaja de estos comentarios a una obra. Gracias a *Inicial* caigo en la cuenta de que yo no he dicho con claridad lo que pienso. Y el caso es que yo creía haber eliminado en este punto capital toda mala inteligencia.

«Alguien ha dicho –leo en *Inicial*– que las afirmaciones de Ortega y Gasset no hacen sino corroborar los puntos de vista del pragmatismo.» ¿Quién será ese alguien, lector tan distraído, que me entiende al revés? El colaborador anónimo de *Inicial* me defiende de aquella imputación. Pero lo hace con alguna tibieza, siendo así que, dado el espíritu de sus páginas, debió haber arremetido bravamente contra una de las tergiversaciones más enojosas que puede sufrir nuestra común sensibilidad. ¿Corroborar el pragmatismo? «Es exacto –dice *Inicial*–, es exacto, en cierto modo, ya que como aquél, encara la verdad como un simple proceso de adaptación a fines prácticos.» *Inicial* me proporciona un pequeño disgusto presentándome ante mis propios ojos como reo de semejante delito. Porque, en efecto, se trata del mayor delito que se puede cometer en filosofía. Es más, ni siquiera en filosofía se puede cometer tal delito porque al intentarlo se ha dejado de ser filósofo. El pragmatismo no ha sido nunca una filosofía de filósofos, sino, a lo sumo, una filosofía para los incapaces de tener ninguna.

No, yo no he pensado nunca que la verdad sea un simple proceso de adaptación a fines prácticos. Yo he pensado siempre todo lo contrario. Toda la intención de mi libro puede resumirse en el ensayo de armonizar el carácter trascendente, ultrabiológico de la verdad con el carácter inmanente, biológico, del pensamiento. La superación de la antítesis racionalismo-relativismo implica que tomemos los dos términos antagonistas en toda su pureza.

La verdad es transvital –dice el racionalismo de Sócrates y Platón. El pensamiento es un proceso vital –dice el relativismo, de quien el pragmatismo no es sino la más tosca manifestación. Y el caso es que ambas afirmaciones son verdaderas. Por esta razón es imposible encerrarse en una de ellas y negar la contraria como hacen racionalismo y relativismo.

Conviene no confundir el pensamiento con la verdad. El pensamiento puede ser verdadero o falso; es una función orgánica del individuo, sometida por lo tanto, a las condiciones biológicas de su desarrollo. En cambio, la verdad es indiferente a toda conveniencia vital. Podrá ocurrir que la adquisición de ciertas verdades resulte *a a* ventajosa biológicamente, pero también puede ocurrir, y aun de hecho acaece lo contrario que una verdad mate.

«El tema de nuestro tiempo consiste, precisamente, en evitar la confusión de las leyes del pensamiento con las leyes de la verdad.» Una y otras parecen antagónicas; el

pensamiento es un fenómeno real que se produce en el tiempo. Sus leyes son históricas. La verdad obedece a leyes absolutas, insumisas a toda condición de tiempo y lugar. El error que nuestra generación debe evitar consiste en desconocer ese esencial antagonismo y pretender supeditar la lógica a la historia o bien la historia a la lógica. Para ello no tenemos más que un método –todo problema es bicornio-: un poco de valor y tomémoslo por ambos cuernos.

No es posible hacer nada más útil en esta cuestión que lograr suficiente claridad sobre sus términos.

¿Quién es, hablando con rigor, el verdadero o el falso? Naturalmente, no son las cosas propiamente verdaderas o falsas. El «verdadero amigo» es un uso incorrecto, cuando menos un uso secundario y derivado del vocablo verdad. En lugar de «verdadero amigo» habría que decir «un hombre del que afirmar que es amigo resulta verdadero». No es, pues, el amigo primitivamente verdadero sino en la proporción en que se le atribuye ese carácter. Según esto, verdadero o falso sólo puede ser el pensamiento.

Pero aquí está el punto delicado. La palabra «pensamiento», como casi todas sus congéneres –idea, imaginación, concepto, juicio, etc.- arrastra un pernicioso equívoco, acaso el estorbo más grave que en el progreso actual encuentra la filosofía. Yo pienso ahora en Buenos Aires, y el lector, en el instante de leer esta línea, también. Tenemos, pues, dos pensamientos sobre Buenos Aires: el mío y el del lector. Ambos son sucesos reales, que acontecen en el espacio y en el tiempo: el mío ahora en Madrid, el del lector dentro de un mes, junto al Plata. El mío es un trozo real de mi persona, forma parte efectiva de mí, me pertenece. Lo propio acontece al lector con el suyo. Son, pues, dos realidades distintas. Sin embargo, esos dos pensamientos distintos son, en otro sentido del vocablo, el mismo pensamiento. Ambos, en efecto, piensan lo mismo: Buenos Aires. (Dejemos a un lado las variantes, para la cuestión es suficiente con un núcleo mínimo de coincidencia, y que éste existe es obvio; de otro modo no nos entenderíamos los unos a los otros.) Esto común que pensamos tiene atributos diferentes de los que acabamos de reconocer a nuestros pensamientos. El Buenos Aires que pensamos no es un hecho real, no forma parte de nuestro ser: es indiferente al tiempo y al lugar. ¿SE advierte la urgencia de corregir el empleo equívoco del término pensamiento? Una sencilla distinción va a aclarar prontamente la confusión. En todo fenómeno intelectual hay que distinguir al «acto» de pensar, percibir, etc., de «lo» pensado, «lo» percibido, etc. Lo pensado, por otra parte, no es la «cosa» en que pensamos, sino «lo» que pensamos de la cosa. Aunque Buenos Aires desapareciese, nuestra «idea» de Buenos Aires quedaría indemne, y no menos indemne quedará cuando nuestros «actos» de pensar en él se hayan cumplido y nuestros espíritus se ocupen de otro asunto.

Para quien no haga estas distinciones elementales todos los gatos de la filosofía serán pardos. Hay que separar radicalmente esas tres clases de objetos: primero, las cosas en que pensamos; segundo, lo que pensamos de ellas; tercero, los actos en que pensamos estas ideas. Las cosas son realidades fuera de nuestra conciencia; los actos son realidades dentro de nuestra conciencia, son trozos del sujeto; las ideas no está ni dentro ni fuera de nosotros ni en parte alguna porque no son realidades. Esta contraposición al carácter de realidad es el significado específico de la palabra «idea». Lo ideal es, propia y rigurosamente hablando, lo irreal. No se trata, pues, de nada místico o vago, de nada obtenido mediante construcciones, especulaciones e hipótesis. El estricto positivismo, que sin teoría preconcebidas busca los hechos, se encuentra con este enorme hecho: la existencia de objetos irreales componen las «ideas». Y no hay más remedio que tomar el hecho según él se da.

En la filosofía de los últimos siglos ha originado grandes perturbaciones cierta manera de hablar que llama a las «ideas» «contenidos de la conciencia». Como la conciencia es el sujeto, al hacer a las ideas contenidos de aquella, se las convierte en algo subjetivo. Y como el mundo, en definitiva, llega a nosotros en forma de ideas -«lo» percibido es también una «idea» en nuestro sentido-, si éstos son elementos subjetivos no hay modo de salir del sujeto al mundo. De aquí que toda la filosofía desde Descartes hasta 1900 haya sido, deliberada o indeliberadamente, subjetivista.

Pero lo único que es, en verdad, subjetivo es el acto en que actualizamos –ahora y aquí o mañana y allá- la «idea». Esta es transubjetiva. La idea de Buenos Aires, del centauro, del dodecaedro, no forma parte de nuestra subjetividad por la sencilla razón de que es perfectamente irreal y nosotros, en cambio, somos perfectamente reales.

No es posible hallar expresiones adecuadas para definir este modo de ser irreal propio de las ideas. Esto pasa siempre que llegamos a fenómenos elementales. El rojo o el azul tampoco se pueden definir: no hay manera, por medio de conceptos, de hacer conocer a un ciego lo que son esos colores.. Los fenómenos elementales sólo se conocen «viéndolos». Lo único que cabe es, por medio de expresiones indirectas, conducir la intuición del prójimo hacia el fenómeno, a fin de que por sí mismo lo vea.

Y, en efecto, no hay nada más sorprendente en el mundo que ese modo de ser de la idea. Se parece algo al tipo de existencia que disfrutan las cosas reflejadas en los espejos. Dentro del espejo las cosas no tienen una existencia real, no están realmente dentro de él; tienen sólo una existencia virtual. Es decir, que están sin estar. Las ideas son las cosas sin serlas «en realidad». La idealidad no es sino una forma de existencia opuesta a la existencia real y que sólo frente a ésta y contra ésta puede entenderse.

Ahora podemos decir: «verdaderas o falsas son sólo las ideas». Nuestros pensamientos o actos reales de pensar aquellas, no son ni verdaderos ni falsos, no tienen nada que ver con la lógica. Serán más bien, acertados o erróneos, según que piensen una idea verdadera o una idea falsa.

El parecido es un atributo del retrato y significa simplemente la conformidad del pintor o del pincel o del lienzo con éste. Pues bien, la verdad es el parecido de la idea con la cosa en ella ideada, no la conformidad del sujeto o de su acto psíquico con ésta. De aquí se desprende que el pragmatismo no sólo es un error, sino que es absurdo, un contrasentido, menos aún, una serie de palabras sin sentido. La verdad no es un proceso de adaptación práctica del sujeto por la sencilla razón de que directamente no tiene nada que ver con el sujeto. Es como si dijéramos que Buenos Aires es la raíz cuadrada de Mahoma.

El pragmatismo es un caso sin par de audacia intelectual. Sin pararse a meditar un instante sobre las ideas más elementales que intervienen en el problema del conocimiento, ha querido edificar una filosofía. El resultado ha sido un grotesco confucionismo. En vez de hablar de la verdad debía haber hablado de la convicción, de la certidumbre que, en efecto, son hechos subjetivos. En la formación de nuestras convicciones intervienen claramente factores prácticos. Por este motivo el hombre se convence hoy de unas verdades, mañana de otras o bien de puros errores. La «adquisición» de las verdades –si se quiere, «la adaptación del sujeto a la verdad»- es un proceso histórico, un fenómeno biológico. Pero el pragmatismo habla universalmente de una «adaptación de la verdad al sujeto», y esto es lo que carece de sentido. La verdad no puede ser relativa a la condición de un sujeto, sea individuo o especie. No hay una verdad para éste o para el otro. Esa verdad así condicionada sería el nombre del error. Cuando el sujeto cree haber llegado a una verdad, cree haber superado su condición

subjetiva y haber tocado un universo absoluto, indiferente a toda relatividad del individuo o de la especie. Algo es verdad para mí, cuando creo que es verdad en sí, y no al revés.

En definitiva, es el pragmatismo un vulgar escepticismo. Y el escepticismo, nadie lo ignora, es acaso una fina manera de sentir, pero no es una teoría posible: hubiera sido mejor decir que el hombre, por estar sometido a imperaciones prácticas, es incapaz de poseer verdad alguna. Esto hubiera tenido sentido... dicho por un ángel.

Dejemos, pues, quedo el pragmatismo. Ocuparse de él implica estar lejos de los grandes problemas nuevos. La filosofía ha caminado mucho desde 1880 hasta el día. No fuera excesivo afirmar que en este período ha vuelto a nacer y hoy, adulta, ve ante sí los más vastos y estremecidos horizontes. Lo que me cuesta algún trabajo entender es que todavía en 1916 hubiese una cátedra de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, donde se exponía con devota convicción la momia de Spencer.

## CARTA A UN JOVEN ARGENTINO QUE ESTUDIA FILOSOFIA

Me ha complacido mucho su carta, amigo mío. Encuentro en ella algo que es hoy insólito encontrar en un joven, y especialmente en un joven argentino. Pregunta usted algunas cosas, es decir, admite usted la posibilidad de que las ignora. Ese poro de ignorancia que deja usted abierto en el área pulimentada de su espíritu le salvará. Por él se infiltrará un superior conocimiento. Créame: no hay nada más fecundo que la ignorancia consciente de sí misma. Desde Platón hasta la fecha los más agudos pensadores no han encontrado mejor definición de la ciencia que el título antepuesto por el gran Cusano a uno de sus libros: *De docta ignorantia*. La ciencia es, ante y sobre todo, un docto ignorar. Por la sencilla razón de que las soluciones, el saber que no se sabe, son en todo sentido algo secundario con respecto a los problemas. Si no se tiene clara noción de los problemas más se puede proceder a resolverlos. Además, por muy seguras que sean las soluciones, su seguridad depende de la seguridad de los problemas. Ahora bien: darse cuenta de un problema es advertir ante nosotros la existencia concreta de algo que no sabemos lo que es: por tanto, es un saber que no sabemos. Quien no sienta voluptuosamente esta delicia socrática de la concreta ignorancia, esa herida, ese hueco que hace el problema en nosotros, es inepto para el ejercicio intelectual.

No he hecho nunca misterio de sugerirme mayores esperanzas la juventud argentina que la española. Como este augurio mío ha merecido el honor de ser propalado, me conviene definirlo un poco, a fin de que no se entienda mal. La amistad, cada vez más sólida, entre algunos grupos de la mocedad argentina y mi obra me obliga a huir con premeditación de halagar a aquella y me impone cierta escrupulosa veracidad.

La impresión de que una generación nueva produce sólo es por completo favorable cuando suscita estas dos cosas; esperanza y confianza. La juventud argentina que conozco me inspira -¡por qué no decirlo?- más esperanza que confianza. Es imposible hacer nada importante en el mundo si no se reúne esa pareja de cualidades: fuerza y disciplina. La nueva generación goza de una espléndida dosis de fuerza vital, condición primera de toda empresa histórica; por eso espero en ella. Pero a la vez sospecho que carece por completo de disciplina interna, sin la cual la fuerza se desagrega y volatiliza; por eso deconfío de ella. No basta curiosidad para ir hacia las cosas; hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas.

En las revistas y libros jóvenes que me llegan de la Argentina encuentro -respetando algunas excepciones- demasiado énfasis y poca precisión. ¿Cómo confiar en gente enfática? Nada urge tanto en Sudamérica como una general estrangulación del énfasis. Hay que ir a las cosas, hay que ir a las cosas, sin más. El americano, amigo mío -por razones que no es el caso ahora enunciar-, propende al narcisismo y a lo que ustedes llaman «parada». Al mirar las cosas no abandona sobre éstas la mirada, sino que tiende a usar de ellas como de un espejo donde contemplarse. De aquí que, en vez de penetrar en su interior, se queda casi siempre ante la superficie, ocupado en dar representación de sí mismo y ejecutar cuadros plásticos. Pero la ciencia y las letras no consisten en tomar posturas delante de las cosas, sino en irrumpir frenéticamente dentro de ellas, merced a un viril apetito de perforación.

Son ustedes más sensibles que precisos, y mientras esto no varíe dependerán ustedes íntegramente de Europa en el orden intelectual -único al que me refiero-. Porque, al ser sensibles, toda idea graciosa y fértil que se produzca en Europa conmovirá, quieran o no, el fino receptor que es su organismo; pero al querer reaccionar frente a la idea

recibida –juzgarla, refutarla, valorarla y oponerle otra- encontrarán ustedes dentro de sí esa impresión, esa vaguedad –llamémoslo por su nombre-, esa falta de criterio certero, firme, seguro de sí mismo que sólo se obtiene mediante rigurosas disciplinas.

Siempre me ha sorprendido la desproporción que suele haber entre la inteligencia a menudo espléndida del americano y esa otra facultad de *mise au point* que es el criterio. Tal vez en horas de sinceridad consigo mismo percibe todo buen intelectual americano ese extraño fenómeno secreto de la insuficiencia de su criterio. Cualquiera que sea su énfasis hacia el exterior –énfasis que en ocasiones se eleva a petulancia-, el fondo insobornable que arrastra todo hombre consigo le advierte de que no está seguro de sí mismo en el difícil manejo de las ideas. ¿Por qué es esto así? Yo aventuraría una explicación, pero su desarrollo me obligaría a entrar en cuestiones un poco abstrusas de psicología étnica. Sería preciso contrarrestar la tradicional noción que supone idénticas, poco más o menos, las almas humanas en todos los tiempos –sin más diferencias que las de sus contenidos-, e ignora que son, a veces, de estructura (de anatomía y fisiología) sumamente diversas. Además hay cosas de que conviene hablar sólo entre pocos y no aventarlas con riesgo de que sean mal entendidas. En fin, usted por sí solo, puede reconstruir mi intención de explicación fijándose en que la función ya exquisitamente desarrollada en el argentino, la sensibilidad, habría de localizarla en la periferia de la psique, por ser función receptiva, mientras que el criterio, aún imperfectamente desenvuelto (repito que en el orden propiamente científico y literario), es una operación de dentro a fuera y afecta a las zonas más centrales, más personales de la conciencia.

Esto significaría que la nueva generación necesita completar sus magníficas potencias con una rigurosa disciplina interior. Yo quisiera ver en esos grupos jóvenes la severa exigencia de ella. Pero acontece que veo todo lo contrario: un apresurado afán por reformar el Universo, la Sociedad, el Estado, la Universidad, todo lo de fuera, sin previa reforma y construcción de la intimidad. En este punto no pactaré jamás con ustedes y me hallarán irreductible. Todo el que incita a los jóvenes para que abandone el sublime deporte cósmico que es la juventud y salgan de ella a ocuparse en las cosas llamadas «serias» –política, reforma del mundo- es, deliberada o indeliberadamente, dañino. Porque esas serán cosas todo lo «serias» que se quiera, pero cede a un puro prejuicio quien cree, sin más, que lo «serio» es lo importante y esencial. La política, la reforma de ese vago armazón formal que llaman el Estado, son, en todo caso, consecuencias de otras actividades previas verdaderamente creadoras. Y lo mismo digo de la riqueza. La riqueza sólida y estable es, a la postre, emanación de almas enérgicas y mentes claras. Pero esa energía y esa claridad sólo se adquieren en puros espacios deportivos, de aspecto superfluo.

Sobre todo, la ciencia pura, la ciencia que no se propone ninguna aplicación inmediata. Para advertencia ejemplar de los hombres existe el hecho gigantesco de que la civilización que ha obtenido mayor dominio material, práctico sobre el cosmos –la europea- haya sido a la vez la civilización de la matemática más irreal y abtrusa. El mundo antiguo sólo produjo una técnica desmedrada y torpe –a mi juicio, una de las causas más concretas de su ruina-, porque no cultivó la matemática y el pensamiento con suficiente alegría deportiva. ¡Dígaseme qué sería de nuestra técnica sin la geometría analítica de Descartes y el *calcul des infiniment petits* de Leibniz! En un trabajo próximo a publicarse –Marta y María o Trabajo y Deporte- (Con este título y en noviembre de 1924 dio Ortega un cursillo de dos conferencias en la Residencia de Estudiantes madrileña subtituladas: «I. El sentido deportivo de la vitalidad» y «II: El Estado, la juventud y el carnaval».) verá usted como las cosas llamadas «serias» y útiles

han sido en la historia míseras decantaciones, precipitados y como propinas del puro deportismo.

En lugar de invitar al joven a hazañas patéticas, de falsa gesticulación solemne, yo le diría: «Amigo mío: ciencia, arte, moral inclusive, no son cosas ‘serias’, graves, sacerdotales. Se trata meramente de un juego. Pero así como la acción que no nos es dado eludir puede, sin desdoro, ser mal ejecutada, ya que nos viene impuesta, el juego exige que se juegue lo mejor posible. Precisamente, su falta de ‘seriedad’ hacia fuera – su falta de forzosidad- le dota espontáneamente de una rigurosa ‘seriedad’ interna. ¡Dígame usted si cabe pensar que el cálculo infinitesimal hubiera podido inventarse ‘en serio’ y por obligación, por necesidad opresora y a hora fija! Pues bien, joven amigo mío: usted juega mal, no sabe jugar y tiene que aprender.»

Yo espero mucho de la juventus intelectual argentina, pero sólo confiaré en ella cuando la encuentre resuelta a cultivar muy en serio el gran deporte de la precisión mental...

.....

Más de una vez –y por cierto con anterioridad a las voces que ahora comienzan fuera de España a insinuar algo parecido- he hecho notar que la historia avanza según grandes ritmos biológicos, de los cuales es uno el de la edad. «Hay tiempos de jóvenes y tiempos de viejos», decía yo en *El tema de nuestro tiempo*. La manera de reconocer a qué sazón vital pertenece una época es determinar si las ocupaciones que en ella dan el tono son de tono «serio» o de tono «alegre». Porque las cosas todas del mundo se pueden repartir en esas dos clases de tonalidad. Hay paisajes tristes y paisajes jocundos. Y esta diferencia de matiz expresivo no proviene, como ha solido creerse, de una mera proyección sobre el paisaje indiferente de nuestros estados subjetivos. El paisaje triste – ciertos puertos lívidos y cardenosos de España-, Somosierra, Piqueras, por ejemplo, lo son por sí mismos. El que va alegre por ellos nota su tristeza, sólo que el hervor de su interno regocijo le defiende e inmuniza de la tristeza invasora que el paisaje comprime contra su persona. Del mismo modo, al salir de una habitación caldeada, el fuego acumulado en nuestro cuerpo impide que sea penetrado por el frío exterior que percibimos, pero, por decirlo así, mantenemos a raya, sin transitar la frontera de nuestra piel.

Pues bien, en este sentido hay ocupaciones «serias», como son la política y la industria en general, el derecho y la economía. Son puros formalismos, y como tales, tristes, grises, sin interior suficiencia. La «seriedad» del magistrado y del contable, en general, la gravedad del burgués es un reflejo de sus serias ocupaciones. En cambio, la ciencia, la mejor ciencia, por ejemplo, la filosofía, ríe y sonríe en los diálogos de Platón con un ruido un poco de algazara escolar. Cosa nada sorprendente si se advierte que la filosofía se inventó por unos viejos sonrientes en conversación con los muchachos que salían del gimnasio triscando delante de sus ayos o «pedagogos». (Véase *Lisias*.)

El predominio del deporte físico, con su tono de alegría muscular, es, acaso, un síntoma del cariz que la vida va a ir tomado. Parece como si Europa se entregase a una salvadora puerilidad. Este es un punto sobre el que algún día quisiera hablar largamente, porque lo considero de sumo interés. Un profundo instinto hace entrever a nuestras viejas naciones que necesitan, después de una etapa de triste trabajo, dominada por la idiosincrasia del burgués y el obrero, una etapa de puerilidad y juventud. Pero es el caso que el espíritu –en cuanto cabe distinguirlo de la carne- es siempre más viejo que el cuerpo y, desde luego, un exceso de espiritualidad avejenta. Bien: y ¿qué inconveniente

hay en que sobrevenga una época durante la cual el cuerpo se anteponga al espíritu a fin de equilibrar la exageración de éste, que los últimos siglos han padecido? Sazón de convalecencia para Europa. Toda convalecencia mima al cuerpo, y, además tiene un no sé qué de admirablemente pueril.

## HEGEL Y AMERICA

(Ensayo publicado en el tomo VII de *El Espectador*, 1929. Las partes I y II habían aparecido en el diario *El Sol* los días 18 y 26 de marzo de 1928.)

### I

Era vergonzoso que la *Filosofía de la Historia Universal* de Hegel, no estuviese traducida ni al francés ni al castellano. Sólo hay dos versiones italianas, ambas infieles y anticuadas. Esto y la contingencia de que recientemente se haya reconstruido en Alemania un nuevo texto de la obra mucho más completo que el conocido, me ha llevado a procurar una edición española que ahora va a darse al público. Con este motivo he vuelto a recorrer cuidadosamente las formidables páginas de este libro imperial. Imperial, sí. Hegel era un emperador del pensamiento –frase estúpida si usted, lector, se empeña en entenderla como suelen entender hoy a los escritores los lectores de habla española; es decir, no entendiéndolos, suponiéndose desde luego e indefectiblemente más listos que el escritor que leen. (En algunos países de Sudamérica esta enfermedad de los lectores puede llegar a constituir una calamidad nacional.)

Hegel es un caso curioso de archi-intelectual que tiene, no obstante, psicología de hombre de Estado. Autoritario, imponente, duro y constructor. Su alma no se parece nada a la de Platón, ni a la de Descartes, ni a la de Spinoza, ni a la de Kant. La casta de su carácter le sitúa más bien en la línea de César, Diocleciano, Gengis-Khan y Barbarroja. Y no es que fuese uno de estos personajes aparte de ser un pensador, sino que lo fue precisamente como pensador. Su filosofía es imperial, cesárea, gengiskhanesca. Y así ocurrió que, a la postre, dominó *políticamente* el Estado prusiano, dictatorialmente, desde su cátedra universitaria. Ya digo que es un caso único en la historia de la filosofía. Lo habitual ha sido que cuando un filósofo pretende ser político le pase lo que a Platón. Salió ingenuamente a reformar el Estado de Dionisio y pocos meses después tuvieron que comprarlo en un mercado de esclavos, a fin de rescatar su divina persona, caída en tan extrema desventura.

Hegel es un emperador del pensamiento en un sentido radicalmente distinto y mucho más sustancioso de lo que ha imaginado al pronto el listísimo lector. En ninguna de sus obras transparece tanto ese carácter –organizador de grandes masas y duro para la carne de cañón– como en esa *Filosofía de la Historia Universal*. Sobre ella hablo largamente en el prólogo a la versión española, pero ahora quisiera espumar un tema particular: cómo ve ésta gran filósofo de la historia la América emergente.

Hegel ha sido uno de los últimos filósofos para quienes el universo es algo real. Después de él vino el diluvio del fenomenalismo en todas las formas, formatos y variantes posibles. Como ahora sentimos –y no sólo sentimos– la urgencia de redescubrir la realidad tras de los meros fenómenos, más allá de todo relativismo, el contacto con Hegel, ya que no nos conquista, nos corrobora. La realidad universal que descubre fue llamada por él Espíritu. Este no es otra cosa que aquello que se conoce a sí mismo. Y como el que se conoce a sí mismo no es más que eso, no se puede diferenciar de otro que posea la misma condición. El saberse de uno es idéntico al saberse del otro; por tanto no hay más que un Espíritu, una única realidad absoluta. Todo lo demás es real sólo como miembro y elemento de ese Espíritu que, consistiendo en un conocerse,

consiste en una actividad, en un movimiento y esencial agilidad que le lleva del ignorarse hasta el saberse. Va, pues, pasando de idea en idea hasta arribar a la idea completa de sí, hasta volver en sí, como un gerifalte que vuelve al puño, si el puño fuese un gerifalte. Este vuelo de idea en idea no es caprichoso; constituye un itinerario forzoso, rígido –es un proceso lógico. La *Lógica* de Hegel desarrolla este proceso ideal que, de etapa en etapa, aclara ante sí mismo, desvela y revela al Espíritu. El concepto con que empezamos se perfecciona en otro; éste, a su vez, en otro, y así sucesivamente, en cadena de diamante, en disciplina dialéctica que nos aprisiona para al cabo dotarnos de la suma libertad. Como el Espíritu no consiste en otra cosa que en conocerse, y lo logra *idealmente* en ese proceso lógico, quiere decirse que él es este proceso mismo, que es, por tanto, evolución conceptual; concepto que se va transformando y enriqueciendo, como el árbol evoluciona, por intimo despliegue, desde ser simiente hasta ser árbol.

Resulta, pues, que para Hegel la última realidad del Universo es por sí evolución y progreso; consecuentemente, que lo cósmico, es, desde luego, histórico. Sólo que la expresión propia de aquella evolución absoluta es la cadena de la Lógica, la cual es una historia sin tiempo. La historia efectiva es la proyección en el tiempo de esa pura serie de ideas, de ese proceso lógico. Cada uno de sus estadios adquiere al fijarse, al acaecer en un instante del tiempo cierta existencia aparte. Y la serie temporal de estos acontecimientos evolutivos del Espíritu es la historia universal. Cada estadio lógico es *vivido*, representado, ejecutado por algún gran pueblo –Egipto, Persia, Grecia, Roma, etc.- que de este modo, como momento necesario en el autoconocimiento del Espíritu universal, adquiere un sentido, un valor absoluto.

Hay en la filosofía histórica de Hegel la ambición de justificar cada época, cada etapa humana, evitando la indiscreción del vulgar progresismo que considera todo lo pasado como esencial barbarie. Así pensaban en el siglo XVII y el XVIII, para quienes razón e historia son antitéticas –por ser la historia, es decir, lo que ha pasado antes del advenimiento de la *raison*, una pura irracionalidad. Hegel quiere demostrar, por el contrario, que lo histórico es emanación e la razón, que el pretérito tiene buen sentido o, dicho de otro modo, que la historia universal no es una retahíla de inepticias, sino que en su gigantesca secuencia ha pasado algo serio, algo que tiene realidad, estructura, razón. Y para esto intenta mostrar que todas las épocas han tenido razón, precisamente porque fueron diferentes y aún contradictorias.

Pero esta ordenación de las edades y de los pueblos como estadios del Espíritu en su laraga faena esencial de conocerse a sí mismo, no puede verificarse sino cuando, al cabo, logra el Espíritu terminar esa descubrimiento de sí propio. Esto –claro está- no aconteció hasta nuestros días, que son, que fueron, los de Hegel. Sólo desde el presente, y en función de lo que es para nosotros nuestra vida, cabe, según Hegel, justificar las edades pretéritas; sólo desde el *espíritu de nuestro pueblo* cabe dignificar a los espíritus de los pueblos antiguos. ¿Cómo? Mostrando que sin ellos nuestro presente no existiría, que fueron los escalones para que nosotros pudiéramos llegar a esta deleitable suma altura en que estamos y que somos. (El optimismo sin reticencia que esta actitud de Hegel revela es un buen punto de contraste para definir el cambio de sensibilidad que en los últimos años ha experimentado el alma «moderna», sobre todo la europea. El «moderno» no se cree ya tan ingenuamente la edad definitiva.) En la filosofía hegeliana de la historia todas las calificaciones y valoraciones del pretérito están calculadas en vista del presente como término de la evolución. Lo histórico es sólo el pasado. Nosotros somos su lúcido resultado. «El espíritu del mundo actual es el concepto que el Espíritu ha llegado a tener de sí mismo; él es quien posee y rige el mundo y es el resultado de los esfuerzos de seis mil años.» A mi me abruma la cantidad de gratitud

que esa idea me impone para esos seis mil años y esos miles de millones de hombres que se han fatigado en producirme. Pero ésta es la dimensión de ingenuidad que reside en el hegelismo –de ingenuidad y de crueldad imperial. Es un pensamiento de faraón que mira el hormiguero de trabajadores afanados en construir su pirámide. A él debe el sistema de Hegel su carácter de sistema cerrado, sin evolución más allá de sí mismo, sin mañana. El presente, para Hegel, no es un tiempo cualquiera; es éste y sólo éste. Y por eso nuestro presente no cambiará en nada esencial, perdurará idéntico, sin preterir jamás. (El estado de espíritu de un Trajano cuando edifica sus edificios eternos.) El historiador que con su persona cierra, tapona el curso futuro de la historia es arrastrado por él –no lo domina, hace de sí un pretérito perfecto. Y la defensa que de la filosofía hegeliana se ha hecho diciendo que en ella misma está previsto el lugar que ella ocupa – ser la verdad de *su* época (como el rey que deja en el monumento preparada su tumba)-, revela una aceptación de relativismo que pondría fuera de sí al imperial, al «absoluto» Hegel. Tal relativismo sería escepticismo. Esa verdad *para* un tiempo no es *la* verdad. De todos modos, el tema de nuestro tiempo –la unión de lo temporal y lo eterno- no está resuelto en Hegel.

El caso de Hegel patentiza sonoramente el error que hay en definir lo histórico como el pasado. Una concepción cautelosa de lo real histórico tiene que contar con el futuro, con nuestro futuro, no sólo con nosotros, en cuanto futuro de lo pretérito. Así acaece que esta filosofía de la historia no tiene futuro, no tiene escape. Por eso es de un peculiarísimo interés averiguar cómo se las arregla Hegel con América, que si es algo es algo futuro.

Pero antes conviene añadir unas palabras sobre lo que Hegel considera como pasado histórico. No se vaya a creer que un emperador está dispuesto, sin más ni más, a aceptar todo lo que se le presente. Pasado, en Hegel son solo aquellos pueblos que formaron claramente un Estado. La vida preestatal es irracional, y Hegel, en su racionalización de la historia, no llega a la generosidad de salvarla y justificarla toda. Es aún demasiado «racionalista». Antes del Estado no hay historia, sino sólo prehistoria, la cual se ocupa del hombre-naturaleza, sin auténtico pasado, como no lo tienen los átomos. Los pueblos primitivos, continentes enteros, no entran en la historia. «Son pueblos –dice- de conciencia turbia. Lo único propio y digno de la consideración filosófica es recoger la historia allí donde la racionalidad empieza a manifestarse en su existencia terrestre.»

¡Fuera, pues, los pueblos salvajes! Tras ellos comienza la historia propiamente tal; a ésta sigue el presente, que es la plena y estable cultura, que ya no es historia. ¿Cómo se las arreglarán los que vienen detrás?, preguntamos. Hegel se inquieta un momento cuando la realidad le plantea esta pregunta, que es el aldabonazo del futuro. Y esta pregunta se la hace América. Veamos cómo se comporta Hegel.

## II

América coloca el pensamiento histórico de Hegel en una situación dramática, mejor aún, paradójica. Cuando una idea sufre de sí misma y lleva en su interior dolorido un drama lógico adopta la máscara escénica de la paradoja. En este caso es lo paradójico que Hegel no puede instalar a América –por ser un porvenir- en el cuerpo de la Historia universal. Ya hemos visto que para Hegel lo histórico es, en un sentido muy esencial, lo pasado. Termina en el presente, cuya constitución es ya de carácter definitivo, inmutable, y no puede pasar. Prisionero de su propia perfección, hieratizado en ella, se condena el presente a una perdurabilidad que a mí me parecería desesperante. La etapa

actual de la historia, sería, por fin, la meta lograda, el lugar apetecido en busca del cual todo el pretérito se afanó, se movió y, por lo mismo, pasó. Si yo estuviera convencido de esta idea hegeliana y me sintiese adscrito a este eterno presente se me iría con nostalgia el alma hacia el pasado, que era un camino y un andar –no, como el presente, un haber llegado y reposar. Como Cervantes decía, es preferible el camino a la posada.

Pero la paradoja no radica en que Hegel elimine a América –repito, a un futuro- del cuerpo propiamente histórico, sino que, no pudiendo colocarla ni en el presente ni en el pasado propiamente tal, tiene que alojarla... ¿Dónde dirán ustedes? Pues en la prehistoria.

La prehistoria goza en el pensamiento hegeliano de un valor sustantivo. No es simplemente la madrugada oscura de la historia, su primer capítulo tenebroso o lívido. Es francamente no-historia, ante-historia. La historia, hemos visto, no comienza mientras no entra en escena el hombre espiritual; por tanto, el Espíritu, consciente de sí mismo, con una conciencia muy tosca de sí, pero atento ya a sí. El síntoma es esto, para Hegel, es la existencia de un Estado. No sorprende este privilegio concedido por Hegel a lo político. Conocerse a sí mismo el Espíritu es caer en cuenta de que es libre, de que existe una realidad insumisa a mandatos ajenos, dueña y señora de sí misma, autónoma. Libre es el que se determina a sí mismo, el que se da a sí propio leyes. Ahora bien: la existencia en el universo de algo que merezca el nombre de Estado es la existencia de algo que da leyes y que no las recibe; por tanto, que se da a sí mismo sus leyes. En la naturaleza no existe nada parecido: cada cosa en ella está sometida a otra cosa externa a ella; es por esencia esclava. La aparición del Estado es la iniciación de una realidad nueva, sobrenatural, es el anuncio de que nace un orbe cuya sustancia es Libertad. Es el orbe histórico y sobrenatural cuya vida y evolución no consiste más que en un «progreso de la conciencia de libertad».

-En la naturaleza propiamente no pasa nada por la sencilla razón de que *siempre* pasa lo mismo. El cordero que nace mañana es lo mismo que el cordero nacido hoy, o ayer o hace mil años. La vida del árbol desde que fue simiente es un ciclo siempre idéntico. La vida natural termina siempre en un individuo igual al que fue: el padre en el hijo, que es otro ejemplar igual a él. En la naturaleza la variación es pura repetición. Por eso –dice Hegel- la naturaleza es aburrida. «No pasa nada nuevo bajo el sol natural» (es sorprendente que Hegel, gran inventor de la evolución, no acierte a descubrirla en las especies vivientes). Solo hay evolución cuando el Espíritu comienza. Entonces ya no hay más que evolución y empiezan a pasar cosas siempre nuevas. En el tiempo espiritual de la historia no hay dos días iguales. El ayer es un auténtico ayer, un definitivo pasado que no se repetirá jamás. Basta que haya sido para que el mañana se diferencie de él y lo supere, se *libere* de él. La historia es el libertarse de la repetición y del aburrimiento. La historia es lo divertido.

En cambio, la prehistoria nos habla del hombre natural (los alemanes llaman al salvaje o primitivo *Naturmensch*), del hombre que aún no sospecha su latente potencia espiritual y pervive sonámbulo como el animal o la planta.

Antes que Hegel había sugerido Schelling la idea de una esencial prehistoria. En la *Introducción a la filosofía de la Mitología*, que recoge ideas suyas más antiguas, dice: «El simple concepto de un tiempo rigurosamente prehistórico excluye todo *antes* y *después* que en él se quiera pensar. Porque si en él pudiese *pasar* algo no sería rigurosamente prehistórico, sino que pertenecería ya al tiempo histórico... El prehistórico es, por su misma naturaleza, indivisible, idéntico», no admite diferencia de tiempos interiores. En suma: un tiempo es prehistórico no porque ignoremos lo que en

él pasó sino, al revés, porque en él no pasó nunca nada, sino que pasó siempre lo mismo, y el pasado en vez de pasar, se repitió pertinazmente.

Hay porciones de la Humanidad que hasta nuestros días perduran en esa situación prehistórica. Los pueblos salvajes no tienen historia, como no la tienen las abejas o las termitas. Al estudio de estos seres se ha llamado Historia Natural, concepto absurdo. La única Historia Natural es la Prehistoria, en la que estudiamos a un ser que puede ser histórico cuando aún es sólo natural. Prisionero aún de la Naturaleza vive el hombre ignaro de sí mismo, enajenado y fuera de su propio ser. Vive, pues, incubando un futuro ser. Esto es, en general, para Hegel la Naturaleza: aquella realidad que precede y prepara al Espíritu. En ella, mezclado con los animales y con el paisaje, fermenta lo humano. Allí debemos buscarlo; por tanto, la Prehistoria es Geografía. En el capítulo geográfico de sus *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal* es donde paradójicamente hallamos instalada a América. Después de todo, no es sorprendente. Si decimos de ella que es un futuro, decimos que aún no es lo que va a ser y puede ser. Ahora bien: esto es precisamente la Naturaleza. Como para Hegel solo es verdaderamente el Espíritu, la realidad de la Naturaleza consiste en algo que va a ser Espíritu, pero que aún no lo es. Así se explica que hallemos alojado el futuro en el absoluto pretérito que es la Prehistoria natural, la Geografía.

Y, en efecto, Hegel ve en todo lo americano el carácter de inmadurez. Empezando por la tierra misma. Para él América es el nuevo mundo, incluye pues la Oceanía. «El nuevo mundo no es sólo relativamente nuevo, sino en absoluto, incluso en su constitución física y política.» «No quiero negar al nuevo mundo el honor de haber salido de las aguas al tiempo de la creación, como suele decirse. Sin embargo, el mar de las Islas, que se extiende entre América del Sur y Asia revela cierta inmadurez por lo que le toca también a su origen. La mayor parte de las islas se asientan sobre corales y están hechas de modo que más bien parecen cubrimiento de rocas surgidas recientemente de las profundidades marinas y ostentan el carácter de algo nacido hace poco tiempo.»

Junto a la inmadurez, o como expresión de ella, encuentra Hegel la influencia, la debilidad. «Las tierras del Atlántico que tenían una cultura cuando fueron descubiertas por los europeos la perdieron al entrar en contacto con éstos. La conquista del país señaló la ruina de su cultura, de la cual conservamos noticias. Se reducen éstas a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el Espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, etc., pero éstas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del viejo mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes. Aseguran que los animales comestibles no son en el nuevo mundo tan nutritivos como los del viejo. Hay en América grandes rebaños de vacuno, pero la carne de vaca europea es considerada allí como un bocado exquisito.»

Durante los setenta años aproximadamente en que no se ha leído a Hegel se le acusó de opinar sobre las cosas –históricas y naturales– con soberana arbitrariedad. Y no se insinuaba al decir esto que procediese mediante puras deducciones y abstracto geometrismo de ideas –uso natural en quien no pretendía hacer otra cosa–, sino que hablaba ligeramente, sin previa inmersión en el estudio minucioso de los hechos. Mas cuando se vuelva a leer a Hegel se advertirá con sorpresa que la verdad es todo lo contrario. Maravilla la enormidad de saber detallado que en este hombre se acumuló. Sobre todo en esta *Filosofía de la Historia* demuestra haber absorbido toda la

información asequible de su época. Y vemos que las mayores fallas de su obra no se originan en su método especulativo, sino en la eliminación que todo saber empírico padece.

Pero como no se trata de extender a Hegel un certificado escolar de suficiencia, sino, por el contrario, de asomarse conmovidamente a su enorme espíritu para sorprender la refracción momentánea del Universo en aquel medio ejemplar, estas limitaciones nos causan placer porque dan autenticidad histórica y vital al espectáculo. Las *gaucherías* de las viejas fotografías son, a la par, su encanto mayor. Ellas, y no los elementos correctos y como actuales, nos arrancan del presente y nos trasladan con voluptuosa magia histórica a aquella hora pasada. Así, ahora nos parece ver a Hegel, bajo su gran gorro moscovita, leyendo en su despacho, una relación de viajes por América donde se hace notar que allá se prefiere el *beefsteack* europeo al indígena.

Niña, reciente, coralina y tierna la tierra del nuevo mundo; débiles sus fieras y sus hombres y sus culturas autóctonas. No se puede desconocer la sutileza con que todo esto está visto en 1820. Porque es el caso que posteriormente no ha hecho sino acentuarse ante la investigación científica ese carácter extraño de la fauna y del indígena americanos. ¡Cómo destaca Hegel, desde luego, sin titubeo y tan certeramente, esa peculiar debilidad y aptitud a volatilizarse o desvanecerse de los indios americanos? Una y otra vez insiste en la facilidad, en la prisa con que, al llegar los fuertes europeos, estas razas de América y del mar del Sur han huido a la nada, se han refugiado en el no-ser. «Las debilidades del carácter americano han sido causa de que se hayan llevado a América negros para los trabajos rudos. Los negros son mucho más sensibles a la cultura europea que los indígenas. Algunas costumbres han adoptado, sin duda, los indígenas al contacto con los europeos, entre otras, la de beber aguardiente, que ha acarreado en ellos consecuencias destructoras. En América del sur y en Méjico los habitantes que tienen el sentimiento de la independencia, los *criollos*, han nacido de la mezcla con los españoles y los portugueses. Sólo éstos han podido encumbrarse al superior sentimiento y deseo de la independencia. (Nótese, de la libertad). Son los que dan el tono. Al parecer, hay pocas tribus indígenas que sientan igual.»

En cuanto a la fauna, leo estos días un curioso estudio de cierto biogeógrafo que explica ingeniosamente la procedencia de esas especies extrañísimas, características de América del Sur y Oceanía. Su debilidad e inmadurez, tan agudamente vistas por Hegel, procede de que son las primigenias, como nadie ignora. Lo que conviene explicar es por qué han radicado en esas porciones del globo y son en las demás obsoletas. Otro día hablaré sobre esta reciente explicación. Pero es indudable que Hegel aceptaría como auxiliar de su opinión ese atributo de arcaísmo que la ciencia postdarwiniana dedica a esas especies. La especie más vieja es, como especie y mientras pervive, infantil en relación con las más nuevas y complejas. Sería pues, un mundo biológico perpetuamente niño y no es exagerado afirmar que Hegel ve a América –en su geología, en su fauna, en sus indios y, como ahora observaremos, en su retoño colonial- como una niñez perdurable de la Ecumene.

### III

Hemos visto que las civilizaciones indianas eran para Hegel formas de vida antehistórica y pertenecían a la Prehistoria, a la Geografía, como la planta y la fiera. Por esta razón le parece todo el continente un «todavía no», una madrugada de humanidad. Cuando pasa a considerar los nuevos Estados surgidos de la emigración europea, Hegel

mantiene este punto de vista. No se deja arrastrar por el dato primario de que esos Estados vivan de un material humano procedente de Europa y, por tanto –habría que pensarse-, plenamente actual.

Distingue ante todo entre Norte y Sudamérica, Hegel padecía una especie de patriotismo protestante y detestaba el catolicismo. Por esta razón dedica a los Estados libres del Norte su mejor benevolencia y describe con poca simpatía las naciones católicas del Sur. Sin embargo, la diferencia del trato no le lleva hasta separar el destino y la significación histórica de uno y otro lóbulo continental. A la postre los califica idénticamente. América del Sur –dice- ha sido conquistada: predominan en ella el poder militar, el clericalismo, la tesaurización y la vanidad de títulos y honores. América del Norte, en cambio, ha sido colonizada, se orienta en el principio de la industria y del protestantismo, sostiene la libertad del individuo.

«Si ahora comparamos la América del Norte con Europa hallamos allá el ejemplo perenne de una constitución republicana. Existe la unidad subjetiva, pues existe un presidente que está a la cabeza del Estado y que –como prevención contra posibles ambiciones monárquicas- sólo por cuatro años es elegido. Dos hechos de continuo elogiados en la vida pública son: la protección de la propiedad y la casi total ausencia de impuestos. Con esto queda indicado el carácter fundamental: consiste en la orientación de los individuos hacia la ganancia y el provecho, en la preponderancia del interés particular, que si se aplica a lo universal es sólo para mayor provecho del propio goce. No deja de haber estados jurídicos y una ley jurídica formal, pero esta legalidad es una legalidad sin justicia. Por eso los comerciantes americanos tienen la mala fama de que engañan a los demás bajo la protección del derecho.»

En cuanto a la política, «Norteamérica no puede considerarse todavía como un Estado constituido y maduro». Esto parecerá absurdo a los americanos que se consideran apenas nacidos, al cabo de todas las perfecciones constitucionales. Hegel les imputa lo que ellos más estiman: su carácter federativo y republicano. Para el filósofo son ambas formas de pluralidad sin efectiva unidad superior, y representan organizaciones políticas inestables. «Es –dice- un Estado federativo que es la peor forma de Estado en el aspecto de las relaciones exteriores. Solo la peculiar situación de los Estados Unidos ha impedido que esta circunstancia haya causado su ruina total.» Y sobre todo, dice Hegel, esto que hoy nos produce gran sorpresa: «Es un Estado en formación: no está lo bastante adelantado para sentir la necesidad de la realeza». La idea de que Prusia llegase, andando el tiempo, a sacudir su monarquía como se sacude el hombre una pesadilla no debió pasar nunca por la mente de Hegel. Tocamos aquí en un punto concreto la enorme limitación del pensamiento hegeliano: su ceguera para el futuro. El porvenir le desazonaba porque es lo verdaderamente irracional y, en consecuencia lo que estima más el filósofo cuando antepone el apetito frenético de verdad al afán imperialista de un sistema. Hegel se hace hermético al mañana, se agita desasosegado cuando roza algún albor, pierde la serenidad y cierra dogmáticamente las ventanas para que con nuevas posibilidades luminosas no entren volando las objeciones.

Sin embargo, sin embargo... Hegel no se va nunca de vacío. En sus errores, como el león en sus mordiscos, se lleva siempre entre los dientes un buen pedazo de verdad palpitante.

He aquí cómo expresa –con variadas fórmulas- la razón de que América no haya comenzado aún su plena vida de Estado. «Un verdadero Estado y un verdadero Gobierno sólo se produce cuando ya existen diferencias de clase, cuando son grandes la riqueza y la pobreza y cuando se da una situación tal que la gran masa ya no puede satisfacer sus necesidades de la manera a que estaba acostumbrada. Pero América no

está todavía en camino de llegar a semejante tensión, pues le queda siempre abierto el recurso de la colonización y constantemente acude una muchedumbre de personas a las llanuras de Mississippi. Gracias a este medio ha desaparecido la fuente principal de descontento y queda garantizada la continuación de la situación actual.» Y luego: «La clase agricultora no se ha concentrado aún, no se siente apretada, y cuando experimenta este sentimiento le pone remedio roturando nuevos terrenos. Anualmente se precipitan olas y olas de nuevos agricultores más allá de las montañas Alleghanys para ocupar nuevos territorios. Para que un Estado adquiera las condiciones de existencia de un verdadero Estado es preciso que no se vea sujeto a una emigración constante y que la clase agricultora, imposibilitada de extenderse hacia fuera, tenga que concentrarse en ciudades e industrias urbanas. Sólo así puede producirse un sistema civil y ésta es la condición para que exista un Estado organizado. Norteamérica está todavía en el caso de roturar la tierra. Únicamente cuando, como en Europa, no pueden ya aumentarse a voluntad los agricultores, los habitantes en vez de extenderse en busca de nuevos terrenos, tendrán que condensarse en la industria y en el tráfico urbano, formando un sistema compacto de sociedad civil y llegarán a experimentar las necesidades de un Estado orgánico. Es, por tanto, imposible comparar los Estados libres norteamericanos con los países europeos, pues en Europa no existe semejante salida natural para la población. Si hubieran existido aún los bosques de Germania no se habría producido la Revolución francesa. Norteamérica sólo podrá ser comparada con Europa cuando el espacio inmenso que ofrece esté lleno y la sociedad se haya concentrado en sí misma.»

He transcrito tan ampliamente estos párrafos de Hegel no sólo por el interés inmediato que tiene siempre oír el son de su palabra –son trozos tomados casi taquigráficamente de su improvisación oral en la cátedra-, sino porque poniéndolos ante los ojos del lector puedo permitirme dar de ellos una interpretación más rigurosa, más hegeliana, a mi juicio, que su propio sonido y letra. Detrás de esa definición concreta de la realidad americana late una teoría general nunca expuesta por Hegel, pero fácilmente destilable del contexto.

No olvidemos que la Historia no empieza, según Hegel, sino cuando el Espíritu empieza a descubrirse a sí mismo, a reconocerse como tal Espíritu. La Naturaleza o antehistoria es también Espíritu, pero lo es precisamente en cuanto el Espíritu se ha escapado de sí mismo, se ha enajenado y perdido fuera de sí, en suma, se ha ignorado y desconocido. Dicho *grosso modo*; el paisaje que vemos no es, en verdad sino un cuadro que el Espíritu pinta o proyecta ante sí. Si lo tomamos aparte, ingenuamente, según aparece, juzgaremos que existe por sí y que no proviene del Espíritu. Pero todo cuadro es emanación que en él ha puesto su intimidad espiritual. Su realidad no es, pues, independiente del creador, sino que es el creador mismo transpuesto y como traducido en un medio que aparentemente no se parece nada a él.

Pues bien: en esa definición de América entrevemos una ley fundamental de la historia que Hegel no ha formulado nunca por separado. Por lo visto, para que el Espíritu se recoja sobre sí mismo y abandone ese aspecto de naturaleza que primero adoptó, es preciso que los hombres no encuentren ante sí grandes espacios libres, sino que, al contrario, vivan apretados. Por tanto, la historia o espiritualización del Universo es función de la densidad de población. La humanidad desparramada no segrega espíritu; es menester que se haga especialmente compacta, que se aprieten unos contra otros los individuos. Sometida a presión, la humanidad comienza a rezumar espiritualidad y la aventura propiamente histórica se inicia. Sólo ante dificultades en la vida «natural», cuya medida hallamos en la holgura del territorio, se dispara el proceso cultural.

Ahora bien: tómese un material humano que, como el europeo, se ha ido haciendo en regiones muy pobladas y por ello ha llegado a la máxima tensión del Espíritu; trasládesele a un territorio amplísimo, donde el coeficiente de libre espacio para cada individuo sea como el que el europeo gozaba hace dos mil años («los bosques de Germania»); ¿qué acontecerá? La idea de Hegel es clara y no deja lugar a dudas respecto a su opinión. Su respuesta sería ésta: esa porción de europeos actuales, viviendo en grandes espacios, retrocederá en su evolución espiritual y se parecerá mucho a un pueblo primitivo. Cuando el espacio sobra se adueña del hombre la naturaleza. El espacio es una categoría geográfica y no histórica.

Véase, pues, cómo Hegel persiste frente a los nuevos Estados americanos en su interpretación del Nuevo Mundo como un mundo especialmente primitivo. Si hoy reviviera y asistiese a la magnífica escena de la vida yanqui con todas las maravillas de su técnica y organización, ¿qué diría? ¿Rectificaría su criterio? Es de sospechar que no. Todo ese aspecto de ultramodernidad americana le parecería simplemente un resultado mecánico de la cultura europea al ser transportada a un medio más fácil, pero bajo él vería en el alma americana un tipo de espiritualidad primitiva, un comienzo de algo original y no europeo. En suma, lo que estimaría de América sería precisamente sus dotes de nueva y saludable barbarie. De éstas y no de su técnica europea, mera repercusión del Viejo Mundo, dependería, en su opinión, el nuevo estadio de la evolución espiritual que América está llamado a representar. ¿Cuál sería éste? ¿Cuáles sus rasgos distintivos? Hegel aparta con temor su vista de tal problema y dice: «*Por consiguiente, América es el país del porvenir.* En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur. Es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa. Se asegura que Napoleón dijo: *Cette vieille Europe m'ennuie.* América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la historia universal. Lo que hasta ahora acontece allí no es más que el eco del Viejo Mundo y el reflejo de ajena vida. *Mas como país del porvenir, América no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías.* En el aspecto de la historia tenemos que habérmolas con lo que ha sido y con lo que es. En la filosofía, empero, con aquello que no sólo ha sido, y no sólo será, sino que es y es eterno: la razón. Y ello basta.»

(Marzo 1928.)

## AVISO A LOS PERIODISTAS ARGENTINOS

Llevo En la sangre, por ambos lados familiares, tres generaciones de periodistas y yo mismo he entregado a los periódicos buena parte de mi obra. Yo creo que esto me da algún título para solicitar de los periodistas argentinos trato de favor como es uso en toda colegialidad, como lo suele conceder el médico al médico y el abogado al abogado. Este trato de favor consiste en quedar eximido de entrevistas. En mi país no acepto ninguna pensando que quien comunica a toda hora directamente con el público no debe imponer a éste la nueva pesadumbre de columnas periodísticas con más datos sobre su persona. Queda esto para los que de sólo no hablan con el público, para toda la simpática fauna de bípedos implumes, sean políticos, boxeadores o foot-ballistas. Además, la aceptación de entrevistas implica la creencia de que uno es un personaje. Ahora bien, yo me he esforzado siempre, denodadamente, en evitar mi metamorfosis en personaje. He conseguido hasta ahora no serlo en mi patria, y no es cosa de que se me imponga aquí ese halagüeño castigo. Ciertamente que, como los griegos decían, todo extranjero es como tal un poco divino. Pero esto es precisamente lo que pido a mis colegas de periodismo: que reduzcan al mínimo esa mi inevitable divinidad de transeúnte.

Sobre que mi exotismo en la Argentina es muy relativo. Desde hace doce años que vine aquí un buen día, yo me considero como un poco argentino. Con una generosidad inusitada, siendo yo entonces muy poco conocido en España y nada a este lado del mar, el público intelectual de Buenos Aires me prestó la más benévola atención. Quedé para siempre dulcemente prisionero en una red de amistades y gratitudes porteñas. Los jóvenes han leído mis errabundos escritos y han escuchado mis indicaciones sobre nuevos temas, ideas, maestros. Alguna que otra vez estos jóvenes me dedican una impertinencia que yo recibo encantado siguiendo el viejo apotegma de un filósofo: «Pega, pero escucha.» No soy, pues, tampoco un extraño en Buenos Aires y en un sentido más hondo de lo que pueda creerse, este nuevo viaje mío no es un venir, sino un volver –con todas las melancolías y peligros de un retorno. Poner de nuevo el pie en la propia huella es lo más difícil del mundo.

En cuanto a mi actuación próxima, he de decir que carecerá por completo de importancia. He venido simplemente a refrescar amistades antiguas y a tomar contacto con el tono actual de este pueblo acelerado. De paso, según es uso entre amigos que un largo tiempo ha separado, cambiaré impresiones con los mejores de aquí, como si mutuamente nos preguntásemos: ¿Qué tal te va la vida? Este será el sentido de mis conferencias en la Sociedad de Amigos del Arte, que título *Introducción al presente*. Algo parecido, sólo que en forma puramente técnica, serán mis lecciones en la Universidad. Reanudando la serie de hace doce años, mostraré la situación en que hoy se halla la filosofía. Ello me dará ocasión para hacer ver que lo dicho por mí entonces no estaba fuera de vía, antes bien, cuanto en las ciencias ha acontecido desde entonces parece complacerse en confirmar hasta en el menor detalle lo enunciado antaño. Y esto es lo único que desearía ver reconocido: algunos grupos de estudiosos siguieron desde entonces mis sugerencias, atendieron a los problemas, a las doctrinas, a los libros y a los hombres que yo recomendé. Al cabo de doce años puedo muy taxativamente y muy enérgicamente preguntar: ¿creen esos grupos que fueron bien orientados, que llegaron desde luego y sin esfuerzo a los sitios que luego se han confirmado como los mejores del espíritu europeo? En este único punto pido lealtad y claridad. Porque ello fue el único compromiso tácito adquirido con la juventud intelectual de 1916. Si lo he

cumplido bien he agotado mi pretensión. Que el reconocimiento de esto me fuese escatimado sería lo único que me dolería y no tanto por mí como por los delincuentes. Confieso que de este país tan admirado y querido por mí –ello es bien notorio en toda Europa y Scheler si viviera podría testificarlo-, la sola cosa que a veces me perturba es el hábito, adquirido por algunos intelectuales de algo que, en forma extrema, llaman los psiquiatras alemanes el *Vorbeireden*, el «hablar por delante de las cosas», en vez de ir derechos al cuerpo mismo de éstas.

## DISCURSO EN EL PARLAMENTO CHILENO

(Pronunciado En la sesión del día 4 de diciembre de 1928 en la Cámara de Diputados de Chile. Diario de Sesiones, 76 sesión; págs. 2512 a 2515.)

Señor presidente, señores diputados. El honor que esta Cámara me hace permitiendo que se deslice, por un momento, dentro de su cuerpo constitucional, mi persona errante, me obliga a tanta gratitud que he querido defenderme de ella, temeroso de no saber adecuadamente corresponderla.

Yo no soy más que un meditador independiente y algo díscolo, un estudioso de ideas, un incitador hacia la vida, que he eludido siempre toda representación oficial y toda magistratura para mantenerme libre y ágil al servicio de mi apasionada misión, la cual se asemeja un poco a la de aquel personaje de los libros hebreos, que iba por los caminos y cañadas, que daba vueltas en torno a los muros de las ciudades voceando: «¡Ay de ti, Sión! ¡Ay de tus mujeres y de tus hijos, si te olvidas del espíritu!» Hasta que un día, desde una almena, arrojan una piedra que golpea su sien y cae entonces gritando: «¡Ay de mi!»

A esta sencilla, fervorosa y lírica misión he puesto mi vida, y como mi pretensión no trasciende de ella, el honor exorbitante que ahora se me hace, me asusta e inquieta un poco y hasta me hace pensar si habrá sido inspirado por alguna confusión, por algún error de óptica, que hace ver en mi persona rangos y cuantías de prestigio social que me son completamente ajenos, ya que voy por el mundo sin títulos ni atuendos, cantando libremente mi canción. Porque los griegos, de alma tan aguda e irónica, solían decir que es siempre el extranjero un poco divino, sea porque aparece de súbito, sin pasado bien conocido, como escapado de una nube viajera, sea porque al ser hombre de tierras lejanas beneficia de la óptica de la distancia que si en lo físico hace ver a los cuerpos menores, en lo moral amplifica los seres y los presenta legendarios.

Sólo una idea me tranquiliza: la de que sirva mi figura transeúnte para que esta Cámara dé un apretón de manos a una España afanosa y renaciente, que dotada de novísima energía vuelve a estos países de que fue madre con un gesto distinto, y más joven, de hermana mayor. Sólo de esto puede servir, solo en éste sentido puedo aceptar este superlativo homenaje, ya que a esa España joven y a esa historia voy unido.

Y es buen ejemplo la historia, aún breve, pero ya fructífera, del nuevo ensayo español para toda juventud que quiera modificar en mejoría la trayectoria de su pueblo. Incitado por el ademán de algunos precursores, hace veinte años, un grupo de muchachos resolvimos laborar en la transformación radical de nuestra vieja nación, y sin apoyo oficial, sin medios regalados, con nuestras propias manos, hemos ablandado primero y luego dado nuevas formas a la materia anquilosada de nuestra antigua existencia nacional. Hoy vuelve España a navegar resuelta por el alto mar de la historia, y yo os invito muy solemnemente a que en los años próximos fijéis, de cuando en cuando, vuestra mirada en aquella península porque ella os proporcionará no pocas sorpresas y algunas corroboraciones.

No pido hoy para España ni ternura hacia el pasado ni benevolencia para el presente: pido sólo atención y ojo alerta hacia su próximo porvenir.

En la primera conferencia pública insinuaba yo la idea, que me es muy cara y que dibuja con exactitud el hecho esencial de la vida, según la cual nuestra existencia, en

cualquier momento que la sorprendamos, nos aparece constituida, por encima y antes y después de toda disputa sobre determinismo o indeterminismo, por un conjunto de circunstancias que nos obligan, que nos imponen, un régimen de forzosidad. Esto es nuestro Destino.

Pero ese conjunto de circunstancias forzosas no afecta nuestro vivir de tal modo que debe ir éste rigiéndose por una trayectoria ineludible, mecánica, sino que deja siempre un margen a la libre decisión: de suerte que nuestra existencia es, en todo instante, una circunstancia fatal dada que nuestra voluntad puede tomar en sus manos y empujarla en el sentido de la perfección.

No hay vivir si no se acepta la circunstancia dada, y no hay buen vivir si nuestra libertad no la plasma en el camino de la perfección.

Esta misma idea está contenida en la hermosa frase que usó el gran pensador alemán Nietzsche, cuando refiriéndose al poeta dijo que es el hombre que «danza encadenado».

Todo hombre tiene que tomar en peso su destino, y plasmarlo con su albedrío. Esta no es una frase vagamente alentadora, sino una doctrina, a mi juicio, esencial y verídica.

Cuando no se ha reflexionado bastante se cree que la vida ideal fuera una existencia horra de angustias y problemas, un puro flotar en un ámbito etéreo, poblado solo de caricias. En este sentido decía Merimée que *la felicidad es como un deseo de dormir*. Pero esto es un grave error. Nuestro organismo no funcionaría si el medio en torno no lo estimulase e irritase. Toda función vital es la respuesta a una excitación, a una herida que el contorno nos hace.

La ausencia de presiones, de problemas, apagaría nuestra vida, porque nuestro vivir es un constante aceptar heridas y un responder enérgico a esta benéfica vulneración. Ni un individuo ni un pueblo puede vivir sin problemas, al contrario, todo individuo, todo pueblo vive precisamente de sus problemas, de sus destinos. La vida histórica es una permanente creación, no es un tesoro que nos viene de regalo. Para crear hay que mantenerse perpetuamente en entrenamiento. Y conviene recordar que la palabra entrenamiento no es sino la traducción del vocablo *askesis*, ascetismo, que usaban los griegos en los juegos atléticos y con el cual denominaban al régimen de difíciles ejercicios a que se sometían para mantenerse «en forma» los deportistas. Los místicos de la Edad Media tomaron este vocablo del deporte y la vida pagana, y lo aplicaron a la actividad del hombre, que mediante un constante ejercicio procura mantenerse en estado de gracia, para hallarse *en forma* y lograr la beatitud.

Pues bien, este ascetismo, este constante entrenamiento es el único capaz de hacernos crear. Hay que mantenerse en un constante entrenamiento, pero no basta para sostenerlo la buena voluntad. Es preciso que las circunstancias constantemente nos inciten; un pueblo no se pone en pie y logra disciplinarse simplemente porque alguien, un buen día, se lo quiera sugerir, sino que, por el contrario, tiene que sentir a toda hora en su carne multitudinaria el aguijón de los problemas nacionales, el espolazo de su destino. Y no hay destino tan desfavorable que no podamos fertilizar aceptándolo con jovialidad y decisión. De él, de su áspero roce, de su ineludible angustia sacan los pueblos la capacidad para las grandes verdades históricas. No se dude de ello: en el dolor nos hacemos y en el placer nos gastamos.

Así es como sentiría yo, si fuese chileno, la desventura que en estos días renueva trágicamente una de las facciones más dolorosas de vuestro destino. Porque tiene este Chile florido algo de Sísifo, ya que como él vive junto a una alta serranía y, como él, parece condenado a que se le venga abajo cien veces lo que con su esfuerzo cien veces elevó.

Pero ya que he aceptado este homenaje, que vuelvo a calificar de exorbitante, sobre todo después de las palabras superlativas con que el presidente lo ha subrayado, tengo la obligación de hacerlo breve.

Sería una situación delicada para mí preocuparme de hablar ante ustedes de asuntos referentes a la tarea que generalmente llena los ámbitos de esta sala. Sólo quisiera indicar dos puntos, a mi juicio esenciales, en la situación política del mundo, y especialmente en la de estos países nuestros de razas tan calientes.

Se dice, desde hace algunos años, que ha acabado la política de las ideas, se dice con verdad, pero ¿por qué se dice también con romántica melancolía? ¿Qué es esa famosa política de ideas? Es preciso que retrotraigamos la mirada a algunos siglos atrás.

Las naciones que son para vosotros modelos, por ser las que habéis hallado en la plenitud de su desarrollo cuando a nueva vida nacieron estos países, se hicieron allá en la Edad Media, pero no como fruto de las ideas, de la inteligencia. Durante la Edad Media se van fraguando las naciones europeas merced a las obras, a virtudes, al coraje, al esfuerzo y constancia, que no suelen ser las características de los intelectuales. Es ése el tiempo en que dominan los guerreros y sacerdotes, con las virtudes propias de su gremio, y entonces se van formando año por año, centuria por centuria, esos acordes magníficos de la humanidad que han sido las naciones de Occidente.

Entretanto, germina y se prepara en los rincones de los claustros y de las universidades principales el pensamiento, la inteligencia que tiene en el Renacimiento la primera fiesta de su madurez. Pero crece tanto esta inteligencia, va sintiéndose tan poderosa que llega, sobre todo en el siglo XVII –era de la construcción de los grandes sistemas racionales de Descartes, Spinoza y Leibniz-, a creer que puede tanto como Dios, que puede deshacer y reconstruir el templo del mundo.

De aquí que, desde entonces, se apodera de los intelectuales un afán de intervenir en la vida pública; no les bastan sus gremiales actividades y empiezan a reformar la sociedad.

Hay un momento de evidente orgullo en la historia de la inteligencia, que cree poderlo todo. Cuando en la Edad Media un plebeyo era herido y vejado por un noble, procuraba lo más pronto obviar la dificultad, vengarse de ella; pero en la edad del reformismo, en vez de corregir el concreto abuso, se prefiere meditar cómo debiera ser el mundo todo para que ese vejamiento fuera imposible.

Esto último es lo que constituye el reformismo. Entre 1750 y 1900, el mundo de Occidente retiembla en intentos de reforma. Esta fue la política de ideas. En ellas la idea no cumple su misión de reflejar pulcramente la realidad social, sino que, como diría Fichte –que ha sido siempre el *enfant terrible* del pensamiento occidental, es decir, el que expresaba claramente lo que otros callaban-, la misión de la realidad es copiar nuestras ideas.

¡Política de ideas! Una política que vuelta de espaldas a la realidad quería imponer no ideas políticas, sino éticas, jurídicas, religiosas –*more geométrico*.

La Revolución francesa que yuguló a los príncipes cometió la inconsecuencia de poner en el trono a los principios, principios, repito, que no eran políticos sino abstracciones puras, morales o jurídicas. Y esto es lo que no puede ser.

Frente a tales principios de reformismo; frente a estos ensayos que la inteligencia ha hecho de abandonar su propia profesión y querer mandar en la sociedad, reformando el cosmos social, se inicia en todas partes un principio de conformismo, el cual no implica una renuncia a la reforma, sino que pretende primero hacerse cargo de cuáles son las leyes de estructura de la sociedad para respetarlas, porque eso es lo que no se puede

reformular. Es menester asegurar la reforma parcial empezando por reconocer las líneas dinámicas de la arquitectura del mundo de los hombres, de la sociedad...

Pero no puede ocurrir que esa vieja política de ideas, tan orgullosa, producto del orgullo, de la soberbia de la inteligencia, termine sin una época de transición dura, difícil, en que parece que la política no va a tener ideas. Esto es lo que caracteriza a la situación actual en todo el mundo, situación que acepta valerosamente la condición del momento y conoce y se sabe perfectamente como transitoria... Toda situación política tiene que ser institucional, tiene que vivir con ideas, pero éstas, siendo ideas políticas puras, estrictamente políticas, servidoras de la realidad, anhelantes de sujetarse a ella, son las que hoy procuran elaborar en el rincón pacífico de las meditaciones los estudiosos de mi generación.

Nueva política de ideas tiene que venir, y ésta es la alta, difícil misión que en vuestras manos está por lo que afecta a vuestro pueblo; porque esa nueva política de ideas, nada abstractas, no puede consistir en instituciones ubicuas que puedan trasladarse de un pueblo a otro pueblo, como si las sociedades no tuviesen destinos particulares, y es necesario que vosotros extraigáis con propia intuición del destino singularísimo de vuestro pueblo el perfil de vuestra futura constitución.

Otra advertencia, la última que quería hacer.

Es aquella en que tanto los políticos españoles, como los de estos pueblos de la misma temperatura, requieren mayor generosidad.

Nuestras sociedades tienden siempre a que todo en ellas se convierta en política y entonces acontece que nuestras sociedades viven sólo de un centro creador de historia: la política, y entonces carecen de otras instancias y centros de equilibrio a los cuales recurrir. Esa otra instancia, ese otro poder espiritual que forzosamente tiene que compensar el exceso de inclinaciones, la proclividad hacia la pasión política de nuestra raza, tiene que ser la vida intelectual.

Es cierto, no os hagáis ilusiones, la pura inteligencia es enemiga del puro político; se reparten dos funciones diferentes y si son fieles cada cual a su misión, es natural que entren en colisión; sin embargo, de vuestras resoluciones hay que esperar que ayudéis a que en esos pueblos exista, frente al centro político, un epicentro de serena vida intelectual; que creéis instituciones, que hagáis sacrificios para que de ellas se vaya formando una minoría ejemplar, la cual en todo instante pueda servir de indicadora, alentadora y correctora.

Pido, pues, anhelo, deseo y espero que en el futuro de Chile los políticos favorezcáis, animéis, corroboréis la vida intelectual.

Después de dicho esto y habiendo tenido ya demasiado tiempo alerta la atención benévola de ustedes, no debo sino retirarme, añadiendo tan sólo que, a pesar de ser tan breve mi permanencia en Chile, me voy de esta tierra colonizado, con nostalgia, y con un afán de retorno.

## INTIMIDADES

### LA PAMPA... PROMESAS

Hay en mi obra bastantes estudios de paisaje. He sentido los campos apasionadamente, he vivido absorto ante ellos, sumido en su textura de gran tapiz botánico y telúrico; he amado, he sufrido en ellos. A la verdad sólo se ven bien los paisajes cuando han sido fondo y escenario para el dramatismo de nuestro corazón. Conforme avanza éste por la vida lleva consigo a la rastra todo el repertorio de sus antiguos paisajes esenciales, como un empresario de teatro viaja con sus decoraciones y bastidores.

En mis estudios de paisaje he intentado algo nuevo sin lograrlo tal vez. No me he contentado con describirlo, sino que me he propuesto hacer un análisis de su estructura –por decirlo así-, su anatomía y su fisiología.. Porque los paisajes son organismos. No sólo hay en ellos cosas, sino que estas cosas son sus órganos y ejercen funciones intransferibles.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que no me entregaba a ningún paisaje nuevo. La vida, en su madurez, si es leal consigo misma, si siente el pudor de la propia riqueza acumulada –madurez es vida atesorada, como la uva en otoño es toda ya dulzor de muchos soles-, suele ser muy exigente y no se entrega a cualquier belleza transeúnte, sino que se reserva para darse no más a lo sutil. Por eso es la mujer de treinta años la mejor: ya no ama a cualquiera, sino que elige. Yo no creo que haya auténtico amor si no hay elección. Pero la elección es cosa mucho menos frecuente de lo que se supone: no consiste en preferir a un ser entre muchos que pueden ser amados. Con esta pseudo-elección se contenta casi todo el mundo, y, sin embargo, de ella sólo puede nacer un pseudo-amor. La verdadera elección consiste en no ser capaz de amar más que a determinado ser –es el amor inalienable. En él se llega al erotismo en su máxima potencia de delicia y de fatalidad. El rango del amor no se mide por su violencia, por los extremos a los que nos lleva, por su fuerza mecánica de *pasión*, sino por esa virtual calidad de la irremediable elección.

Al notar la menor frecuencia y mayor dificultad de nuestras reacciones sentimentales presumimos que la vida, usando de nuestro corazón, comienza a embotarlo. Pero al día siguiente de pensar esto, súbita, ineludible, llega la ráfaga que nos arrebató como jamás lo habíamos sido. La vida, cuando sigue alerta, no embota, sino que refina y sutiliza. Por eso nos hace pasar indemnes ante tantos paisajes...

Pero Buenos Aires, por bien o por mal, pone en carne viva, desuella nuestra persona, la hiperestesia, y ahora, en el tren, camino de Mendoza, solo conmigo mismo, he sentido en mí, incontrastable, la invasión de la Pampa, mi nuevo paisaje tras largos años de insensibilidad.

Con sorpresa he advertido que en esta ciudad tan áspera que se llama Buenos Aires o en sus informes alrededores se estremecía una raíz de mí mismo, ignorada por mí, de la cual no crece ni ha crecido nunca mi vida real, sino que es como una ideal raíz de que brotase no se bien qué posible vida criolla, no vivida, claro está, por mí. Nuestras sensaciones en el país extraño son de muy diversa índole. Unas superficiales, cutáneas, de azar, a veces cómicas. (Por ejemplo, he tardado mucho en averiguar por qué las

calles de Buenos Aires a prima noche me hacen pensar en Kant con incongruente frecuencia. Por fin he sorprendido la sencilla explicación. A esa hora los vendedores de periódicos pregonan: ¡Crítica! ¡La Razón!, y en la asociación, calamburescamente, surge inevitable el título de la obra de Kant.) Pero otras veces la resonancia íntima es profunda, esencial, va a herir zonas intactas de nuestro ser, moviliza inercias, dispara potencias que, sin saberlo, transportábamos. Así, yo no he vivido la vida criolla, pero la siento como un muñón. Cuando un día escriba mis *Memorias* procuraré hacerlo según creo que es debido. Las *Memorias* o su sustituto la novela en que contamos nuestra vida, se proponen, en definitiva, salvar ésta, evitar su absoluta volatilización. Quisiéramos agradecidos, devolver a la vida lo que ella nos ha dado o le hemos arrancado, devolverlo después de meditarlo y alquitararlo. Por eso el lema de mis *Memorias* y novelas futuras será éste: ¡Nebli, nebli, suelta tu presa! Pues bien no me parece justo que salvemos sólo la vida que de hecho hemos vivido. Todos tenemos la conciencia de que conforme nos íbamos realizando en la existencia caían a diestra y siniestra, decimadas por el destino, otras vidas que igualmente podríamos haber vivido. La fatalidad ha seleccionado de nuestras posibles trayectorias, una y ha eliminado a las demás. Mis *Memorias* contarán también, junto a mi vida efectiva, las que pude vivir, vidas desnucadas antes de nacer, pobres existencias que para siempre quedaron enxangües sin ser cumplidas, espectros errabundos que son nuestro múltiple ser fracasado. No se trata de abstractas posibilidades, sino que cada ser humano lleva en torno al núcleo de su existencia efectiva un elenco concreto, individualísimo de otras posibles vidas tuyas, y sólo tuyas. Y solamente destacándolo sobre el fondo de esas biografías espectrales aparece claro y riguroso el perfil fatal, estricto de nuestro destino. Así yo contaré mi posible y nonata vida criolla. Que yo sepa, no ha dicho nunca un europeo en qué consiste el peculiar *sabor* que para él tiene la posibilidad de criollismo. Y sin embargo, tal vez ahí, en ese *sabor*, se esconde el secreto de la existencia actual americana. Pero quede para otra vez el ensayarlo.

Cada cosa, para ser bien vista, nos impone una distancia determinada y muchas otras condiciones. Si queremos ver una catedral a la distancia que vemos bien un ladrillo, acercándolo al ojo, percibiremos sólo los poros de una de sus piedras. La Pampa no puede ser vista sin ser vivida. No basta el aparato ocular con su función abstracta de ver. Todo el ser tiene que servir de órgano y colaborar en la percepción de ese paisaje, que parece sin forma porque la tiene sutil. Como yo no lo he vivido no puedo decir que lo he visto y lo subsecuente va dicho como a ciegas.

La Pampa en cuanto paisaje, posee una estructura anómala. Todo paisaje tiene primero y último término. Del discanto entre ambos resulta su música. Pero lo normal es que el primer término lo sea en verdad, quiero decir que nuestra mirada se fije primero en lo que nos es más próximo. En una región de pequeños valles, como Asturias, atendemos primero a los objetos inmediatos –la casa, el hórreo, la vaca– que adquieren una calidad monumental. Sólo después, sin insistencia, nuestra mirada percibe el confuso fondo, el seno del valle, el flanco de la colina, la vaga cima del cerro. De este modo, el último término representa su propio papel de personaje secundario, de marco. Lo mismo acontece en un paisaje más abierto, como en el de Francia, donde las cosas a nuestra vera atraen la atención visual, retienen primero la mirada, nos *interesan*. Cuando las hemos cobrado en la visión como buenas piezas, la mirada avanza, poco a poco, en dirección a lo lejano. En este sentido digo que, normalmente, el paisaje vive de su primer término. Mas la Pampa vive de su confín. En ella lo próximo es pura área geométrica, es simplemente *tierra, mies*, algo abstracto, sin fisonomía singular, igual

acá que allá. No hay razón alguna para fijarse en este sitio más que en aquél o en otro cualquiera: el cobertizo, la vivienda parecen hechos para despegar la mirada, para que no se los vea. Esta indiferencia del primer término, del lugar donde estamos y próximo a nuestros pies, empuja sin más la mirada hasta el último término, porque el ojo busca *algo* interesante que ver y en la Pampa no hay nada particular, singular que interese.

De este modo la vista, sin llegar a fijarse en nada, es despedida hasta los confines del curvo horizonte. En estos confines, allá lejos, están los boscajes –y allí la tierra se envaguece, abre sus poros, pierde peso, se vaporiza, se nubifica, se aproxima al cielo y recibe por contaminación las capacidades de plasticidad y alusión que hay en la nube-, en esa nube que el dedo eléctrico de Hamlet mostraba a Polonio y parecía un perfil de doncella o tal vez una comadreja.

En el confín, la Pampa entreabre su cuerpo y sus venas para que toda la inverosimilitud adscrita a lo aéreo y celestial sea absorbida por la tierra geométrica, abstracta y como vacía, del primer término. El paisaje bebe allí cielo, se abreva y embriaga de irrealidad, y por eso el horizonte pampero vacila como borracho, flota, ondula, vibra como los bordes de una bandera al viento y no está fijo en la tierra, no radica en una localización rígida, a tantos kilómetros o a cuantos.

Esos boscajes de la lejanía pueden ser todo: ciudades, castillos de placer, sotos, islas a la deriva –son materia blanca seducida por toda posible forma, son metáfora universal. *Son la constante y omnímoda promesa.* El hombre está en su primer término –*pero vive con los ojos puestos en el horizonte.* Allí se le cargan con la embriaguez que hay allí –y entonces los retrae hacia su inmediato contorno. *La Pampa se mira comenzando por su fin*, por su órgano de promesas, vago oleaje de imaginación donde la inverosimilitud forma su espumosa rompiente que el primer término, tiritando de su propia miseria, de no ser sino atroz y vacía realidad, afanoso absorbe.

Acaso lo esencial de la vida argentina es eso –ser promesa. Tiene el don de poblarnos el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables. El que llega a esta costa ve ante todo *lo de después* –la fortuna si es *homo oeconomicus*, el amor logrado si es sentimental, la *situación* si es ambicioso. La Pampa promete, promete, promete... Hace desde el horizonte innumerables ademanes de abundancia y concesión. Todo vive aquí de lejanías –y desde lejanías. Casi nadie está donde está, sino por delante de sí mismo y desde *allí* gobierna y ejecuta su vida de *aquí*, la real, presente y efectiva. La forma de existencia del argentino es lo que yo llamaría *el futurismo concreto de cada cual*. No es el futurismo genérico de un ideal común, de una utopía colectiva, sino que cada cual vive *desde sus ilusiones* como si ella fuesen ya la realidad (Luego se verá como en esas ilusiones de cada cual van incluso ingredientes colectivos). Las ruedas de los molinitos mecánicos que, como innumerables coleópteros, se alzan en la Pampa prometen todas y aspiran cada una a ser la rueda de la fortuna.

(El tren prosigue también su marcha al confín. Por el camino va una *tropilla* envuelta en su polvareda que es como su atmósfera y avanza con ella –lo mismo que en Homero el Dios camina embozado en la nube. El sol occidente gasta sus últimos rayos en orificar ese polvillo y proporciona a la móvil escena un cariz mitológico.)

Pero esas promesas de la Pampa tan generosas, tan espontáneas, muchas veces no se cumplen. Entonces quedan hombre y paisaje atónitos, reducidos al vacío geométrico, a la monotonía de su primer término –y no saben cómo vivir tras aquella amputación de las lontananzas, de las promesas en que había puesto los labios y le hacían respirar. Las derrotas en América deben ser más atroces que en ninguna parte. Queda el hombre de

pronto mutilado, en seco, sin explicaciones, sin cuidados para la herida. Un viraje de la suerte le corta toda comunicación con la inverosimilitud en que posaba.

Otra fuente de promesas en este panorama es el continuo viaje de los pájaros y de los cielos migratorios. Todo es un ir hacia más allá, un aspirar, un anunciar que algo va a ser. La Pampa se extenúa en gestos promisorios. Ella no está en su material consistencia, sino en sus incesantes alusiones.

Es un área pura y vacía, como hecha para que en ella borde la promesa sus dinámicas caligrafías –el vuelo rectilíneo de un ave, el perfil indeciso de un bosque, o allá, en las postrimerías del cuadro, el ojal de una laguna donde un pedazo de cielo se ha caído.

En rigor, el alma criolla está llena de promesas heridas, sufre radicalmente de un divino descontento –ya lo dije en 1916-, siente dolor en miembros que faltan y que, sin embargo, no ha tenido nunca. Frente a la Tierra Prometida es la Pampa la tierra promisoría. Si yo pudiese asomarme al alma de cualquier viejo criollo creo que sorprendería su secreta impresión de que se le ha ido la vida toda en vano por el arco de la esperanza, es decir, *de que se le ha ido sin haber pasado*. No se trata de la sensación universal que a nadie ha faltado del fracaso mayor o menor que arrastra su vida. La cosa es más delicada. Para que nuestra vida fracase es menester que asistamos a su fractura; por tanto, que la estemos viviendo. Pero si se me entiende con fino oído, yo diría que el criollo no asiste a su vida efectiva, sino que se la ha pasado fuera de sí, instalado en la otra, en la vida prometida. Por eso, cuando al llegar la vejez mira atrás, no encuentra su vida, que no ha pasado por él, a la que no ha atendido y halla sólo la huella dolorida y romántica de una existencia que no existió. Encuentra pues, en rigor, el vacío, el hueco de su propia vida.

Como no podía menos, esta impresión de habernos sido escamoteado nuestro propio ser surge en todos los humanos. Si no fuese un ingrediente esencial de toda vida, no podría calificar la del argentino. Los diferentes modos de existir se diferencian, a la postre, sólo en la proporción diversa de elementos siempre los mismos. Quiero decir, pues, que en el argentino predomina, como acaso en ningún otro tipo de hombre, esa sensación de una vida evaporada sin que se advierta.

Me interesaría sobremanera que algún filólogo escrutase en la literatura argentina y, en general, criolla para averiguar si en ella aparece con frecuencia o intensidad peculiares el tema de la fugacidad de la vida. Sobre todo habría que estudiar en cada autor su producción de la madurez y de la ancianidad.

Porque ese atributo de fugacidad que el hombre ha descubierto en la vida procede de nuestra falta de atención al presente. Si asistiésemos atentos a cada instante de nuestra carrera mundanal no nos parecería huidiza, sino que habría corrido al mismo paso que nosotros. Lo malo es que desatendemos a menudo las horas semovientes y cuando nos ocurre buscarlas hallamos que han pasado ya. Y como hacemos esta averiguación en un instante, es la consecuencia de que para nosotros todas aquellas horas han pasado efectivamente, en un solo instante.

La vida no camina con paso igual en todos los hombres. El *buen burgués* de alma quieta, poco imaginativo, a quien nada suele llamar fuera de su circunstancia presente, goza de una vida más lenta que el temperamento ingrávito, a quien el soplo de las promesas arranca sin cesar del minuto actual y lo lanza hacia un futuro imaginario.

Este intento de definir la estructura del paisaje pampero tiene muchas probabilidades de ser erróneo. No es fácil que un extraño acierte con los secretos de un terruño. Estos secretos se absorben con las raíces del ser y exigen, por tanto, radicación. Es ello tan

evidente que sorprende un poco la frecuencia con que los indígenas se extrañan o se irritan cuando un viajero, al hablar de su tierra o de su alma, padece error. ¿No es esto lo más natural? Hay plena incongruencia en esperar de un extranjero la verdad sobre nosotros mismos. Lo más probable es que ésta brote en una mente autóctona, saturada por dentro y por fuera del hecho que se analiza. El acierto suele surgir de la saturación intuitiva.

Me atrevería a sostener que la manera de colaborar un extraño en el conocimiento de nuestro país es precisamente por medio de sus errores. No siendo probable que ponga la flecha en el blanco, sino, en el mejor caso, que forme opiniones desdibujadas, sin perspectiva ni buen coyuntamiento, debemos aprovechar esta misma monstruosidad. Si se quiere una expresión paradójica, hela aquí: la verdad del viajero es su error. ¿Por qué se ha producido en él este determinado error y no otro? ¿Por qué ha desdibujado la realidad en tal dirección y no en otra? A poco interesante que sea el alma del extraño, por fuerza debe interesarnos la línea de su error. En su alma nuestra tierra y nuestro modo de ser étnico han producido un precipitado distinto del que otra tierra y otra raza engendraron. Inclinémosnos con la lupa sobre ese polvillo mental, seguros de que en el error del viajero encontraremos siempre, más acusado que en nuestra propia experiencia, un pedazo de la auténtica verdad.

Pero aun como viajero yo hablo ahora por vez *primera* sobre esos modos criollos de la humanidad con especial temor. Pues es la verdad que casi ni viajero he sido. Y aún elevo esto a una potencia superlativa. ¿Es posible, prácticamente posible, ser viajero en la Argentina? ¿Se ha caído en la cuenta de que en ese país, donde hay posibilidad abierta para las clases más diversas de hombres, el único prácticamente imposible es tal vez el viajero?

Viajar no es ir a la Argentina como emigrante, ni para concluir un negocio, ni a dar unas conferencias. Todo esto es ir a hacer y a pasar, no es ir a ver y a estar. A mi juicio, esto último es la esencia del viaje. Justamente las dos cosas –ver y estar-, que no es fácil o que es imposible practicar en nuestra patria, a la cual nos hallamos demasiado adheridos para lograr la distancia que requiere la visión y donde los asuntos privados y públicos, el tráfico activo en que desde siempre nos hallamos insertos, nos impiden vivir estáticamente, en actitud receptiva y quieta. La celeridad de los medios de tránsito hace olvidar que lo propio del viaje no es la movilización ni el correr tierras, sino la demora que en cada una se hace. Como pasa siempre al llevar una cosa hasta su forma extrema, se la anula. Cook ha acabado con el verdadero viaje, y el *turismo* la ha vaciado quedándose sólo con el pellejo, conservando de tan jugosa aventura externa e íntima como es el viajar su porción abstracta material: el paso ante las cosas.

Sin embargo, no hay apenas región del mundo donde no puedan encontrarse en cualquier momento gentes que se hallan allí no más que por estar, por ver, por practicar la exquisita absorción de un contorno. La Argentina es una de las pocas excepciones que existen, y si se atiende al tamaño de su territorio y a la importancia de su desarrollo actual es, sin duda, la más sorprendente. Con muy pocas probabilidades de error puede asegurarse que a la hora en que el lector de Buenos Aires lea estas páginas no hay en toda la República un solo viajero, dando al término su riguroso sentido. A lo sumo habrá una banda de ocas turistas.

Sirve sólo para ocultar lo interesante del fenómeno apresurarse en aducir sus causas más obvias: la enorme distancia de Europa, la carestía del viaje, etc. ¡Como si la India o China estuviesen a la mano y su visita fuese gratuita! Lo interesante no son por esta vez las causas, sino, al revés, las consecuencias del hecho. Una es que por falta de auténticos viajeros no se ja ejecutado aún el más ligero intento de definir el alma

argentina. Se habla mucho de este país, se habla demasiado —es éste ya un problema curioso: la desproporción entre lo que aún es la Argentina y el ruido que produce en el mundo—, se habla casi siempre mal. Se enumeran sus defectos, se llega a hacer del argentino un símbolo de humanidad deficiente, pero insistiendo tanto en las faltas, en lo que el argentino no es, nadie se ha ocupado en describirnos lo que es. (La peor manera de ser viajero es pasar sobre una nación para escribir sobre ella. Esta premeditación nos impide absorber sus principales secretos.)

Otra consecuencia acarreada por la falta de viajeros es que el argentino no sabría recibirlos; de tal modo está habituado a su ausencia. La persona que al llegar a Buenos Aires dijese que no iba a nada determinado, sino simplemente a vivir, lo pasaría muy mal. Casi nadie la creería, en torno suyo crecería universal suspicacia y por el delito de no ir a nada se le imputarían los más inconfesables propósitos. De modo que se puede ir a la Argentina para todo, con tal de que no sea para nada.

Esto que, a primera vista, no tiene importancia es, a mi juicio un síntoma muy grave y que permite sorprender, como por una brecha, no pocos arcanos ingredientes de aquella existencia. ¿Cómo se puede entender que a un hombre sorprenda que otro se proponga simplemente vivir? Sólo de una manera: si el que se sorprende, él mismo no vive. Y, en efecto, una de las cosas menos frecuentes en la Argentina es hallar alguien que tenga puesta su vida primariamente a vivirla y sólo secundariamente a esa otra meta parcial dentro de la vida. De esta peculiaridad, que enunciada así tiene un aspecto abtruso, se derivan no pocos rasgos del alma argentina, por lo menos los que más extrañan al transeúnte europeo.

## EL HOMBRE A LA DEFENSIVA

No creo que exista sino una manera radical de juzgar con justicia, es decir, con plena comprensión una cosa, y es ésta: destruirla imaginariamente y luego intentar reconstruirla en la idea. Ejemplo: el europeo que va a la Argentina y encuentra lo que ésta ya es, parte de esto que ve y busca lo que falta. De ésta suerte sólo cabe descubrir los defectos y manquedades de una nación y es el método más seguro para ver el mundo lleno de agujeros, fracturas y ausencias. No agradece el viajero lo que los argentinos han logrado hacer hasta ahora, en vista de que aún les falta mucho para dar por fabricado un pueblo adulto y echarlo a andar por la historia. Pero si en vez de partir de la Argentina actual se la aniquila *in mente* y se encuentra uno con la Pampa inicial y los vagos tropeles de la indiada y los pequeños núcleos de colonizadores españoles y se piensa que en poco más de un siglo con esos materiales ha podido edificarse la nación que hoy hallamos, nos parecerá la historia argentina una *performance* maravillosa. La verdad es que la Argentina actual *no debía* existir, quiero decir que las meras fuerzas de mecánica histórica que la han favorecido no bastan para explicar su existencia. No basta una ancha tierra fértil para que un pueblo se organice, sobre que en la tierra argentina la fertilidad está negativamente compensada por no pocos defectos geográficos. Si sólo esas fuerzas mecánicas hubiesen actuado, el más natural producto habría sido una pululación de Estados independientes y ariscos entre los Andes y el Plata o, a lo sumo, una federación como Australia, bajo cuya unidad oficial perdura la más agria hostilidad entre los Estados particulares. Porque más, mucho más que todos los adelantos económicos, urbanos, etc., de la Argentina, sorprende el grado de madurez a que ha llegado allí la idea del Estado.

Recuerdo que la advertencia de esto fue la impresión más inesperada y fuerte que de la vida pública argentina recibí en mi primer viaje y que el reciente no ha hecho sino confirmar. Yo presumía hallar un Estado aún blando, vago, de aristas poco acusadas y apenas diferenciado del gran protoplasma social. Encontré un Estado rígido, ceñudo, con grave empaque, separado por completo de la espontaneidad social, vuelto frente a ella, con rebosante autoridad sobre individuos y grupos particulares. A veces en Buenos Aires me acordaba de Berlín porque veía por dondequiera asomar el perfil jurídico y de gendarme de las instituciones públicas (1)

---

(1)- Buen ejemplo de lo relativas que son las peculiaridades de los pueblos es este del Estado alemán. Siempre parecieron los alemanes la nación menos dotada de sentido estatal, hasta el punto de que en los últimos decenios sus historiadores del derecho han tenido que hacer grandes esfuerzos para demostrar que durante la Edad Media no careció por completo el alemán de la idea del Poder público. Sin embargo, en los últimos ochenta años ningún pueblo de Europa ha sido más estatista que el alemán.

---

No quiero decir con esto que la Administración sea ejemplar; tal vez son frecuentes en ella los desmanes, aunque mucho menos de lo que se podía presumir. La Administración es la periferia del Estado, la zona por donde toca con la espontaneidad social, y por muy enérgico que aquél sea, los hechos administrativos corresponden al nivel de la sociedad más que al del Estado.

Para mi es cosa clara que entre la realidad social argentina y su idea de Estado hay un curioso desequilibrio y como anacronismo. Esta va muy por delante de aquella, y pareja incoincidencia acusa en conjunto muchas cosas buenas y malas, plausibles y peligrosas.

En el Estado la nación se mira a sí misma, o, dicho en otra forma, lo que el Estado sea en una nación, simboliza la idea que esa nación tiene de sí misma. En este punto no hay inconveniente en aceptar la tesis de Hegel, previa extirpación de sus raíces metafísicas. El Estado es la reflexividad nacional.

El anormal adelanto del Estado argentino revela la magnífica idea que el pueblo argentino tiene de sí mismo. Y como se trata de una nación incipiente, esta idea no es una memoria de antiguas hazañas cumplidas, sino más bien, una voluntad y un proyecto. Pues bien, el pueblo argentino se proyecta a si mismo en alto módulo.

No es que en la vida se hagan proyectos, sino que toda la vida es en su raíz proyecto, sobre todo si se galvaniza el pleno sentido balístico que reside en la etimología de esta palabra. Nuestra vida es algo que va lanzado por el ámbito de la existencia, es un proyectil, sólo que este proyectil es a la vez quien tiene que elegir su blanco. Nuestra vida va puesta por nosotros a una u otra meta. La elección de blanco no será totalmente libre; las circunstancias limitan el margen de nuestro albedrío. Pero ha sido una tenaz ceguera de los ideólogos atender sólo a esta limitación de la libertad vital y no advertir que también está limitada la fatalidad, que nunca nos determina completamente, sino que en todo instante y situación no sólo podemos, sino que inexorablemente tenemos que elegir lo que vamos a hacer.

Por esta razón nada califica más auténticamente a cada una de las personas que conocemos como la altura de la meta a la cual se proyecta su vida. La mayor parte rehuye el proyectar, lo cual no es menos proyección. Van a la deriva, sin rumbo propio: han elegido no tener destino aparte y prefieren diluirse en las corrientes colectivas. Otros ponen su vida a metas de escasa altura y no podrá esperarse de ellos sino cosas *terre à terre*. Pero algunos disparan hacia lo alto su existencia y esto disciplina automáticamente todos sus actos y ennoblece hasta su régimen cotidiano. El hombre superior no lo es tanto por sus dotes como por sus aspiraciones si por aspiraciones se entiende el efectivo esfuerzo de ascensión y no el creer que se ha llegado.

Parejamente una nación puede estar puesta a una existencia chabacana o proyectarse hacia el cenit.

El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras: quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar. Lo logrará o no, pero es sobremanera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial.

¿DE dónde ha venido a la Argentina esta magnánima voluntad? ¿Ha actuado en ella desde sus primeros pasos, o ha surgido en una revuelta de su camino histórico? NO conozco suficientemente el pasado de esta República para intentar contestarme a mí mismo estas preguntas. Lo que si creo es que esa alta idea de sí propio anidada en este pueblo es la causa mayor de su progreso y no la fertilidad de su tierra ni ningún otro factor económico. La aspiración hacia lo alto es una fuerza de succión que moviliza todo lo inferior y automáticamente produce su perfeccionamiento.

Pero la altanería de los proyectos tiene algunos inconvenientes. Cuanto más elevado sea el módulo de vida a que nos pongamos, mayor distancia habrá entre el proyecto –lo que queremos ser- y la situación real –lo que aún somos-. Mientras llevemos clara la partida doble que es toda vida –proyecto y situación- sólo ventajas rinde la magnanimidad. Pero si de puro mirar el proyecto de nosotros mismos olvidamos que aún no lo hemos cumplido, acabaremos por creernos ya en perfección. Y lo peor de esto no es el error que significa, sino que impide nuestro efectivo progreso, ya que no hay manera más cierta de no mejorar que creerse óptimo. La idea magnífica que de nuestro posible ser tenemos, solidificándose sobre nosotros, nos hermetiza para recibir nutrimento del contorno y para dejar salir fuera en actos, ensayos, efusiones nuestra intimidad que se está haciendo. Además, anula todas las germinaciones originales de nuestra espontaneidad creadora que, broncas e irracionales como toda creación, no coinciden con aquella pulida idea, tal vez la niegan.

¿No acontece algo de esto en la nación argentina? ¿El excesivo adelanto de su idea estatal, no coarta muchas iniciativas de perfil menos correcto jurídicamente, de aspecto más caótico, pero que aún necesita este pueblo novel para su íntimo crecimiento? Esto nos llevaría a hacer una pregunta que ha de entenderse *cum grano salis*: ¿no hay demasiado orden en la Argentina? Lo que ya se ha logrado allí, ¿se habría logrado si ese riguroso orden estatal hubiera preexistido?

No es oportuno desarrollar ahora estas preguntas, ya que, como se verá, voy de paso hacia otro tema. Pero no extrañe excesivamente que si es uso entre los que hablan de la Argentina señalar lo que le falta, comienzo yo por subrayar lo que le sobra, y en lo que podía parecer una ventaja absoluta vea yo un posible defecto y un verosímil peligro.

La razón es ésta: uno de los caracteres más salientes del pasado siglo fue su entusiasmo por el Estado. Por eso hizo de la política el centro de su preocupación. Se consiguió de esta manera formar los Estados más perfectos que han existido en todo el ámbito histórico. Mas por lo mismo, de ellos viene el más grave riesgo que hoy amenaza a la civilización. Cuando el Estado llega a cierto grado de desarrollo es una máquina formidable, tan eficiente y ejecutiva, tan fácil de manejar que es muy difícil resistir a la tentación de usarla siempre que se tropieza con algún problema colectivo y siempre que la porción dominante de ciudadanos desea que las cosas pasen de este o el otro modo. Con sólo tocar el resorte del Poder público, el gigantesco artefacto autoritario pone en movimiento su fabuloso cuerpo mecánico, ortopédicamente ajustado a la sociedad, y obtiene, sin posible oposición, el resultado apetecido. La masa se

encanta al ver su Estado, que la representa, funcionando arrolladoramente, triturando sin esfuerzo mayor toda voluntad indócil que pretenda enfrentársele.

Desgraciadamente, la falta mayor de nuestro tiempo es la ignorancia de la historia. Nunca, desde el siglo XVI, el hombre medio ha sabido menos del pasado. Ahora bien, adjunta a sus desventajas, la superioridad de una civilización vieja es la experiencia histórica acumulada que le permitiría evitar las fatales e ingenuas caídas de otros tiempos y otros pueblos. Conforme un ciclo histórico avanza, los problemas de convivencia humana son más complejos y delicados: sólo una refinada conciencia histórica permite solventarlos. Pero si se encuentra con problemas muy difíciles y su mente, por haber perdido la memoria, vuelve a la niñez, no hay verosimilitud de buen éxito. Los errores mortales de otras épocas volverán indefectiblemente a cometerse.

Esto acontece hoy en Europa y, por reflejo, en todo el mundo. Se ha olvidado o no se ha querido aprender que no haya nada más peligroso para una nación o conjunto de ellas, que pasar la raya en la intervención y autoritarismo del Estado. Cualesquiera sean las últimas causas de la ruina del Imperio romano y de la civilización grecorromana, es indubitable que la más inmediata consistió en el aplastamiento de la espontaneidad social por un Estado desproporcionadamente perfecto. El Estado romano aniquiló, secó hasta la raíz la vida de aquél mundo espléndido. Hoy se intenta recaer en el mismo mortal tratamiento de los problemas nacionales. Se les busca la solución por el camino más corto, que es arrojar sobre y contra ellos al Estado, dejar que éste absorba todo el aire respirable y aplaste individuos y grupos. Si esta tendencia no es vencida pronto, el Estado notará que no puede vivir de sí, que no es él mismo vida, sino máquina creada por la vitalidad colectiva; por ello, menesterosa de ésta para conservarse, lubricarse y funcionar. Bolchevismo y fascismo son dos ejemplos de esta solución elemental y anacrónica –dos ejemplos de primitivismo político que irrumpe en una civilización donde los problemas son de madurez y de alta matemática.

Al fabricarse esa sublime idea de sí misma, ¿no se ha dejado influir la Argentina por esa valoración hipertrófica del Estado que transitoriamente padecen las naciones europeas?

Pero, repito, no es éste el asunto que ahora me interesa. Ese curioso desequilibrio entre la realidad social de la república con nombre de metal precioso y la idea de sí misma que su Estado expresa me sirve de instrumento para penetrar en el alma individual del hombre argentino.

Conste –del hombre. Ahora no hablo de la mujer argentina, a quien en otro tiempo dediqué una exaltada canción. Es preciso que comencemos a corregir un inveterado error que se comete cuando se habla de la psicología de una nación. Se dice: *el francés o el alemán o el español es así o de este otro modo*. Pero, ¿de quién se habla? ¿Del varón o de la mujer? ¿Por qué cerrarse a la evidencia de que en cada país los dos sexos se diferencian mucho más de lo que corresponde a su diferencia sexual? Quiero decir que un francés no solo es distinto de una francesa como un hombre en general lo es de una mujer en general, sino como pudieran diferenciarse entre sí dos hombres o dos mujeres. Es muy frecuente inclusive la contraposición entre el carácter masculino y el femenino, dentro de una nación, en las zona del alma relativamente epicenas. Si se olvida esto, no se puede llegar a comprender el alma de un pueblo que resulta de la colaboración de dos almas distintas. Y como todo compuesto, sólo se entiende cuando se aíslan sus elementos y se los analiza por separado. Uno de los datos primeros de la historia es que en la civilización sumeria primitiva se usaban dos idiomas –*emeku* y *emesal*–: uno era el *lenguaje de los hombres* y otro el *lenguaje de las mujeres*. Pues bien, cualquiera que sea la gramática, aun bajo su identidad aparente, perdura esta doble sexuación del lenguaje.

Contra lo que pudiera creerse, no es muy frecuente en la historia que hombres y mujeres de una nación se entiendan bien. Lo general es que sufran unos de otros por una fatal incongruencia que tiene causas profundas, a veces enigmáticas, otras veces clarísimas. Entre estas últimas hay una que es inconcebible no ver apuntada en historiadores y psicólogos de los pueblos: el distinto nivel de evolución que casi siempre hay entre el hombre y la mujer de un país. Hay épocas en las que el hombre se adelanta hasta maneras sutiles de existencia que la mujer contemporánea es incapaz de sentir. Otras veces es la mujer quien va en vanguardia: comparado con ella el hombre de su tiempo y raza parece tosco, elemental y a medio hacer. Así en los germanos de Tácito y en los romanos durante la realeza y comienzos de la república.

Eludamos cautelosamente diagnosticar con respecto a la Argentina cuál sea su ecuación actual entre el *ying* y el *yang*, entre el principio masculino y el femenino.

Ahora se trata únicamente de fijar uno de los rasgos que en la contextura del hombre argentino sorprende más al europeo. En este punto conviene que el hombre del Plata no se haga ilusiones: la impresión que produce al europeo es sobremanera extraña. Y esta extrañeza se multiplica por la semejanza aparente de todos los elementos que parecen integrar a uno y a otro. El argentino habla idiomas europeos, no contiene sino ideas europeas; la arquitectura de su forma corporal es inequívocamente europea. Sin embargo, cuando tenemos delante a un argentino típico notamos que algo nos impide comunicar con él. Al pronto ocurre interpretar esta difícil comunicación como lo más natural del mundo. ¿No acontece cosa pareja con el asiático, con el africano, con el malayo? Esta es la interpretación más favorable a que recurrirá todo el que en la Argentina se obstine en hacerse ilusiones. Pero la verdad va en otra dirección y no tiene nada que ver con una diferencia continental de las almas. Las almas del continente asiático, del continente africano u oceánico se diferencian de las nuestras por sus contenidos vitales. Delante de esos hombres notamos que es difícil la comunicación porque su intimidad es radicalmente distinta de la nuestra. Sentimos ante nosotros una fuente de vida que del fondo del sujeto mana un licor exótico, cuyo sabor no nos es habitual. Quedamos a distancia de él, sin posible o sin fácil fusión, pero percibimos claramente la causa de ese alejamiento, vemos ante nosotros, un ser moralmente distinto de nosotros, tan distinto que desde luego nos quedamos fuera de él.

En nuestra relación con el argentino las cosas pasan de otra manera. Todo al principio nos invita a la más pronta y deslizante interpenetración. No sólo habla nuestro mismo idioma gramatical, sino el mismo idioma de ideas y valores. El contenido vital es en todo lo importante idéntico al nuestro. Por eso en el trato con él nos lanzamos rápidamente a la intimación. Ese es nuestro error. La velocidad con que intentamos deslizarnos en la intimidad del hombre platense sirve sólo para que choquemos violentamente con su superficie y nos hagamos daño. Ha sido una ilusión óptica. La penetración no era tan fácil. Los caminos hacia aquella intimidad eran sólo un *trompe l'oeil*, como si en una costa acantilada alguien pintase avenidas seductoras.

Afinemos ahora un poco la descripción del extraño fenómeno. ¿Qué notamos después de ese choque inicial? Notamos como si aquel hombre, presente ante nosotros, estuviese en verdad ausente o hubiese dejado de sí mismo sólo su persona exterior, la periferia de su alma, lo que de ésta da al contorno social. En cambio, su intimidad no está allí. Lo que vemos es, pues, una máscara y sentimos el azoramiento acostumbrado al hablar con una careta. No asistimos a un vivir espontáneo. Su comportamiento nos parece en parte demasiado pueril para ser sincero, en parte demasiado repulido para ser también sincero. En suma, notamos falta de autenticidad. La palabra, el gesto no se producen como naciendo de un fondo vital íntimo, sino como fabricados expresamente para el uso

externo. Por la palabra que oímos y el gesto que vemos no conseguimos deslizarnos hasta el fondo personal, sino que nos quedamos en ellos como ante algo que fuese sólo fachada. Sin tiempo para prevenirnos topamos con que aquel hombre acaba allí, con que sus manifestaciones no lo son en rigor, ni emanan de su intimidad, ni recíprocamente la abren al prójimo, sino que, por el contrario, son una coraza y una defensa a toda penetración. Detrás del gesto y la palabra no hay –parece- una realidad congruente y en continuidad con ellos.

Déjese a esto cuanto tiene de innegable exageración. Se trata precisamente de exagerar, puesto que se trata de comprender. La plena comprensión comienza por reducir a conceptos o, lo que es lo mismo, a palabras la irreductible realidad. Todo concepto es por su naturaleza una exageración y, en este sentido, una falsificación. Al pensar dislocamos lo real, lo extremamos y exorbitamos. Pero esta violencia que le hacemos nos permite inyectar luz y tornarlo comprensible. Frente a las cosas fabricamos modelos excesivos que nos sirven para entendernos a nosotros mismos en nuestro trato con ellas. ¿No es grotesca la representación topográfica de una tierra? Y, sin embargo nos sirve el mapa para caminar seguros por ella. Este carácter de ficción que tiene el concepto, esta su consciente falsedad es su virtud mayor. Quien no perciba la ironía nativa de todas nuestras ideas que renuncie al ejercicio del intelecto. La exageración es el momento de creación que tiene el pensamiento. En él inventamos un mundo exacerbado, esquemático, compuesto de gritos –todo nombre es un grito, mito, leyenda- pero lleno de dramática claridad. La verdad resulta cuando al trasluz de ese mundo ficticio miramos la realidad. Nos basta entonces con restar nuestra propia exageración.

El argentino actual es un hombre a la defensiva. Esto excluye *a límite* la cordialidad en el trato. Al europeo no le sabe una conversación –fuera de la diplomacia o el negocio- si no es, más o menos, un canje de intimidades. Estas ni son ni tienen para qué ser revelaciones de la vida privada. Al contrario: la más auténtica intimidad se manifiesta al hablar sobre el mundo. Cuando dos hombres de ciencia departen sobre problemas de especialidad el tema no es privado, pero la conversación consiste en expresar cada cual lo que íntimamente piensa o vislumbra sobre él. La delicia del trato radica en que el prójimo abra en nuestro honor algunos poros de su alma y nos envíe emanaciones cálidas, inmediatas de su interior. Esto implica un relativo abandono a la situación, la conciencia de sentirse seguro.

En la relación normal el argentino no se abandona; por el contrario, cuando el prójimo se acerca hermetiza más su alma y se dispone a la defensa. Nos encontramos con un hombre que ha movilizadado la mayor parte de sus energías hacia la frontera de sí mismo. Si intentamos hablar con él de ciencia, de política, de la vida en general, notamos que resbala sobre el tema –como dirían los psiquiatras alemanes: *que habla por delante de las cosas*. Es natural que sea así, porque su energía no está puesta sobre aquel asunto, sino ocupada en defender su propia persona. Pero... ¿en defenderla de quién, de qué, si no lo atacamos? He aquí precisamente la peculiaridad que nos sorprende. Que el atacado se defienda es lo más congruente, pero vivir en estado de sitio cuando nadie nos asedia es una propensión superlativamente extraña.

Mientras nosotros nos abandonamos y nos dejamos ir con entera sinceridad a lo que el tema del diálogo exige, nuestro interlocutor adopta una actitud que, traducida en palabras, significaría aproximadamente esto: *Aquí lo importante no es eso, sino que se haga usted bien cargo de que yo soy nada menos que el redactor jefe del importante periódico X; o bien: ¡Tenga usted cuidado! Está usted ignorando u olvidando que yo soy una de las primeras figuras de la juventud dorada que triunfa sobre la sociedad elegante porteña. Tengo fama de ingenioso y no estoy dispuesto a que usted lo*

*desconozca*. Con lo cual nuestro interlocutor no consigue convencernos; antes bien, desperdicia tan excelente ocasión para demostrar que es un periodista inteligente o un hombre de ciencia o un primor de ingenio elegante. En vez de estar viviendo activamente eso mismo que pretende ser, en vez de estar sumido en su oficio o destino, se coloca fuera de él y, *cicerone* de sí mismo nos muestra su posición social como se muestra un monumento.

Pero los monumentos no viven, sino que perpetúan un solo gesto rígido y monótono. Esta actitud defensiva obliga al argentino a no vivir, ya que vivir es una operación que se hace desde dentro hacia fuera y es un brotar o manar continuo desde el secreto fondo individual hacia la redondez del mundo. El europeo se extraña de que el gesto argentino –sigo refiriéndome al varón– carezca de fluidez y le sobre empaque. Si no se detiene creerá que no es más que ese gesto, y su opinión sobre el hombre del Plata será, como suele ser, poco favorable. Sólo una larga convivencia nos permite descubrir bajo esa máscara rígida el flujo de un ardiente lirismo vital. Mas el argentino ocupa la mayor parte de su vida en impedirse a sí mismo vivir con autenticidad. Esa preocupación defensiva frena y paraliza su ser espontáneo y deja sólo en pie su persona convencional.

¿Ha sido el argentino siempre así? Yo no lo sé y tengo una convicción demasiado viva de que los pueblos modifican grandemente su carácter para atribuir a su último e invariable fondo un rasgo que en cierta época le es, sin duda, propio. Pero el que quiera contestarse tal pregunta necesita penetrar un poco más en el análisis de aquella propensión tan extraña.

La descripción de ella que he apuntado no es sólo exagerada, sino que toma únicamente lo más grueso y externo del hecho. Tenemos que calar más. Lo dicho significa meramente que a este tipo de hombre le preocupa en forma desproporcionada su figura o puesto social. Lo excesivo de semejante preocupación sólo se comprende si admitimos dos hipótesis: 1ª, que en la Argentina el puesto o función social de un individuo se halla siempre en peligro por el apetito de otros hacia él y la audacia con que intentan arrebatarlo; 2ª, que el individuo mismo no siente su conciencia tranquila respecto a la plenitud de títulos con que ocupa aquel puesto o rango. Es natural que donde ambos factores existan sea frecuente esa actitud inquieta, soliviantada y defensiva. Yo creo que en la Argentina acontece así y me explico sin dificultad este extraño más externo de la estructura psicológica que he llamado *hombre a la defensiva*.

En efecto, no se olvide lo más elemental: la sociedad argentina se ha hecho y vive cada vez más bajo los embates de la emigración. Miles y miles de hombres nuevos llegan a su costa atlántica sin otro contenido que un feroz apetito individual, anormalmente exentos de toda interior disciplina. Gente desencajada de sus sociedades nativas, donde hubieran vivido, sin darse cuenta, moralizados por un tipo de vida colectiva estabilizada e integral. Pero el emigrante no es un italiano, ni un español, ni un sirio. Es un ser abstracto que ha reducido su personalidad a la exclusiva mira de hacer fortuna. Todos los hombres aspiran a lo mismo, pero en el alma de los que viven inscritos en sociedades antiguas ocupa esa aspiración mucho menos espacio y no es la radical norma de sus actos, sino que se halla mediatizada por otras muchas normas y aspiraciones. La hipertrofia de aquella se produce a costa de éstas que, deprimidas, dejan libre la audacia.

La influencia que en la vida entera de la Argentina, en lo moral y aun en lo sentimental adquieren las crisis económicas sería inconcebible en una nación europea. Pero me parece un error explicar ese monstruoso influjo señalando simplemente la diferencia de constitución entre la economía de aquel país y la nuestra. La causa decisiva es psicológica y consiste, a mi juicio, en que dentro de cada individuo –no en la

objetividad de los hechos económicos- ocupa el afán de riqueza un lugar completamente anómalo. Esta exorbitación del apetito económico es característica e inevitable en todo pueblo nutrido por el torrente migratorio.

Hay, pues, una relativa justificación para la defensividad del argentino. La porción de riqueza o posición social, el rango público de cualquier orden que un individuo posea está en constante peligro por la presión de apetitos en torno, que ningún otro imperativo modera. Donde la audacia es la forma cotidiana del trato, es forzoso vivir en perpetua alerta.

Estas inmensas tierras nuevas que surgen de pronto en medio de una civilización muy adelantada, como es la del mundo actual, ofrecen un número tal de posibilidades que no hay manera de realizarlas cumplidamente. Por ejemplo: el desarrollo, extensión y riqueza de la Argentina obliga a que se instituya en poco tiempo un buen golpe de universidades con un número muy crecido de cátedras. En Europa no han solido preexistir las cátedras a las capacidades. Al contrario, sólo cuando había un grupo crecido de gentes que venían largamente cultivando una disciplina se creaba el puesto público para su enseñanza. El proceso singularísimo de estas nuevas naciones americanas invierte el orden, y las cátedras, los puestos, los huecos sociales surgen antes que los hombres capaces de llenarlos. Lo propio acontece con la burocracia, los oficios técnicos, de sanidad, de justicia, etc. Todas esas funciones sociales tenían que ser por fuerza servidas, y como era ilusorio pretender que las sirvieran gentes capacitadas, se hizo desde luego normal que las sirviera cualquiera, aún con la más insuficiente preparación. Esto era multiplicar la audacia de los audaces: cualquier individuo puede, sin demencia, aspirar a cualquier puesto, porque la sociedad no se ha habituado a exigir competencia. Como esta incompetencia es muy general –dejo todo el margen de excepciones que se crea justo-, el tanto por ciento de personas que ejercen actividades y ocupan puestos de manera improvisada resulta enorme. Esto lo sabe muy bien cada cual en el secreto de su conciencia; sabe que no debía ser lo que es. Es decir, que a la inquietud suscitada por la presión de los demás se añade una inseguridad íntima, un sobresalto privado y permanente que es preciso compensar adoptando un gesto convencional, insincero, para convencer con él al contorno de que se es efectivamente lo que se representa. Así, mientras se procura convencer a los demás, de paso se intenta convencerse uno a sí mismo.

Ello es que el individuo no ha llegado a aquel puesto, oficio o rango por una necesidad interna, en virtud de un pasado que lo ha ido preveniendo y como modelando para él, sino que súbitamente se encuentra dentro de él, como la cara en la careta. No habiendo la profesión, la actividad y posición que se sirve, nacido de la persona, sino más bien sobrevenido en torno a ella, no hay adherencia entre el individuo y su figura social. Tiene aquél que llevar ésta a pulso, como en las fiestas aragonesas lleva alguno el *gigantón*. De aquí ese empeño en subrayar su papel público. Precisamente porque es un papel, porque el hombre no es auténticamente lo que pretende ser, necesita hacerlo constar. *Esto es un gallo*, escribía, según Cervantes, el pseudopintor Orbaneja, debajo de lo que había pintado.

Sería una agresión inútil objetar a esto que, por ejemplo, en España son muy frecuentes los casos de incapacidad, lo mismo en las cátedras que en los demás oficios, profesiones y puestos. El hecho es superlativamente cierto. Pero esa incapacidad que menudea en mi península no se parece nada a la que es habitual en la Argentina. El que en España ejerce una profesión no improvisa su ejercicio. Desde siempre vivió hacia él y para él. Lo que pasa es que carece de dotes naturales. En el argentino no se trata de que suela estar mal dotado, ( Sea dicho sin vacilación alguna: no creo que actualmente

exista otro pueblo de habla española con mayores posibilidades de inteligencia que el argentino. Permítaseme que diga sólo *posibilidades*, pero he aprendido que la efectiva inteligencia se compone de otras muchas cosas además de la inteligencia *sensu stricto*.), sino que no se ha adscrito nunca a la actividad que ejerce, no la ha aceptado como su vital destino, no la considera jamás definitiva, sino a manera de etapa transitoria para lo único que le interesa: su avance en fortuna y jerarquía social. Por eso acontece que aun esos españoles peor dotados individualmente que los argentinos resultan superiores a ellos como profesionales.

En la Argentina es muy frecuente que la persona atraviese los más heterogéneos avatares, que sea hoy una cosa y mañana otra. Los oficios son camisas de serpiente, salvo que allí las camisas no suelen ser de las serpiente que las viste.

Todo esto significa una cosa que es preciso decir, aunque tal vez enoje. El inmoderado apetito de fortuna, la audacia, la incompetencia, la falta de adherencia y amor al oficio o puesto son caracteres conocidos que se dan endémicamente en todas las factorías. Eso, precisamente eso, distingue una sociedad nativa y orgánica de la sociedad abstracta y aluvial que se llama factoría. Un europeo que desconoce Sudamérica y embozado en sus prejuicios y petulancias de viejo continental supone que todos aquellos países siguen siendo, ¡claro está!, factorías, no podrá entender bien lo que acabo de decir. Porque Buenos Aires, con sus dos millones de habitantes y ese perfil del Estado que aparece riguroso tras todas las esquinas no es, ¡claro está!, nada factoría. Sólo sobre el fondo de esta evidencia puede tener interés mi escandalosa indicación. Son aquellos pueblos nacionalidades mucho más adultas de lo que se presume en Europa. Sin duda, la más avanzada en su desarrollo, la más hecha de todas ellas –al menos de las que he visitado– es la República Argentina. Ninguna es menos factoría. Y, sin embargo, su propia pujanza la ha impedido estabilizarse como Chile o el Uruguay. Ha tenido que seguir creciendo aceleradamente, y esto mantiene en ella, junto a sus rasgos de relativa madurez, otros inesperadamente primitivos. No es fácil de expresar la idea que tengo y que me parece en su inevitable paradjismo ajustarse bastante a la realidad. Esta República es hoy menos factoría que ningún otro país sudamericano y, al mismo tiempo, lo es más.

Para aclarar este pensamiento podemos recurrir a una imagen gráfica y representarnos aquella sociedad dividida en dos partes: un núcleo perfectamente nacionalizado, y en torno una periferia de la reciente emigración. Dentro, pues, de ella hay dos componentes en muy distinto estado de evolución y, podría decirse, con diferente cronología. ¿Es esto una ilusión óptica que padece el viajero? O ¿es, por ventura, el esquema de la situación dinámica que mueve hoy radicalmente la vida pública de aquel país, sobre todo, que la va a mover en los años próximos? ¿No se está empezando a vivir un nuevo período de la lucha entre el tipo de hombre propiamente argentino y el tipo de hombre abstracto que es el de factoría, el hombre aún no argentinizado? He de decir que en mi último viaje –doce años después del primero– me ha parecido notar un crecimiento de la dimensión de factoría que posee la Argentina, con la recíproca mengua del otro componente. Y es natural que en una historia como la de este país –tan parecida en muchos puntos a la de Roma– sobrevenga un forcejeo periódico entre ambos ingredientes sociales. En este momento domina el hombre abstracto que el mar ha traído sobre el hombre histórico que la tierra ha plasmado. El *prestísimo* de aquella historia no ha dado tiempo a la tierra para que digiera el aluvión atlántico. Es inevitable: durante unos años la Argentina sufrirá de histórica indigestión.

Tal vez la palabra *factoría* suene mal a los oídos argentinos. Pero será un error este asco hacia un vocablo tras del cual palpita el magnífico destino de aquel país. Bastaría

sustituir el fonema latino por su equivalente griego para hacer patente toda la dignidad de lo que significa. La factoría es estrictamente el emporio. Y esto fue Roma. Y no se entienden los maravillosos destinos de Roma si no se parte de una sociología de los emporios. Creo que nada aclararía más a los argentinos la evolución de su país como un análisis sociológico de la primera historia romana.

Esta dualidad del cuerpo colectivo, que no cesará en la Argentina hasta que deje de ser emporio y se convierta en una nación como las demás, orgánica y de paso lento, impone por sí misma al individuo una índole también dual. Le obliga, quiera o no, a preocuparse demasiado de representar su papel. Los oficios y puestos o rangos suelen ser, como he indicado, situaciones externas al sujeto, sin adherencia ni continuidad con su ser íntimo. Son *posiciones*, en el sentido bélico de la palabra, ventajas transitorias que se defienden mientras facilitan el avance individual. Esto da irremediamente un carácter extrínseco y frívolo a la relación entre el individuo y su situación. El individuo que es periodista, o industrial, o catedrático, no lo es ante sí mismo y para sí mismo; no lo es irrevocablemente, no ve su profesión como su destino vital, sino como algo que ahora le pasa, como una mera anécdota, como *papel*. De este modo la vida de la persona queda escindida en dos: su persona auténtica y su figura social o *papel*. Entre ambas no hay comunicación efectiva. Ya esto bastaría para explicarnos por qué nos es difícil la comunicación con este hombre: él mismo no comunica consigo.

Pero es preciso adentrarse más en esta peculiarísima psicología. La estructura pública de la Argentina fomenta ese dualismo del alma individual; pero es evidente que si no hubiese en el modo de ser nativo una propensión de igual tendencia, aquel influjo exterior quedaría mitigado y acaso compensado. Tenemos pues, que observar desde dentro al individuo, aparte de las influencias que del contorno recibe.

Cuando se mira desde dentro este hecho tremebundo que es nuestra vida, la de cada cual, pronto advertimos que consiste radicalmente en un dinamismo. Quiero decir que nuestra vida no es nunca un simple estar, un puro yacer. Vivir es siempre vivir por algo o para algo, es un verbo transitivo. De aquí que no pueda existir una vida humana sin un interés vital que sostiene, constituye y organiza esa vida. En el momento que todo interés vital se aflojase por completo y efectivamente, la vida dejaría de ser.

Ese interés vital puede ser singular o plural, consistir en esto o en lo otro; pero de él deriva todo lo demás que somos. Por eso yo le llamo resorte vital. Y para entender a un hombre y averiguar la anatomía de su alma hay que indagar, ante todo, cuál es su resorte o resortes vitales, qué es lo que primeramente le interesa del Universo, a qué tiene puesta su atención más espontánea. La vida es tensión en el sentido mecánico de la palabra; la tensión supone un resorte que la produce y mantiene, y el resorte, a su vez, requiere alguna cosa donde esté prendido para tenderse; algo que tirando de él provoque su dinamismo.

Yo me he preguntado muchas veces cuál es el resorte vital característico de este tipo de hombre, predominante en la Argentina. ¿A qué tiene puesta su vida, radicalmente puesta? Los aparatos corporales y psicológicos con que se halla dotado para vivir son magníficos: tienen la elasticidad, ímpetu y frescura propios de toda juventud zoológica. Por eso todo el mundo le atrae, le da sabor, le inquieta. De aquí su universal curiosidad, su apetito omnívoro. Se acerca a la ciencia, a las artes, a los placeres, a los deportes, a la lucha política, a la ambición, a los negocios, a todo, en suma. Pero he ahí la distinción fundamental que es preciso hacer que se debe hacer si se quiere llegar a una verdadera psicología. Nuestra vida no es el funcionamiento de nuestros aparatos corporales y espirituales. Todo eso no es más que la máquina con que vivimos. Nuestra vida comienza cuando un misterioso principio, que es el carácter, pone en movimiento todos

esos mecanismos según su inspiración. La cosa es bien clara. Un hombre no es un hombre de ciencia simplemente porque posea dotes psíquicas egregias para su cultivo. Tal vez no le *interesa* la ciencia y si el triunfo político o los placeres. Nuestro cuerpo y nuestra alma no son nuestra persona, ésta es más bien el carácter. No veo que se haya entendido la profunda sugestión de Kant, cuando habla del *carácter inteligible*. Pero me es imposible aquí desarrollar mi idea de la psicología, tan remota de todas las vigentes.

Así, resulta que el argentino, mecánicamente atraído por todas aquellas cosas merced a la excelencia de su aparato psicofisiológico, no tiene puesta su vida en ninguna de ellas.

Hay una vieja noción que es preciso rehabilitar, dándole un lugar más importante que nunca ha tenido: es la idea de vocación. No hay vida sin vocación, sin llamada íntima. La vocación procede del resorte vital y de ella nace, a su vez, aquel proyecto de sí misma que en todo instante es nuestra vida. A veces la vocación del individuo coincide con las formas de vida, que se denominan según los oficios o profesiones. Hay individuos que, en efecto, son vitalmente pintores, políticos, negociantes, religiosos. Hay muchos en cambio, que ejercen esas profesiones sin *serlas* vitalmente. Pues bien; yo creo que son sobremanera insólitas en la Argentina las vocaciones profesionales; o dicho inversamente: que el argentino típico no tiene puesta su vida de manera espontánea a ninguna ocupación particular. Ni siquiera a los placeres. Es un error atribuir al criollo una vocación sensual o, ampliando más la órbita de los goces, epicúrea. Todas esas vocaciones llaman a la persona fuera de sí y hacen que su vida consista en un olvido de sí mismo, en un radical entusiasmo y entrega a aquellas cosas. No es sólo el sabio o el religioso quienes se entregan a algo distinto y trascendente de ellos, sino también el gozador. No es tan fácil como se supone ser verdaderamente sensual o epicúreo.

De esta manera llego a una primera fórmula, que me aclara un poco la impresión producida en el europeo por el hombre del Plata: el argentino es un hombre admirablemente dotado, que no se entrega a nada, que no ha sumergido irrevocablemente su existencia en el servicio de alguna cosa distinta de él. Ahora bien; el europeo es de todos los hombres conocidos, hoy y ayer, el que más se entrega. Ni el asiático ni el grecorromano han sentido tan esencialmente la vida como misión, como servicio a algo más allá de él mismo. Por esta razón ha sido el más creador. Vivir para él consistía en hacer cosas. El estoico aguanta con dignidad la vida; es decir, el destino, que ve, por tanto, como un poder cósmico externo a él, tal cual la roca veía el mar que la bate. El europeo se entrega a la vida, al destino, y por tanto, hace del destino su vida misma, lo toma y acepta. A esto le llamo sentir la vida como misión.

Pero el argentino tiende a resbalar sobre toda ocupación o destino concreto; no se da a él con plenitud, se queda en reserva tras él, no se confunde con él. Es inevitable que parezca al europeo superlativamente frívolo. No hay verosimilitud de que sin entrega radical a un modo de vida, los gestos, actos, ideas, emanaciones de esa vida posean plena sustancia y densidad. Todo lo que el sujeto haga en tal disposición parecerá no más que ademán y finta. El argentino, no resolviéndose a olvidar su propio ser en algo más allá de él, a sumergirse en alguna misión, es un hombre que no acepta el destino. Sabe sufrirlo con entereza —el hombre del Plata es muy bravo ante el destino—, pero no lo asume.

Siento no conocer bien la zona secreta de las relaciones eróticas en la Argentina, porque fuera ese territorio delicadísimo el lugar más a propósito para confirmar o desechar mi diagnóstico. ¿Es el argentino un buen amador? ¿Tiene vocación de amar? ¿Sabe enajenarse? O por el contrario, ¿más que amar él, se complace en verse amado, buscando así en el suceso erótico una ocasión más para entusiasmarse consigo mismo?

Porque a ello venimos forzosamente: si el tipo de hombre que escrutamos no tiene puesta su vida a ninguna ocupación o cosa en que ésta parece olvidarse de sí misma y enajenarse, ¿a qué tiene puesta su vida? ¿Qué es lo que a la persona interesa más del universo?

Planteada sí la cuestión, se juzgará que sólo cabe una respuesta: la persona que no se interesa radicalmente por nada, sólo se interesa por sí misma. Indole semejante suele llamarse egoísmo. ¿Es menester tan largo y difícil rodeo para acabar en el descubrimiento de que el argentino es un hombre egoísta? La verdad es que no merecería la pena el resultado. Pero además sería un grueso error. Un tipo de humanidad no se puede definir por un defecto. Podrá el modo de ser que investigamos facilitar la frecuencia de determinados defectos. Más aún, todo modo de ser trae consigo un repertorio de degeneraciones afines, como cada contextura corporal –la obesidad, la delgadez, el atletismo- predetermina cierta clase de enfermedades. En Buenos Aires he oído a muchos argentinos quejarse del egoísmo frecuente en sus compatriotas. Pero, a mi juicio, esta calificación es errónea. Con egoístas no se hace en un siglo un pueblo del porte que hoy tiene la Argentina. Además, esa suposición de egoísmo congénito no explica ninguna de las demás peculiaridades.

No; es otra cosa. Una distinción, sutil, al primer pronto, nos pone en una pista muy diferente. Este tipo de hombre no tiene, en efecto, puesta su vida a nada, pero tampoco es su persona lo que más le interesa. Lo que más le interesa, lo que le preocupa es... la idea que él tiene de su persona.

Ahora bien, el egoísmo consiste en no servir a nada fuera de sí, en no trascender de sí mismo. El egoísta es un hombre sin ideal.

Pero el argentino es un frenético idealista; tiene su vida puesta a una cosa que no es él mismo, a un ideal, a la idea o ideal que él mismo tiene de sí mismo.

Esto me parece algo más interesante; esto ya merece la pena de fijar la atención, porque es un modo de ser hombre nada sólito, curiosísimo, sutilísimo.

El argentino vive atento, no a lo que efectivamente constituye su vida, no a lo que de hecho es su persona, sino a una figura ideal que de sí mismo posee. Esta imagen no se le ha formado en tal o cual fecha durante su existencia, sino que, al encontrarse viviendo, se encuentra ya con una espléndida idea de sí mismo. No es una idea precisa, compuesta de tales o cuales atributos determinados; no es que se *crea* un sabio, un Apolo, un gran político, etc. Esto fuera simplemente vanidad. El no sabe bien lo que cree ser, no puede precisar las facciones de su propia fisonomía ideal, pero siente que estima mucho a ese impreciso personaje que resulta ser él. No hay modo de eludir la única expresión rigurosa: el argentino se gusta a sí mismo. Si se entienden con exactitud estas palabras, se verá que no implican por fuerza esencial vanidad. Lo que nos gusta no tiene por qué parecernos lo mejor del mundo. No es cuestión de que su valor sea mayor o menor. Basta con que nos parezca que tiene alguno y con que tal y como es nos guste.

Prosigamos. Al argentino le gusta la imagen que de sí mismo tiene. En esa imagen de conjunto impreciso, de calidades y atributos borrosos hay, sin embargo, algunos rasgos claros. Por ejemplo, uno de los ingredientes de ella es la argentinidad misma. Ser de la nación argentina, pertenecer a este pueblo es un motivo de orgullo elemental, indiscutible, previo, que actúa en todo argentino. Inclusive el que por reflexión llega a un juicio menos favorable de su pueblo, sigue sintiendo ese impulso en todo su vigor, porque, afortunadamente, se trata de un resorte primario anterior y más profundo que todas las reflexiones. Nace el individuo con una fe ciega en el destino glorioso de su pueblo, da por cumplidas ya todas las grandezas de su futuro y, sintiéndose miembro de

él, apunta su persona privada la gloria de ese porvenir colectivo como un presente. Es ello una de las grandes fuerzas que empujan a este país: la idea de la nación actúa desde luego en el alma individual formando uno de sus ejes, por lo mismo inseparable de él. En su más íntimo ser cada individuo vive radicalmente de la idea de la colectividad, lo cual –a despecho de la frivolidad en el detalle de las vidas- asegura a este pueblo un género de patriotismo que difícilmente comprendemos los europeos, como no sea los ingleses. Habría que deshacer a la persona para disociarla de su nación.

De suerte parecida, aunque más confusamente, inscribe en su imagen todas las capacidades, todas las posibilidades, que al ser así proyectadas en la idea, se convierten para él en efectividades. Por ejemplo: un joven argentino –casi, casi todo joven argentino- se ve a sí mismo como un posible gran escritor. El no lo es aún, pero su persona imaginaria lo es desde luego, y lo que ve de sí mismo no es aquella su realidad, aún insuficiente, sino esa proyección en lo perfecto. Como es natural, está encantado con ese *sí mismo* que se ha encontrado y ya no se preocupará en serio para hacer efectiva su posibilidad. No atenderá radicalmente a cuanto le vaya pasando de hecho en su existencia, a las ocupaciones que vaya ejerciendo, ni siquiera a lo que escriba, porque como nada de ello, ni aún su producción es aún lo propio de un gran escritor, y él sabe que lo es, no tiene apenas que ver con él, no lo considera como su verdadera vida, sino como mero acontecimiento externo que no merece formal atención. Sólo se hará solidario de lo único que está en su poder: el gesto, y, en efecto, desde luego y sin descanso adoptará el gesto que a su juicio, corresponde a un gran escritor. De aquí que con tanta frecuencia, los escritores argentinos comienzan siendo grandes escritores.

Me sirvo de esta caricatura para esclarecer lo que pienso exacerbándolo. Porque no es fácil de decir lo que vislumbro: que el argentino típico no tiene más vocación que la de ser ya el que se imagina ser. Vive, pues, entregado, pero no a una realidad, sino a una imagen. Y una imagen no se puede vivir sino contemplándola. Y, en efecto, el argentino se está mirando siempre reflejado en la propia imaginación. Es sobremanera Narciso. Es Narciso y la fuente de Narciso. Lo lleva todo consigo: la realidad, la imagen y el espejo (1)

---

(1) Importaría demostrar lo que hay de narcisismo en la inspiración de Martín Fierro. De aquí el extraño aire de diálogo que tiene su monólogo: habla con su imagen y se queja de que los demás no lo reconozcan.

---

No se crea, sin más ni más, que es esto tan puro defecto como parece al pronto. Una dosis de narcisismo actúa en toda alma de destino elevado. El hombre chabacano, que se abandona a cada circunstancia de la vida, sin exigir nada de sí mismo, no es Narciso simplemente porque no se estima. En su último fondo se desprecia y tiene horror de su propio ser exento de toda calidad. Por eso procura no tenerse a sí mismo presente, sino que prefiere olvidarse. Una existencia disciplinada, cuando es religiosa, requiere que la persona sienta constantemente la presencia de Dios, como un espectador y juez que impide el abandono y el acto vil. Cuando no es precisamente religiosa, la existencia altanera exige que nos tengamos presentes a nosotros mismos. Y yo no vacilo en reconocer que muchas cosas logradas ya en la vida argentina, proceden de este culto a la idea de sí mismo, que constituye la forma más auténtica de vida en el individuo medio de aquel país. Claro que las cualidades superiores no se pueden lograr así. Así podemos traer a nuestra persona, poner en ella todo lo imaginable, pero cuya adquisición no suponga sacrificio, entrega a eso mismo que queremos traer a nosotros.

No me atemorizaría afirmar que el narcisismo es una dimensión de toda alma sublime.

Pero el argentino es demasiado Narciso, lo es radicalmente. Vive absorto en la atención a su propia imagen. No se desentiende de ella casi nunca para absorberse en las ocupaciones que integran la vida plenaria. Se mira, se mira sin descanso. Está de espaldas a la vida, fija la vista en su quimera personal. De aquí esa impresión que nos produce y que expresáramos diciendo que en el argentino todo nos parece subrayado, por lo pronto su físico. El evidente exceso de repulimento en el vestir es una consecuencia de esta perpetua atención hacia sí. Se está siempre visitando a sí mismo y necesita encontrarse siempre pulido y repulido. En cambio, el francés y el alemán, que son, bien que por razones distintas, los dos hombres más distraídos de sí, más entregados a otras cosas, son los que visten peor en este planeta.

La tragedia de Narciso es que, ocupado exclusivamente en contemplarse, le ahoga su propia imagen, es decir, que no vive. De vivir, sería su imagen el viviente. Pero una imagen solo tiene una vida imaginaria, aparente, ficticia. Esto es lo grave en la psicología del argentino. No es el egoísmo, no la vanidad. Su índole favorece sobre manera estos dos vicios y no ocultaré que los casos más cómicos de vanidad que he conocido los he encontrado en la Argentina. Pero ambos defectos, como he dicho antes, son naturales degeneraciones de cierto modo de ser y no califican primariamente al tipo de hombre que analizo. El egoísmo es una falta de atención a los demás seres y cosas. Pero lo grave del Narcisismo no es que desatienda a los demás, sino que lleva adensar la propia persona real, la auténtica vida. Se acostumbra el individuo a negar su ser espontáneo en beneficio del personaje imaginario que cree ser. Lleva a la más extraña insolidaridad consigo mismo. Por tomar en cada instante la postura que aquel personaje irreal tomaría, renuncia a la actitud sincera que la persona real querría adoptar. Y así un día y otro y siempre. Al cabo queda anulada, atrofiada la intimidad, que es nuestro único tesoro verdadero, que es la sola potencia efectiva capaz de crear, en todo orden, desde la ciencia, pasando por la política, hasta en el amor y la conversación.

Quien sabe eludir los *trompe l'oeil* psicológicos y ha visto, como por una rendija, la magnífica intimidad que el hombre argentino llega a paralizar dentro de sí por reducirse a la fruición de su imagen, se impacientará pensando en todo lo que podría ser ya este pueblo –lo que podría haber creado en los órdenes más altos– sin más que moderar aquella propensión. Se impacientará de que en el *pueblo con más vigorosos resortes históricos que existe hoy*, haya faltado una minoría enérgica que suscite una nueva moral en la sociedad, llame al argentino a sí mismo, a su efectiva intimidad y sinceridad, temple con rigor su narcisismo, se muestre intratable para cuanto es mera *postura o papel* y le fuerce a vivir verdaderamente, a manar, a brotar de su riqueza interior, en vez de mantenerse en perpetua deserción de sí mismo. El día que tal minoría enseñe a este hombre a *aceptar hondamente su individual destino*, a existir formalmente y no en gesticulación y representación de un *rôle* imaginario, la Argentina ascenderá de manera automática en la jerarquía de las más altas calidades históricas, porque el hombre del Plata es uno de los mejor dotados que acaso haya. Se impacientará tanto, repito, que escribirá este pequeño ensayo.

Al cabo de él, percibimos que aparece una extrema coincidencia entre la sociedad argentina y el individuo. Como aquella hieratiza en un Estado demasiado sólido la idea que de su propia colectividad tiene, así el individuo paraliza su vida suplantándola por la imagen que de sí posee. No es rara la coincidencia. Veinticuatro siglos hace, Platón insinuaba que en la sociedad el hombre está escrito en letras grandes, y, viceversa, el hombre transcribe en letras menudas lo que es la Sociedad.

Es natural que no nos sea fácil comunicar con el argentino. Nosotros buscamos su intimidad y él nos presenta su imagen ideal, su *rôle*. Como no tiene ésto realidad por sí, sólo obtendrá la que el individuo se esfuerce en imponernos. De aquí su interés en subrayarla incesantemente, en hacerla constar. De aquí su perpetua defensiva. De aquí su ilimitada susceptibilidad.

Llamar tacto al acierto en el trato social es una ejemplar agudeza del idioma. Porque, en efecto, consiste en no rozar la entidad que tenemos delante, no tropezar con sus formas y facciones o hacerlo suavemente y sin choque. Quien se precie con fundamento de tener mucho tacto, puede estar seguro de no herir a casi nadie en el comercio mundano. Pero en la Argentina fracasaría. Porque él puede responder de que su tacto le permitirá no tropezar con ninguna realidad, pero como el argentino no suele ser lo que realmente es, sino que se ha trasladado a vivir dentro del personaje que imagina ser, el tacto no le sirve de nada. No se palpa lo impalpable. Por eso en Buenos Aires todo movimiento que se haga hiere a alguien, viola alguna personalidad secreta, ofende a algún fantasma íntimo.

Preocupado el argentino de que reconozcamos su fantasma personal, permanecerá artillado delante de nosotros. Si una superior cultura y otras clases de frenos no la mantienen, en esta defensiva, la inseguridad que siente respecto de sí mismo, la urgencia de nutrir con nuestro reconocimiento la fe en su imagen que en cada instante pierde y vuelve a ganar, le hará adelantarse hasta maneras agresivas.

Este es el origen de una modalidad humana cuya frecuencia es característica de la Argentina. Si se quiere penetrar en los secretos de un país, conviene fijarse en las palabras de su idioma que no se pueden traducir sobre todo cuando significan modos de ser. La razón es perogrullesca. Si falta el equivalente en el lenguaje de otros pueblos es que en ellos la realidad significada no existe o existe insólitamente. En cambio, la existencia de un vocablo intraducible revela que cierta clase de hechos forma en aquella sociedad compacta masa y se impone a la mente exigiendo una denominación. Así la palabra española *cursi* no puede verterse en ninguna de otro idioma. El hecho que enuncia es —en rigor fue— exclusivamente español. Si se analizase, lupa en mano, el significado de *cursi* se vería en él concentrada toda la historia española de 1850 a 1900. La cursilería como endemia sólo puede producirse en un pueblo anormalmente pobre que se ve obligado a vivir en la atmósfera del siglo XIX europeo, en plena democracia y capitalismo. La cursilería es una misma cosa con la carencia de una fuerte burguesía, fuerte moral y económicamente. Ahora bien, esta ausencia es el factor decisivo de la historia de España en la última centuria.

La palabra argentina a que me refiero, indócil a toda versión, es *guarango*. Si yo fuese argentino y, a pesar de serlo, lograrse dar a mi vida un sentido de servicio o misión, y en algún momento prefiriese denominar esta misión sin solemnidad, con desgaire cómico, diría que iba a dedicar mi existencia a la superación del *guaranguismo*. Como todo vicio es una virtud fermentada y la degeneración de alguna buena calidad, en el *guaranguismo* se ocultan desviados los resortes mejores del alma argentina.

El *guarango* o la *guaranga* siente un enorme apetito de ser algo admirable, superlativo, único. No sabe bien qué, pero vive embriagado con esa vaga maravilla que presiente ser. Para existir necesita creer en esa imagen de sí mismo y para creer necesita alimentarse de triunfos. Mas como la realidad de su vida no corresponde a esa imagen y no le sobrevienen auténticos triunfos, duda de sí mismo deplorablemente. Para sostenerse sobre la existencia necesita compensarse, sentir de alguna manera la realidad de esa fuerte personalidad que quisiera ser. Ya que los demás no parecen espontáneamente dispuestos a reconocerlo, tomará el hábito de aventajarse él de forma

violenta. De aquí que el *guarango* no se contente con defender su ser imaginario, sino que para defenderlo comience desde luego por la agresión. El *guarango* es agresivo, no por natural exuberancia de fuerzas, sino, al revés, para defenderse y salvarse. Necesita hacerse sitio para respirar, para poder creer en sí, dará codazo al caminar entre la gente para abrirse paso y crearse ámbito. Iniciará la conversación con una impertinencia para romper brecha en el prójimo y sentirse seguro sobre sus ruinas.

Fingirá tácitamente no reconocer miramientos, ni distancias, ni rangos, ni reglas de trato. Si es intelectual, su producción no consistirá en la expresión de ideas sustantivas, sino en ataques vacíos y sin congruencia con lo atacado, a veces en meros insultos cuyo estallido en el aire le dan la grata impresión de que, en efecto, existe. La *guaranga* producirá estos estallidos acumulando en su traje colores y ornamentos llamativos, exagerando los ademanes, sin renunciar por esto a la agresividad verbal.

Femenino o masculino, el *guarango* corroborará su imaginaria superioridad sobre el prójimo, sometiéndole a burlas de peor gusto, y si es especialmente tímido recurrirá al anónimo. (Buenos Aires es la ciudad de los anónimos.)

Como se ve, es el *guarango* la forma desmesurada y más gruesa de esa propensión a vivir absorto en la idea de sí mismo que padece el hombre argentino.

Pero no se olvide que todo ese deplorable mecanismo va movido originariamente por un enorme afán de ser más, por una exigencia de poseer altos destinos. Y esto es una fuerza radical mucho menos frecuente en las razas humanas de lo que suele creerse. El pueblo que no la posee no tiene remedio: es lo único que no cabe inyectar en el hombre. Se puede inventar la turbina, pero no el salto de agua que la mueva. Este tiene que existir de antemano, milagrosamente. Supuesto dinámico de todo lo demás, el nivel de su energía predetermina la historia del individuo y de la nación.

Este dinamismo es el tesoro fabuloso que posee la Argentina. Yo no conozco –lo repito– ningún otro pueblo actual donde los resortes radicales y decisivos sean más poderosos. Contando con parejo ímpetu elemental, con esa decisión frenética de vivir y de vivir en grande, se puede hacer de una raza lo que se quiera. Por eso, buen *aficionado a pueblos*, aunque transeúnte, me he estremecido al pasar junto a una posibilidad de alta historia y óptima humanidad con tantos quilates como la Argentina. Síntoma de ese estremecimiento y no otra cosa son estas páginas donde he intentado guardar la equidistancia entre el halago y el vejamen.

(Septiembre 1929.)

POR QUÉ HE ESCRITO  
«EL HOMBRE A LA DEFENSIVA»

(Artículo publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el día 13 de abril de 1930.)

Ya he recibido las primeras andanadas de ataques y de insultos que me dirigen los jóvenes escritores argentinos. Ya puedo, por consecuencia, escribir este artículo. Por otro de Victoria Ocampo, publicado en *La Nación* hace meses, tuve las primeras noticias del enojo de mis ensayos «La Pampa... promesas» y «El hombre a la defensiva», habían producido. Poco después, una página de *Caras y Caretas*, firmada por el señor Alberti, me confirmaba el hecho. Ambos escritores se adelantaban, generosos, a mi defensa y destacaban argumentos para aminorar la hostilidad contra mi germinante. Yo agradezco de corazón a ambos espontáneos paladines la efusión de su defensa, pero han de permitirme añadir que no era necesaria. Nadie que conozca aún vagamente la Argentina, puede dudar un momento de que al escribir yo aquellos ensayos sabía que iba a condensar sobre mi cabeza todas las electricidades del iracundo denuesto. Pero si nadie puede dudar de que presumía esa violenta repercusión, nadie puede dudar que había en mí la resolución de concitarla. Ninguna fuerza externa me obligaba a pensar, manuscibir y publicar aquellos ideogramas. Si todo ello lo hice libérrimamente, claro es que asumía, libérrimamente también, sus enojosas consecuencias. Sobre esto conviene que no exista la más leve incertidumbre.

Entonces, ¿es que yo quería, con franco albedrío, ver funcionar a mi costa la procacidad habitual de esa juventud literaria? A decir verdad, no tenía empeño alguno en ello, pero, por fuerza, había de quererlo *también*, ya que era imprescindible si quería publicar «El hombre a la defensiva». Quien no sea, por completo, pueril, al querer la causa quiere conjuntamente la variada prole de sus efectos. Todo se retrotrae, pues, al hecho rotundo de que yo he tenido la inquebrantable voluntad de escribir aquellas páginas. ¿Por qué la he tenido? La intención de insinuarlo engendra las líneas siguientes, donde el lector hallará todo menos arrepentimiento.

Es segur que no pocas personas de la Argentina se habrán dicho al leer mi último *Espectador*: «Por dos veces hemos recibido a este señor en nuestro país con exuberante amabilidad. ¿Es admisible que este señor pague aquellas atenciones diciendo de nosotros cosas que en parte son sobremanera desagradables?» Yo acepto que el asunto se plantee así, sólo que necesito intensificarlo hasta un grado superlativo.

No se trata solo de que la Argentina me haya recibido con reiterada amabilidad. Esta es una expresión tibia, frívola y oficial. Se trata de mucho más.

En una comida que la revista *Nosotros* organizó en mi obsequio durante mi primera permanencia en Buenos Aires, tomó la palabra el Dr. Alejandro Korn y dijo que en algún capítulo de la historia argentina habría, tal vez, que citar mi nombre. Sus palabras fueron, en rigor, mucho más taxativas, pero yo las traduzco al modo dubitativo y condicional con el fin de no complicar en mis peligrosas andanzas a un hombre a quien quiero, estimo y respeto tanto como a Korn. Las traigo, no obstante, a mención para poder añadir que si ellas son posiblemente, dubitativamente, condicionalmente verdad, lo es con verdad radical, indubitable y categórica que no podría escribirse mi biografía – dado que ella tuviese algún interés– sin dedicar algunos capítulos centrales a la Argentina. Es decir, que yo debo, ni más ni menos, toda una porción de mi vida –

situación, emociones, hondas experiencias, pensamientos- a ese país. Así, absolutamente así. La vida, que es siempre de alguien, es para ese alguien, lo absoluto. Todo lo demás que exista llega al través de su vida dentro de su vida. Así yo no tengo en el Universo y del Universo más que mi vida y resulta que una parte muy importante de ella se debe a la Argentina. Se trata, pues, no de deber atenciones a ese país como a tantos otros transeúntes acontecerá, sino de algo fabulosamente más grave: se trata de que debo una parte substancial de mí mismo, de mi vida, a la Argentina. Y esto son ya palabras gruesas. Y mi vida, que a los demás no tiene por qué interesar, a mí me interesa enormemente. Tanto, que es lo único que me interesa del Universo. A cada cual, si se analiza y entiende lo que digo, le acontece lo propio –porque su vida, repito, es lo único que tiene del Universo, porque su vida es en verdad, el Universo.

Quiere decirse, pues, que yo tengo una deuda enorme con ese país. Y esto no son palabras, temblor de aire, caligrafía. No es que yo *diga* que tengo esa deuda, sino que la *tengo*, dígallo o no; la tengo a ella, no a su enunciación; la tengo, y sostengo sobre mi existencia efectiva y no verbal, la llevo y la arrastro con sucesivos crecimientos desde hace catorce años, escritor español desconocido, entré por la boca bicorne del puerto bonaerense.

Es notorio que yo he alardeado durante un decenio de ese gravamen. En una revista de esa capital leí hace unos meses una entrevista con el conde de Keyserling, donde este amigo mío e incalculable conde hacía constar que el único europeo que hablaba con fervor de la Argentina era yo. Amputemos la exageración del exclusivismo y queda una pura verdad.

Dígame ahora si puedo aceptar que se plantee el asunto de mi saldo de deuda con la Argentina mediante expresión tan tibia, frívola y oficial como la antedicha. No: yo debo completamente en serio y he de pagar no menos en serio. Ya he empezado. Las páginas irritantes del séptimo *Espectador* son las primeras monedas.

La forma del pago no podía para mí ser dudosa. Tenía que ser homogénea a la deuda. Y si la Argentina ha contribuido a hacer mi vida, yo tengo que contribuir bien que en la medida mínima posible a un escritor, a hacer la vida de la Argentina.

¿Sería contribuir a hacer la vida de la Argentina verbalizar elogios sobre este país que a nadie interesarían y a nadie convencerían? Pero aún en el caso de que interesasen y convenciesen, eso no sería hacer la vida argentina, sino, a lo sumo, hacer la opinión de los demás sobre ésta. Y resultado tal me parece demasiado inoperante. Lo decisivo es lo que seamos, no lo que opinen los demás. Una vida bien metida en su auténtico destino no vive de la benevolencia crítica de los prójimos.

Pero, además, quien conozca a la Argentina actual sabe que nada puede hacerle tanto daño como alabarla, como interesarla en la opinión ajena sobre ella, antes bien, es preciso empujarla hacia sí misma, recluirla en su inexorable ser. Esto se propone «El hombre a la defensiva».

En él se dice que es la Argentina «el pueblo con resortes históricos más fuertes que hoy existe». Esto no se dice por decir: se dice dos veces y con letra especial para que conste. Lo cual indica que yo tengo muchas cosas laudatorias que decir sobre la Argentina –por lo visto las que propago por Europa, según Keyserling. Y esas cosas son, en parte, óptimas como esa frase indica. Yo podría, pues, con entera sinceridad de escritor y siguiendo mi ininterrumpido uso de no escribir sino lo que creo hasta la raíz de mí mismo, haber magnificado ante el público europeo esa nación irritable. Es más, nadie que siga mi obra intelectual dudará de que tras esa frase sobre los resortes históricos de la Argentina se ocultan teorías sobre lo social y lo histórico que piafan en

puras ganas de expresarse. Mas yo la he reprimido y de todo ello enuncio sólo ese teorema sobre la vitalidad histórica de la Argentina, teorema que formulado en seco me compromete evidentemente ante mis lectores europeos, los cuales verán en él una paradoja y una arbitrariedad.

Cada cual se maneja con el aparato de su conciencia. La mía me invitaba a detener la alabanza a la Argentina. ¿Se quería que con loas pagase yo mi deuda? ¿Qué mi pago consistiera en hacer algo que la Argentina... me agradeciese? ¿Qué pagase ami acreedor haciéndole deudor mío? ¿Qué rescatase las antiguas «atenciones» dando motivo a otras nuevas?

Todo eso me parece ridículo, *petit bourgeois*, extemporáneo y repugnante. Pero, además, no es cuestión de que me parezca a mi bien o mal. Si para devolver a la Argentina el beneficio de su intromisión en mi vida yo tenía que colaborar en la suya y entrometerme en ella, el asunto quedaba fuera del área de mi elección. Todo vivir, individual o colectivo, es un hacer; más, precisamente, un hacerse. DE aquí que la vida se presente siempre, en su más íntimo y radical aspecto, como una tarea. Y si la conciencia no anda turbia, vemos con indomable evidencia el plano de esa tarea y en él el lugar y la porción de esfuerzo que nos corresponde. No hay más que una manera de colaborar en la vida de otro: arrimar resueltamente el hombro allí donde uno ve que hace falta.

Ahora bien, *yo he visto que hoy el problema más sustantivo de la existencia argentina es su reforma moral*. Me irrita este vocablo «moral»: me irrita porque en su uso y abuso tradicionales se entiende por moral no sé bien qué añadido de ornamento puesto a la vida y ser de un hombre o de un pueblo. Por eso yo prefiero que el lector lo entienda por lo que significa, no en la contraposición *moral-inmoral*, sino en el sentido que adquiere cuando de alguien se dice que está *desmoralizado*. Entonces se advierte que la moral no es una *performance* suplementaria y lujosa que el hombre añade a su ser para obtener un premio, sino que es el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficiencia. Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida y por ello no crea ni fecunda ni hinche su destino. Para mi la moral no es lo que el hombre *debe ser*, pero por lo visto puede prescindir de ser, sino que es simplemente el ser inexorable de cada hombre, de cada pueblo. Por eso, desde siempre y una vez más en mis conferencias últimas de Buenos Aires, cuando anunciaba yo un posible curso de Ética –que ya no se bien si haré– proclamaba como imperativo fundamental de la mía el grito del viejo Píndaro: *genoio hos eisi –llega a ser el que eres*.

*En este sentido*, el hombre argentino está desmoralizado y lo está en un momento grave de su historia nacional, cuando –después de dos generaciones en que ha vivido de fuera– tiene que volver a vivir de su propia sustancia en todos los órdenes: económico, político, intelectual. Tal es mi convicción madurada calladamente durante muchos años y que no es fácil hagan vacilar lo más mínimo las diatribas, insolencias y chistes de esos jóvenes intelectuales argentinos, que emplean en gesticulaciones narcisistas su tiempo, en vez de arrimar el hombro, como yo, sin posturas, sin «maneras», a la tarea de hacer una nación que, por fortuna no merecida de ellos, puede ser una formidable nación. ¿Saben esos jóvenes que emplean sus plumas más que para escribir –para esa soberana labor de crear que es el escribir– tan sólo, como el pavo real para hacer la rueda, saben esos jóvenes lo que es nacer en un pueblo que *puede ser una gran nación*? ¿Saben que hay muy pocos pueblos que puedan serlo?

Yo no podía elegir mi tarea. No he hecho más que aceptarla y comenzar a cumplirla. Es preciso llamar al argentino al fondo auténtico de sí mismo, retraerle a la disciplina

rigorosa de ser él mismo, de sumirse en el duro quehacer propuesto por su individual destino. Sólo así podrán modificarse la moral colectiva, el tipo de valores preferidos, el *standard* de virtudes y modos de ser, para que, prestigiados, informen con fértil automatismo, la existencia argentina.

Un primer empujón hacia esto significan mis páginas del *Espectador*. Son drásticas, son enojosas, son antipáticas. Pero dudo mucho que pueda conseguirse en otra forma esa llamada a fondo. Otra cosa serían unas páginas lindas para ser leídas, que atrajesen un aplauso hacia su autor. Pero no se trataba de una obra literaria -«El hombre a la defensiva» está mal escrito-, sino de una obra operante, que actuase inclusive sobre el que más hostil fuese a ella. Podrá haber en mi ensayo cuantos errores de detalle quieran encontrarse, pero su sustancia -el planteamiento de su propia intimidad como problema para el argentino- no puede borrarse ni sofisticarse: está ahí, operando ya como un alcaloide sobre el alma argentina, incluyendo la de los jóvenes literatos que me dedican el homenaje de un insulto.

Por lo mismo, no debo exagerar las proporciones de mi sacrificio. La convicción de haber intentado lo que mi destino me proponía me hace automáticamente impermeable a todos los denuestos y me anestesia por anticipado para todas las vulneraciones.

Ahora vendrán aquellos y éstas. Pero luego, andando no mucho tiempo, grupos de otros jóvenes de vida más auténtica -en alguna Universidad, en la misma sociedad patricia de la Argentina- pensarán de otro modo. Y yo he escrito esas páginas, con muchas más que a su hora verán la luz, para que acontezca primero lo uno y luego lo otro. Beethoven tituló una de sus sonatas: «Hacia la alegría por el dolor». Yo podía haber titulado estas páginas mías: «Hacia la gratitud por el insulto.»

## LOS «NUEVOS» ESTADOS UNIDOS

(Artículo publicado en *La Nación* el día 22 de marzo de 1931.)

En mis conferencias de Buenos Aires –1928- y luego en mi libro *La rebelión de las masas* he insinuado que, entre las causas de la depresión vital que Europa ha padecido durante estos años, la más curiosa de todas es una idea: la falsa idea de los Estados Unidos que dejó entrar en su mente. Pero esto requiere, para ser comprendido, una preparación.

Las ideas, es decir, las imágenes esquemáticas que de las cosas nos hacemos, representan en la vida un papel semejante al de esos planos mecánicos que con el automóvil suele entregar la casa constructora al cliente. El motor y sus órganos están representados por una serie de líneas puras que simplifican la realidad y facilitan su manejo. El hombre construye la idea con el propósito, deliberado o no, de fijar un modo de habérselas con la cosa. Si nouviésemos por inexorable sino que manejar las realidades en torno, no es verosímil que poseyésemos ideas. Aunque la naturaleza, arbitrariamente, nos hubiese dotado de inteligencia, yacería ésta en un rincón de nuestra persona, herrumbrosa y anquilosada, como en el desván la máquina fuera de uso. La pura contemplación no existe. Lo que el griego y el místico cristiano llamaban *vita contemplativa* no era tal, en rigor. Para uno como para otro la contemplación significó una efectiva manipulación de cosas, sólo que de *las últimas cosas*, de las realidades trascendentes: Dios, el universo, el sentido de la vida. El error del pragmatismo no radica en que considere las ideas como instrumentos, sino en que quiera reducir las cosas con que el hombre tiene que habérselas a lo perceptible y experimentable, lo que está a la mano y presente, el mineral, la planta, el animal, la estrella (Porque la estrella por muy lejos que esté está siempre también a la mano). Si así fuese, la vida resultaría faena fácil, tal vez resuelta con cierta plenitud hace milenios. Especies inferiores al hombre, como el chimpancé, tienen ya, según Köhler, capacidad instrumentífica y esto no sería posible si careciesen de vislumbre de idea. Es probable que las ideas del animal no sean estables y posean un carácter de ideas-relámpagos, de «ocurrencias» que no se solidifican en su mente y por esto no llegan a ser «ideas generales». Pero este defecto de su inteligencia se debe más bien a insuficiencia de otra facultad que no es el pensamiento: a falta de memoria. Acaso, acaso el animal es menos pensador que el hombre solamente porque recuerda menos que éste, porque retiene menos; en suma, porque es un distraído. Tiene, según esta hipótesis, excelentes ideas, pero no las sabe conservar, no las acumula y, como vive no ya al día, sino al minuto, está siempre en los rudimentos.

Digo, pues, que la vida del hombre sería cosa fácil y tal vez resuelta suficientemente desde milenios si nouviésemos que habérselas mas que con cosas materiales. Pero el hecho de que tenga una rica memoria le ha complicado sobremanera la existencia. Verán ustedes por qué rodeo tan imprevisto. La vida, lo mismo en el animal que en el hombre, es una faena que se hace hacia delante. Es afrontar la situación que en cada nuevo momento sobreviene. Propiamente hablando no se vive «ahora» ni «antes», sino en este inmediato futuro que en cada instante avanza hacia nosotros planteándonos problemas. Vivir es hallar la manera de conservarse en el momento próximo, en la circunstancia nueva. En este sentido tan elemental, vivir es sobrevivir. Ahora bien, esto supone que al llegar esta nueva circunstancia el ser viviente tiene que hacerse cargo de

ella y esto le obliga a interpretarla. No hay vida sin interpretación del contorno. Esta interpretación consiste en que el viviente ante la nueva circunstancia reacciona confrontándola con las pasadas que en su memoria conserva. De esta confrontación surge un esquema o figura ideal de la nueva situación en vista de la cual el ser viviente resuelve una actitud. Hay, pues, una construcción imaginativa del inmediato porvenir, de lo que va a pasar, de lo que va a ser el contorno en relación con el sujeto. Parecerá extraño, pero es la pura y simplicísima verdad: vivir es una obra de imaginación. Mas, como es sabido, la imaginación es el reverso de la memoria. Desarticula el material de imágenes recibidas y lo articula en combinación con las percepciones o imágenes presentes. De aquí que cuando se tiene poca memoria no se puede tener mucha imaginación. El animal que recuerda poco opone a la situación presente poca reacción constructiva, es decir, que casi no interpreta, añade muy poco de su minerva propia a los puros hechos que tiene delante y, sobre todo, reduce el porvenir hacia el cual se prepara al mero instante inmediato. En cambio, cuando el hombre imagina lo que va a venir, la nueva situación que sobrellega, el futuro que avanza sobre él, anticipa largamente basándose en el largo pasado que conserva. Se comprende que existe una correlación entre la cantidad de futuro que se anticipa y la cantidad de pasado que se recuerda. Por eso el hombre maduro es menos resuelto ante cada nueva situación: ve en ella no sólo su superficie inmediata e instantánea, sino sus consecuencias. Como el buen jugador de ajedrez al mover una pieza, tiene la profética intuición de las innumerables jugadas que puede provocar. El «mañana» tiene para cada ser viviente distinto espesor según sea de espeso el «ayer» que conserva en la reminiscencia.

De esta suerte, la repleta bodega de los recuerdos obliga al hombre a imaginar un futuro vastísimo que, a veces, es toda su vida posible y todo el mundo en que ha de moverse. Para dar un paso tiene que anticipar todos los demás e idear el camino y esquematizarse el universo en un plano topográfico. No tiene duda: el hombre por su esencia misma se complica la vida, y cuánto más hondo sea su vivir y más auténticamente humano, la complicación es mayor. ¡Y todo por esa venturosa desdicha de poseer una formidable imaginación!

El chimpancé no tiene que preocuparse más que de buscar ahora el plátano hacia el cual siente apetito. Vive así de momento en momento, como en pespunte. Pero el hombre al imaginar su vida entera hace que ésta grave sobre el paso singular que ahora va a dar. ¿Para qué darlo? —se pregunta—. Para dar luego tal otro —se responde— y así sucesivamente. Y cuando ha imaginado el último paso, cuando ha anticipado la totalidad de su vida, se encuentra con que su imaginación le fuerza a salir de ella y preguntarse: ¿Para qué toda mi vida? ¿Qué sentido tiene mi vivir?

El hombre es el único viviente que para vivir necesita darse razones de existir. La cosa es increíble, pero indubitable, pero inexorable. La vida humana necesita —quiera o no justificarse a sus propios ojos. Sólo podemos vivir apoyados en ciertas ideas sobre nosotros mismos y el más o menos de vida —su energía, intensidad, eficiencia— depende del *coup de champagne* que esas ideas logren darnos.

Supóngase un hombre que ha ejercitado un enorme esfuerzo para lograr la creación de algo. ¿De dónde ha manado ese esfuerzo? Evidentemente de la fe que tenía en el valor de ese algo y la convicción de que sólo mediante ese esfuerzo se podía conseguir. Pero he aquí que de pronto, a su vera, otro hombre logra crear otra cosa mejor aún y con una plenitud, una sencillez y precisión de medios, sobre todo, con una facilidad y seguridad radicalmente superiores. No hay duda de que esta averiguación producirá completo desánimo en el primero. Con esfuerzo incomparablemente mayor sólo ha obtenido un resultado incomparablemente inferior. Eso dejará en él la impresión de que no puede

luchar más, que se ha equivocado y que aquel otro hombre pertenece a una especie cualitativamente distinta y para el cual, desde luego, no existen las dificultades y problemas en que quedó enterrado su esfuerzo.

Pues este ha sido el estado espiritual de Europa durante unos años frente a los Estados Unidos. Creyó ver que un pueblo joven, sin necesidad de larga preparación, de angustias, de luchas, conseguía crear un tipo de vida nueva, dentro del cual quedaban eliminados casi todos los azares, fallas y lacras que los conocidos hasta ahora habían siempre arrastrado. Imagen tal disminuía automáticamente la idea heroica de sí mismo que durante siglos había mantenido al europeo en la brecha de las esforzadas creaciones. Tenía que perder fe en su obra y en sus propias cualidades. Seres de condición nativamente superior venían a implantar una vida nueva, cuyo nivel inferior se hallaba desde luego muy por encima de toda la historia humana antecedente. Era inevitable que Europa comparando su realidad con esa imagen del norteamericano, se sintiese como un definitivo e irremediable pasado. Se vive, decía yo, de la idea que uno tiene de sí mismo, pero en ésta interviene siempre, más o menos, la idea que tengamos de los demás. Si de los demás tenemos una idea demasiado buena, cuanto somos o hacemos nosotros nos parecerá despreciable, y este desprecio reflejo, actuando hora tras hora sobre nosotros, acabará por aflojar nuestra tensión vital.

Ahora bien, si esta idea que Europa tuvo de América durante estos años fuese cierta, pasada esa etapa de depresión, habría sido fecunda. La nueva vida superior habría acabado por refluir sobre nuestro continente y el europeo se hubiera sometido, con renovada ilusión, a la disciplina de este otro hombre auroral. No es posible que una nueva calidad humana de auténtico valor positivo produzca sólo efectos negativos. Norteamérica debía haber sido a estas horas como una inyección puesta al viejo mundo. Ahora bien, no ha sido así.

1930 será probablemente una fecha de suma importancia. En ella hace crisis la idea falsa sobre América que el europeo aceptó en un momento –y sincrónicamente, el americano inicia la duda sobre sí mismo. La consecuencia es inexorable: comienza una etapa de depresión americana y de resurgimiento europeo.

El cambio en la imagen de los Estados Unidos aparece muy claro en algunos libros recientes que conviene analizar.

## SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS

(Artículos publicados en el diario *Luz*, de Madrid, con fecha del 27, 29 y 30 de julio de 1932, y en *La Nación*, de Buenos Aires, con fecha del 11 y 12 de agosto, y 16 de septiembre.)

En 1928, hablando en Buenos Aires, insinuaba yo para quien quisiese entenderme –el entender es una operación que depende mucho más de la voluntad que del entendimiento– algunas objeciones a los Estados Unidos. Era aquella la fecha de su máximo triunfo. Apenas vuelto a España, en comienzos de 1929 comencé a escribir *La rebelión de las masas*, donde ataco ya de frente el tema y me revuelvo contra la opinión entonces imperante. La ceguera de la gente, incluso de los que presumían ser los «mejores», me causaba irritación y pena. La realidad de los Estados Unidos me parecía tan clara, compuesta de ingredientes tan sencillos, que juzgaba ilícita la ofuscación de las viejas cabezas europeas. Cada cual tiene obligación de poseer sus propias virtudes, sus virtudes titulares y no otras cualesquiera, sin afinidad con su condición fundamental. Así, estas viejas cabezas europeas no tienen derecho a ser ingenuas. La ingenuidad en el viejo se llama chochez. Las cabezas europeas vienen afilándose desde hace muchos siglos en el asperón de la historia y están obligadas a usar los ojos con agudeza, a no detenerse infantilmente en la superficie aparente, sino a perforar ésta y deshacer las ilusiones ópticas en que se complace la naturaleza. Köhler, en sus estudios sobre los antropoides, ha demostrado que el tamaño de la inteligencia depende del tamaño de la memoria. Los europeos están obligados a ser muy inteligentes, porque son los hombres actuales de más larga memoria. De otro modo sucumbirían, porque no es fácil que puedan poseer con plenitud las virtudes de la mocedad. Los pueblos nuevos pueden, sin grave riesgo, ser menos inteligentes porque son jóvenes.

Como paletos, los viejos europeos se colocaban con la boca abierta ante los Estados Unidos. Su ascensión portentosa, su exuberante riqueza, su eficacia no eran interpretadas como manifestaciones de una hora favorable que pasaba sobre un pueblo, sino como síntoma de una capacidad colectiva radicalmente superior a la de todos los pueblos que hasta ahora han existido. Se creía, ni más ni menos, que los norteamericanos habían colocado, de una vez para siempre el nivel de la vida humana a una altura sustancialmente –y no sólo accidentalmente– superior, en virtud de lo cual ya no podrían pasar ciertos males –como crisis económicas, etc.– que habían sido inexorable azote de las anteriores civilizaciones. Los norteamericanos, con su petulancia juvenil, decían esto, y al decirlo o creerlo estaban en su derecho. La juventud tiene derecho a creer que ella ha resuelto todos los problemas de la vida que las generaciones anteriores no consiguieron dominar. Si no creyesen esto, ¿cómo podrían vivir?, ¿cómo iban a sentir justificado su carácter, su ser de «nueva» generación? El que ha caído en la cuenta –descubrimiento esencial filosófico– de que la vida humana, toda vida humana, *no puede vivir sin justificarse a sí misma* en el sentido riguroso de que esa justificación constituye un componente esencial, *imprescindible de toda vida*, posee una clave para muchos secretos de nuestra existencia. Individual y colectiva, la juventud *necesita* creerse, *a priori*, superior. Claro que se equivoca, pero tiene derecho a equivocarse impunemente.

Los norteamericanos tenían derecho a decir y pensar que ellos eran y son sustantivamente superiores a los pueblos más viejos, pero los pueblos más viejos no

tenían derecho a creerlo. Cuando aquellos aseguraban que habían logrado para siempre la evitación de las crisis económicas con su «moneda dirigida», los economistas europeos no debieron pasar a creerlo. Y, sin embargo, lo aceptaron y se sobrecogieron ante aquella superioridad tan arrolladora como imaginaria.

El esnobismo europeo se entregó con armas y bagajes al entusiasmo por los Estados Unidos y a la denigración del viejo continente. El esnob aprecia una cosa, no por convicción directa de su valor, sino por que ve que es apreciada por los demás, esto es, porque ha triunfado ya o se presume que va a triunfar. Hay mucho de vileza en este esnobismo.

Después de *La rebelión de las masas* se publicó el libro de Keyserling *América*, un libro lleno de intuiciones certeras. Yo quise entonces tratar el asunto en todo su desarrollo. Inicié la versión de ciertas obras que aportaban datos precisos e importantes sobre los cuales podía operar una rectificación de las ideas europeas en torno a Estados Unidos, entre ellas la de Carlota Lütkenes –*El Estado y la Sociedad en Norteamérica* (Revista de Occidente, Madrid, 1932.). Apoyándome en todo ello, proyecté una larga serie de artículos bajo el título de *Los «nuevos» Estados Unidos*, de los cuales sólo el primero apareció en *La Nación*, de Buenos Aires. Estos «nuevos» Estados Unidos significaban la «nueva» idea rectificadora que sobre aquel país proponía yo a los europeos y a los sudamericanos. No pude continuar el trabajo aquel. La política española se apoderó de mí, y he tenido que dedicar más de dos años de mi vida al analfabetismo. (La política *es* analfabetismo.) Entre tanto, los Estados Unidos, con una celeridad superior aún a mis cálculos, se han derrumbado como figura legendaria, y hoy todo el mundo sabe que sufren una crisis más honda y más grave que ningún otro país del mundo.

La ingenua apreciación de la realidad norteamericana por parte de los viejos europeos me causaba –he dicho– irritación y pena. Pero no he dicho que me causase sorpresa. Porque sé de dónde viene el error y por qué el europeo se coloca ante un hecho como los Estados Unidos intelectualmente indefenso.

Se trata de una añeja manía mía, de uno de los temas más antiguos y constantes en mi pensamiento: la ignorancia que se padece sobre una categoría histórica de primer orden y, sin embargo, nunca estudiada a fondo. Esa categoría es «el mundo colonial». Ya en mi primer viaje a Buenos Aires, en 1916, toqué ese asunto en mi primera conferencia en la Facultad de Filosofía cuando presentaba yo la aparición de la filosofía en la tierra «como una aventura colonial». La filosofía, que es un hecho griego, no brota, sin embargo, en Grecia, sino en las colonias asiáticas e italianas de Grecia.

Una y otra vez he insistido para atraer la atención de los meditadores ante este gran modo de vida humana que aparece en las altitudes más diversas de la historia y que se llama «vida colonial». ¿Por qué no se ha estudiado este gigantesco fenómeno en toda su amplitud? No se trata de la «colonización» que es lo menos interesante y el preámbulo de lo demás: se trata de la «existencia colonial» después de la estricta colonización. Para ir a fondo en el tema, fuera menester investigar todas las áreas del globo y todas las grandes etapas históricas. Pero aún sin penetrar en las formas coloniales de Oriente –de los malayos, por ejemplo–, aun reduciéndonos a nuestra porción occidental, tendríamos que comparar estos diferentes estadios: la colonización griega, la romana, la de los árabes, la de Europa en Norte y Sudamérica, la de Australia, la africana (Rhodesia). La variedad de estas manifestaciones nos permitiría extraer la figura de la vida colonial. Entonces notaríamos que tras ese nombre se oculta una forma específica de existencia humana que posee su fisiología y su patología propias.

## II

Habría, pues, que definir la «vida colonial» no como ha sido acá o allá, sino en su estructura esencial, aislando el número de atributos que tiene y ha tenido siempre, cualesquiera sean los pueblos que la han vivido y los tiempos en que se produjo. Claro es que pueblos y tiempos tonalizan variamente aquél núcleo, siempre idéntico. Pero lo importante sería fijar éste con toda claridad, dejando en segundo término los tonos y matices diversos. Aún reducida la cuestión a América –decía yo en Buenos Aires hace muchos años-, es preciso descender al hecho común americano más allá de las diferencias del norte, centro y sur. El asunto urge porque pronto va a dejar América de ser «vida colonial».

Con esto insinúo ya un primer carácter de esta forma de vida humana: que es sólo etapa, período, momento hacia otra. La «vida oriental», la «vida antigua», la «vida europea» duraron o durarán más o menos milenios, pero aunque no quedase de ellas rastro serían en sí mismas imperecederas, intransitorias, por la sencilla razón de que no son tránsito a otra vida, sino que terminan dentro de sí mismas. La vida colonial, en cambio, lleva dentro de sí la inexorable condición de desembocar en otra forma de vida que es ya estable –la vida autóctona.

Con esto nos hallamos ya en un segundo carácter: la vida colonial es la no autóctona. Es decir, que el hombre que la vive no pertenece al espacio geográfico en que la vive. Pero dicha así, la cosa no está clara. Porque no toda emigración, no toda invasión es colonización. No basta pues, que un pueblo caiga en un espacio distinto de aquel en que nació y se desarrolló para que se produzca el fenómeno «colonia». Hay una forma histórica de incongruencia entre hombre y espacio o tierra, que es precisamente lo inverso de una colonización. Cuando los *bárbaros* pasan el *limes* romano y se instalan en aquellas tierras hipercivilizadas, no sólo pasan de un espacio a otro, sino de un tiempo a otro. La tierra no es sólo espacio, sino tiempo. Cada tierra está en un cierto estadio de «cultivo», de civilización, según sean los hombres autóctonos que al habitaban. La inseparabilidad de espacio y tiempo que la física actual nos enseña, vale también para la historia y la geografía. Cuando el *bárbaro* entra en tierra romana pasa de una tierra históricamente más joven a una tierra históricamente más vieja. El *bárbaro* pues, se avejenta de modo automático y traspasa su mocedad a las viejas razas invadidas por él. Sufre el anacronismo entre la edad de su organismo vital –que es juvenil- y la de la tierra donde irrumpe, que es senescente.

Este factor de anacronismo es el que da todo su valor al carácter de no-autoctonía anejo a la «vida colonial». Solo que aquí el anacronismo es inverso: hombres de pueblo viejos y muy avanzados en el proceso de su civilización caen en tierras menos civilizadas, es decir, históricamente más jóvenes. David se acuesta con la Sunamita. El *colonizador* se rejuvenece de modo automático.

Por lo pronto no hay que pensar en ningún influjo misterioso de la tierra nueva a que el colonizador llega. Lo que esta tierra tiene de nueva es que, *relativamente a las capacidades del emigrante*, está vacía, esto es, inexplorada. La habita una raza tan distante en altitud humana del recién llegado, tan inferior, que éste no siente su presencia como si conviviese con él. Su impresión es de soledad en medio de espacios inmensos, atestados de promesas. Además, de hecho han solido ser las áreas coloniales de muy escasa población nativa.

Con esta basta para explicar el rejuvenecimiento. Imagínese el lector trasladado solo o con pocos de sus afines a un territorio muy remoto, de enorme extensión y deshabitado. Llega con las superiores técnicas intelectuales que una civilización muy desarrollada ha puesto en él y con algunos de los instrumentos eficientísimos que esa civilización ha creado. En cambio los problemas de su vida cambian. En la metrópoli eran éstos los propios de una civilización avanzada; en la tierra nueva tiene que volver a plantearse los problemas más primitivos. Es decir, que su existencia colonial consiste en el anacronismo entre un repertorio de medios muy perfectos y un repertorio de problemas muy simples. Sin perder ninguna definitiva ventaja ha descendido unos siglos abajo, se ha instalado en una zona vital más fácil. Consecuencia: sentimiento de prepotencia. El mismo hombre se siente en la nueva tierra más capaz que en la antigua. Primer síntoma de juventud: sentir sobra de poderío. En rigor, petulancia. ¿no es extraña la coincidencia de todas las colonias –cualesquiera fuesen los pueblos originarios y las civilizaciones matrices-, la coincidencia es la petulancia?

Pero mientras la exhuberancia de los medios en comparación con los problemas reanima al hombre colonial insuflándole una sensación de prepotencia, acontece que el primitivismo de los problemas, del medio vital en que cae –la selva, el campo «virgen», la soledad-, tira de él hacia atrás, hacia lo primitivo.

A los cinco o seis años –y no más- de vivir en la tierra nueva y solitaria, el lector y sus afines notarían una extraña simplificación de su ser. Los refinamientos íntimos, las complejidades se habrían atrofiado por completo al no ser refrescados por el uso, y las reacciones elementales solicitadas por el contorno se robustecerían sorprendentemente. El colonial es siempre, en este sentido, un retroceso del hombre hacia su relativo primitivismo en cuanto afecta al fondo de su psique, pero conservando un *outillage* material y social –es decir, cuanto afecta al orden externo- de plena modernidad. Esta duplicidad que le proporciona su constitucional anacronismo produce la ilusión óptica en que ahora ha caído Europa al juzgar a los Estados Unidos.

Insisto en que el cambio producido en el hombre por el nuevo medio colonial es como fulminante. Me parece errónea la tendencia del siglo pasado a exigir largos periodos para explicar estas modificaciones. Yo he procurado reunir datos sobre los primeros años de las colonias hispanoamericanas con ánimo de fijar cuándo se inicia en el hombre viejo metropolitano la conversión en el nuevo hombre colonial. Y con gran sorpresa voy averiguando que ni siquiera es preciso aguardar a la próxima generación nacida ya en el nuevo espacio, sino que el mismo colonizador, si permanece unos años tierra adentro, sin frecuente contacto con nuevas promociones de emigrantes, comienza a los cinco o seis años a ser un ente distinto del que era.

Últimamente leía yo el minuciosísimo libro de fray Pedro de Aguado que se titula *Historia de la Provincia de Sancta Marta y nuevo reino de Granada*. Se advierte que el autor ha conocido los colonizadores de la primerísima hora y que de ellos ha recibido directamente las noticias. Pues bien, en cuanto su historia avanza cinco años desde el primer paso en la conquista de estas tierras, el lector –aunque, claro está, no el autor- nota que los personajes a quienes conoce desde las primeras páginas se han vuelto fauna imprevista. Son ya otras gentes. Empezando porque visten ya de un modo original impuesto por la adaptación a nuevas necesidades. El soldado no necesita ya la pesada coraza contra las flechas de los indios. Es más sencillo y eficaz rodearse el cuerpo con una felpa guateada que embota los acentos circunflejos de las saetas. Para un español recién llegado, aquellos compatriotas, que acaso habían sido en la Península sus amigos, se habían hecho, hasta en su aspecto físico, unos seres extraños al presentarse con tan fantástico atuendo. Pero son más graves e interesantes las modificaciones íntimas. Estos

emigrantes de hace un quinquenio se sienten unidos ya al nuevo terruño, han quedado adscritos a él y, viceversa, lo creen suyo. Un sorprendente «patriotismo» colonial germina ya en ellos y dentro de él se percibe ya el fermento separatista. Tienen sus usos nuevos y, sin embargo, suficientemente consolidados, otra moral, otras valoraciones. Todo ello se expresa en una evidente antipatía y un sorprendente desprecio hacia los que llegan de refresco y son llamados «chapetones». Esta vertiginosidad del cambio parecerá increíble. También a mi me lo parecía, pero si el lector es curioso e investiga con ojo avizor los primeros años de toda colonia se encontrará casi seguramente con datos que le fuercen a conocer la subitaneidad de la transformación. Es más, no creo imposible que por medios ingeniosos, pero fehacientes, se consiguiera demostrar que basta este primer lustro de existencia propiamente colonial —esto es, posterior a la estricta conquista— para que se inicie la mutación fonética y léxica en el lenguaje. Es decir, que el criollismo idiomático comienza, desde luego, a brotar y que no es necesario esperar el transcurso de varias generaciones. Todo ello confirmaría que no valen para el fenómeno colonial las mismas leyes que rigen en las otras formas de emigración y mezcla de pueblos.

### III

Según nuestra ecuación, el hombre colonial es el hombre de una raza antigua y avanzada cuya intimidad ha recaído en el primitivismo mientras su dintorno vital goza de plena civilización. Este anacronismo viviente, esta duplicidad constitucional motiva la perenne ilusión óptica que el americano produce. Nuestra sinceridad advierte, queramos o no, una extraña desazón en el trato con él. Ninguna de las posturas que ante él adoptamos es suficiente. Siempre tenemos que completarla con la contraria. Y es que las dos zonas de su ser, la periférica y la íntima, tienen distinta cronología.

Hay una imagen errónea que desorienta nuestra comprensión del hombre en general. Suponemos que la personalidad humana se forma partiendo de un núcleo central, que es lo más íntimo de ella, el cual, creciendo, engrosándose y perfeccionándose, llega en su periferia a constituir nuestro yo social, aquello de cada uno de nosotros que da hacia los demás. La verdad, sin embargo, ha sido siempre lo contrario. Lo primero que del hombre se forma es su persona social, el repertorio de acciones, normas, ideas, hábitos, tendencias en que consiste nuestro trato con los prójimos. Y puede llegarse —es precisamente el caso del americano— a poseer una personalidad social muy civilizada, muy estimable y llena de virtudes o, al menos, destrezas, cuando aún la intimidad casi no existe. Tendríamos entonces que la persona podría representarse por su esfera hueca. La pared de la esfera —el espíritu social de la persona— es más o menos gruesa, pero, al cabo, hay tras ella un vacío central. Conforme progresa la planificación de su cultura personal, la pared crece hacia dentro, va creando capas más internas del individuo. El término ideal del desarrollo sería que la esfera espiritual en que consiste la persona fuera maciza y compacta.

Nótese que ambas espiritualidades, la periférica y la íntima, son de muy distinto rango. Aquella está integrada por lo recibido y mostrenco. Son las ideas que piensa todo el mundo, los impulsos de conducta que el ambiente imprime en todos por igual, las preferencias y repulsiones comunes. Se trata, pues, de la forma inferior de espiritualidad, en que ésta se confunde casi con lo mecánico. En cambio, la intimidad comprende sólo los pensamientos que el individuo crea o recrea por sí, las actitudes morales que nacen con plena independencia en la sociedad original de su ser, aparte de

los prójimos. Todo esto, que es lo más valioso, última potencia del espíritu, es lo que tarda más en formarse dentro de la persona y es lo que estimamos. En definitiva, se trata de los criterios decisivos –intelectuales, morales, etc.- y sólo cuando el hombre posee en su fondo estos criterios propios, firmes, que son su sustancia inalienable, decimos que es plenamente una persona. El que solo posee el repertorio de modos recibidos solo funcionará con corrección en las situaciones rutinarias previstas por ese repertorio. Colocadlo en una situación nueva y no sabrá qué hacer, su reacción será torpe, porque no puede recurrir al fondo creador de sus criterios propios.

En los pueblos primitivos, como es sabido, no existe la persona individualizada. Todos los salvajes de una tribu son espiritualmente iguales. Dirán las mismas cosas, sentirán idénticos apetitos, se comportarán de parejo modo. Habrá entre ellos diferencias temperamentales, pero no espirituales. La reacción intelectual del uno ante cualquier problema será la misma que la del otro. La razón de esto es que el salvaje no tiene intimidad, que es esfera hueca, persona social y nada más. Por eso nos presentan el tipo de hombre estandarizado.

Que el norteamericano sea un hombre *standard* no obedece, pues, a ninguna condición peculiar ni de la forma de su civilización ni de su sistema educativo, sino que es síntoma inmediato de su primitivismo. Sufre todavía este hombre de vacío interior. Cuando en nuestro trato con él avanzamos de lo externo hacia su intimidad advertimos claramente que pierde valor lo que de él vemos. Por lo mismo, no es tampoco nada peculiar la impresión de vacuidad que deja en nosotros el tipo medio de la mujer norteamericana. Contrasta sorprendentemente el pulimento físico de su cuerpo y aderezo exterior, la energía y soltura de sus maneras sociales con su nulidad interna, su indiscreción, su frivolidad e inconsciencia. Al ensayar el europeo intimar con una de estas mujeres, cuyo dintorno es tal vez el más atractivo que hoy existe en el mundo, realiza la experiencia de laboratorio que mejor confirma la doctrina sustentada por mí. Porque el amor es precisamente un viaje hacia lo íntimo, es el afán de abandonar la periferia del ser amado que se ofrece por igual a todo el mundo y apoderarse de su intimidad latente, secreta, que sólo a uno puede entregarse. Y la experiencia desoladora que hace ese europeo enamorado de la norteamericana es que al dejar atrás la persona social de la mujer –lo que antes he llamado la pared de la esfera-, en el momento, a un tiempo delicioso y dramático, de capturar la intimidad espiritual de la amada, se encuentra con que no existe, con que lo que ha dejado atrás es lo único que hay. La mujer norteamericana es el ejemplo máximo de la incongruencia entre la perfección del haz externo y la inmadurez del íntimo, característica del primitivismo americano.

Sería un defecto del lector y no mío que subentendiese bajo estas calificaciones censura o desestima del modo de ser americano. Con el mismo derecho podía entenderse en sentido peyorativo el atributo de juvenilidad aplicado a una persona. Porque es evidente que entendido a fondo este atributo, junto a las envidiables virtudes de la juventud designa también su constitutiva manquedad. Ser joven es no ser todavía. Y esto, con otras palabras, es lo que intento sugerir respecto a América. América no es todavía.

Por eso, en medio de grandes aciertos, considero un error que Keyserling se coloque ante América del Norte o América del Sur e intente decirnos lo que son, como si se tratase de pueblos viejos, cuyo espíritu ya es macizo y vive desde el centro radical de sí mismo. Este error le lleva a tomar como rasgos característicos modos transitorios y mostrencos de la vida colonial. ¿Es tan seguro, por ejemplo, que el americano del Sur está constitutivamente unido a la tierra mientras el del Norte no tiene relación profunda con ella? ¿Hubiera dicho lo mismo Keyserling si su viaje hubiese acontecido en 1860?

No; todavía no se puede definir el ser americano, por la sencilla razón de que aún no es, no ha puesto irrevocablemente su existencia a un naípe, es decir, a un modo de ser hombre determinado. Aún no ha empezado su historia. Vive la prehistoria de sí mismo. Y en la prehistoria no hay protagonistas, no hay destino particular, domina la pura circunstancia. América no ha sido hasta ahora el nombre de un pueblo o de varios pueblos, sino que es el nombre de una situación, de un estadio: la situación y el estadio coloniales.

De aquí que me pareciese imperdonable la confusión padecida por Europa al creer que América podía representar una norma nueva de vida. Es como si el viejo, ante la nueva generación, dijese: «¿Diablo, estos chicos han inventado una cosa inaudita y formidable: los veinte años!» En efecto, esto es lo único que nos sería conveniente imitar de América, su mocedad, pero es al mismo tiempo lo que, desgraciadamente, no se puede imitar. En cambio, Norteamérica va a comenzar ahora a imitarnos en lo más fundamental: a hacer historia, a entrar en las angustias que a todo pueblo esperan más allá de la etapa primitiva. Porque, no se le de vueltas, vida colonial quiere decir, ante todo, vida *ex abundantia*, e historia, vida precaria, vida bajo la presión inexorable de un destino limitado.

## APÉNDICE

(Inédito. Estos dos textos constan en manuscrito de Ortega, y posiblemente pertenezcan a un cuarto artículo de la serie precedente, al parecer, no acabado.)

No sé si va traspareciendo con suficiente precisión el perfil de eso que llamo «hombre colonial». Por un lado, al afirmar que la vida colonial no es una situación históricamente definitiva –ni aún en el sentido relativo de todo lo histórico- sino sólo una situación y un estadio, me opongo a que se hable de pueblos americanos con la plenitud significativa que tiene la palabra «pueblo», referida a los autóctonos. Pero al final de mi artículo anterior mostraba que esto no me lleva a escatimar originalidad ni peculiaridad al hombre colonial; antes bien, con un radicalismo que no he encontrado ni siquiera en los americanos más «patriotas», enunciaba mi sospecha de la prontitud con que al tocar la tierra nueva se produce una modificación sustancial en el hombre de las razas viejas. Lo que sostengo –y esta sutiliza es para mi lo importante, lo decisivo en la cuestión- es que esa peculiaridad indiscutible no actúa ni se desarrolla de modo apreciable en la historia del hombre colonial hasta que no ha dejado de ser hombre colonial, es decir, hasta que no ha traspasado la situación y estadio que es la colonia. A mi juicio es ahora, precisamente ahora –ya veremos por qué- cuando la América del Norte sale de esta situación. Acaso en esta superación de la etapa colonial le ha precedido México. ¿Porqué esa peculiaridad indiscutible no actúa mientras el hombre vive colonialmente?

Partiendo de la idea de «destino» podía haber intentado una definición de la vida colonial más honda. Pero nuestro tiempo ignora lo que es el destino. Se halla más lejos que ninguna otra época de esa realidad, la más sutil, pero –sin exageración- la más fundamental. Porque destino no es principalmente el conjunto de fatalidades externas que coartan nuestra existencia, sino, por el contrario, la fatalidad más etérea e íntima, tal vez que cabe imaginar. En mi artículo sobre Goethe, publicado no hace mucho en *La Revista de Occidente* (abril 1932) desarrollo esta concepción del destino. Cada cual es un programa de vida determinado, programa que él no elige, sino que encuentra inexorablemente al encontrarse consigo mismo. Como que el verdadero «si mismo» de cada cual no es ni su cuerpo ni su alma sino «aquel personaje que tiene que ser, que realizarse». Y el destino lo es tanto más cuanto más preciso, menos canjeable sea ese programa vital. Si en la vida de un hombre distinguimos las etapas de las edades, notamos que durante la juventud el destino es más impreciso, deja más holgura. El joven, mientras es joven, «puede» ser muchas cosas, no sólo porque las circunstancias externas le dejan mayor margen, sino porque su propio ser, su vocación, es aún multiforme, plural. Un hombre joven es una encrucijada de posibles trayectorias vitales que en ese punto de su existencia podrá tomar con igual autenticidad. Este privilegio del joven que le permite ser con la misma sinceridad muchas cosas, a veces entre sí inconexas, es el reverso de su condición básica: no ser efectivamente nada, todavía.

Pues bien, la vida colonial es holgura e imprecisión del destino íntimo. Por eso tiene el hombre colonial una sensación de la existencia más ligera, ingrávida, que el hombre propiamente metido en la historia. El destino, cuanto más preciso, pesa más. La vida crece en pesadumbre conforme va precisándose. ¿No es característico de América la indecisión de las vocaciones? La facilidad con que en América se salta de una a otra profesión no procede sólo de motivos externos, sino que tiene una de sus causas en la

indecisión del destino íntimo, menos riguroso y por lo mismo, menos pesado que el que gravita sobre los hombros de áreas históricas viejas.

## LO QUE MÁS FALTA HACE HOY

(Versión taquigráfica de una emisión por Radio Madrid a Buenos Aires el 29 de mayo de 1935. Publicada en el libro *Diez maestros*. Buenos Aires. 1935.)

Envido mi voz; la envido porque de un brinco se planta ahora en vuestra tierra, y se está ya estremeciendo en ese aire argentino, tan excitante, tan eléctrico. Es en verdad una pena que no sea posible cabalgar la propia voz para andar ahora entre vosotros, paladeando el sabor que tiene la vida americana, especialmente la argentina, un sabor que nadie ha definido bien todavía y que, en nosotros, los viejos europeos, por lo menos en mí, despierta siempre como un nuevo apetito de existir; pero no hay remedio, yo tengo que quedar aquí, adscrito a mi vida castellana que en estas horas de mayo hace un esfuerzo extremo por florecer. Sólo mi voz va flotando a vuestro derredor, recorre vuestros campos, la ciudad, entra en un bar para ver si gentilmente hay alguien que le ofrezca un copetín, y, sobre todo, se filtra en la intimidad de las casas donde están reunidos los familiares, los amigos, con la aparente inacción del que escucha, pero sin poder reprimir esas miradas justas, inteligentes, esos relámpagos que lanzan de pupila a pupila, y que son opiniones fulminantes sobre lo que digo, sobre cómo lo digo, sobre por qué lo digo. Pero sería vano que yo me extenuase en el intento de dar presencia a mi persona allí donde ahora suena mi voz. La radio inevitablemente presta a la voz un carácter anónimo, impersonal, casi extrahumano; la convierte en voz de nadie. Y como deseo no haceros perder por completo vuestros minutos, que los tenéis tan contados en vuestra ciudad, voy a aprovechar la audacia que ese anonimato me proporciona, y disfrazado de nadie, deciros qué es lo que hoy hace más falta.

Ya veréis como eso que más falta hace hoy no es nada brillante. Es más. Veréis como precisamente porque no son cosas brillantes son las que más falta hacen.

Nuestro mundo occidental, y de paso casi todo el resto del mundo, se encuentra en una de esas situaciones, la más grave, tal vez, de las más graves, cuando menos, que recuerda la Historia. Comprenderéis que no me refiero con eso a la famosa crisis económica ni a la situación de paz internacional ni a nada dentro de este orden ni nivel. A ninguna de esas cosas, de por sí verdaderamente y especialmente graves. La Historia está llena hasta los bordes de guerra, y la crisis constituye aproximadamente, en un día si y otro no, una parte de la Historia. Más aún: eso que llamamos la crisis actual, para sí lo hubieran querido casi todos los siglos del pretérito. Nuestra penuria les habría parecido abundancia y delicia. La cosa es sobremanera extraña. Nunca, ni de lejos, han contado estos pueblos de Occidente, y en general la humanidad, con más medios ni facilidades para vivir. ¿Cómo se explica, entonces, esa radical desazón? Parece evidente que la causa debe ser muy honda, secreta y sutil. Y si queremos de verdad desentrañarla nos es preciso descender a las profundidades de la convicción humana y hacernos bien cargo de la extrañísima realidad que es el hombre.

El hombre no tiene otra realidad que su vida. Consiste en ella. Ahora bien: no nos hemos dado nosotros la vida, sino que ésta nos es dada. Nos encontramos de pronto en ella sin saber cómo ni por qué. Pero esa vida que nos ha sido dada, no nos fue dada hecha, sino que tenemos que hacérsela nosotros, cada cual la suya. Se trata de una elemental e inexplicable perogrullada. Para vivir tenemos que estar siempre haciendo algo, so pena de sucumbir. La vida es quehacer; si, la vida da mucho quehacer, y el mayor de todos averiguar qué hay que hacer. Porque en todo instante cada uno de

nosotros se encuentra ante muchas cosas que podría hacer, y no tiene más remedio que resolverse por una de ellas. Mas, para resolverse por hacer esto y no aquello tiene, quiera o no, que justificar ante sus propios ojos la elección, es decir, tiene que descubrir cuál de sus acciones posibles en aquel instante es la que da mayor realidad a su vida, la que posee más sentido, la más suya. Si no elige, sabe que se ha engañado a sí mismo, que ha falsificado su propia realidad, que ha aniquilado un instante de su tiempo vital, por cuanto, como antes dije, tiene contados sus instantes. No hay caso de misticismo alguno; es evidente que el hombre no puede dar un solo paso sin justificarlo ante su propio íntimo tribunal.

Cuando dentro de unos minutos dejéis de escucharme, tendréis que decidir en qué nueva cosa vais a ocuparos; y para decidirlo, veréis surgir ante vosotros la imagen de lo que tenéis que hacer esta tarde, que a su vez depende de lo que tenéis que hacer mañana, y todo ello, en definitiva, da la figura general de vida que os parece que es la más vuestra, la que tenéis que vivir para ser lo que más auténticamente sois, de suerte, que cada acción nuestra nos exige que la hagamos brotar de la anticipación total de nuestro destino y derivarla de un programa general trazado en nuestras existencias, como el matemático deriva sus teoremas del cuerpo de sus axiomas. Y esto vale lo mismo para el hombre honrado y heroico, que para el perverso y el ruin. También el perverso se ve obligado a justificar ante sí mismo sus actos, buscándoles el sentido dentro de su programa de vida. De otro modo quedaría inmóvil, paralítico como el asno de Buridán.

Según esto, el factor más importante de la condición humana es el proyecto de vida que inspira y dirige todos nuestros actos. Cuando las circunstancias nos estorban o impiden ser el personaje anticipado que constituye nuestra más auténtica realidad, nos sentimos profundamente inhibidos. Esto mismo manifiesta que no cabe hablar de dificultades y facilidades, de cosas más o menos graves, así en absoluto. Una circunstancia determinada sólo es difícil o grave en realidad frente a un programa vital determinado, como, por ejemplo, para el corredor de los juegos olímpicos una cojera es una cosa extraordinaria; en cambio para un poeta romántico como Byron u otros contemporáneos, puede no resultar agobiante el que sus gallardas figuras se menoscaben porque al tropezar con una piedra se han quebrado el tobillo.

Es sin duda doloroso el caso de un hombre que por circunstancias del destino no pueda hacer lo que tiene que hacer, lo que tiene que ser., que no lleva dentro de sí ningún proyecto de vida sinceramente suyo que se le imponga con plenitud y sin reservas. Como ese programa, como ese perfil ideal de existencias es la base misma de la vida, aquello de que todo lo demás depende, es evidente que su situación resulta mucho más desazonadora que cualquiera otra. De nada sirve a un hombre tal el que se acumulen en su derredor los medios más abundantes y poderosos. No sabrá qué hacer con ellos porque no conoce su objetivo; no le fallan las cosas en torno a él, sino que se falla a sí mismo. Se es a sí mismo estorbo y radical dificultad.

Pues bien: yo creo que esto es lo que hoy acontece a los hombres de Occidente: no saben de verdad qué hacer, qué ser, ni individual ni colectivamente. Esto si que representa una situación muy poco frecuente en la historia. Lo normal en ésta ha sido que los hombres tropezasen con dificultades para vencer la resistencia de lo que ambicionaban.

Planteada así la cuestión, yo pregunto a quemarropa qué es lo que hay que hacer en un momento que se caracteriza precisamente porque no se sabe lo que en última instancia hay que hacer. La respuesta certera surgirá ante nosotros con toda evidencia si reparamos antes en lo que se está haciendo. En la mayor parte de las gentes y de los pueblos la situación de no saber en verdad qué hacer, de no tener un proyecto de vida

claro, sincero, auténtico, dispara incesantemente un afán de actividad superlativa, precisamente porque ante el vacío de un auténtico quehacer pierden la serenidad y, atropelladamente, procuran llenarlo con un furor de actuación y un entusiasmo frenético que sean capaces de compensar su insinceridad con un aspecto de empresa tremebunda y definitiva. Todos conocemos esta reacción, sufrida ante el desesperado intento de aplacar la desesperación. En suma, que individual y colectivamente se adopta ese carácter de íntimo engaño, de secreta falsificación propia de alcoholismo agudo. En todas partes se advierte una protesta, una urgencia por reformar todo y por reformarlo hasta la raíz, que contrasta ostensiblemente con la falta de ideas claras sobre la sociedad, sobre el individuo, sobre el Estado. Frente a conducta semejante, recuerdo la pregunta hecha a un gran pintor en el sentido de qué había que hacer para ver bien un cuadro. Y el gran pintor respondió: «Pues tomar una silla y sentarse delante.» La excelencia de esta respuesta consiste justamente en que se rehusa la brillantez para atenerse a la verdad de la situación. Pues algo parecido hallaremos al contestarnos la anterior pregunta: ¿qué es lo que hay que hacer cuando no se sabe lo que hay que hacer?

Los minutos que me han sido concedidos para hablaros se van consumiendo y me encuentro con que no me quedan los bastantes para intentar yo mismo la respuesta. Tal no era lo que estaba en mi propósito, sino, más bien, traer la pregunta, despertar vuestra curiosidad por la gran cuestión y esperar que vosotros mismos, cada uno de vosotros, ensayara la solución del enigma, cada uno en silencio, en soledad consigo, con plena autenticidad; evitando toda actitud petulante, leyendo poco y pensando mucho, y, de leer, leyendo historia, sobre todo la del siglo XIX. Quien sabe si éstas condiciones bajo las cuales os invito a buscar la gran respuesta no es precisamente la visión de las cosas que más falta hacen hoy.

Sírvanos de ejemplo, y con esto termino, la conducta de Inglaterra. Los ingleses sienten tan vivamente como cualquier pueblo lo mal que andan las cosas y la necesidad de grandes reformas, pero como no ven claro qué es lo que hay que hacer, en vez de enredarse en revoluciones resuelven hacer lo menos posible. Tocaban un poco los resortes de su moneda, rectifican un poco este o el otro detalle de la administración, solicitan de sus ricos el 50 por ciento de sus rentas, y, sin más aspavientos resuelven serenamente hacer lo único que pueden hacer, que es: hacer tiempo, esperar..., esperar a que los destinos del hombre se aclaren y precisen.

El síntoma es de sumo interés, pues cuando se ha estudiado a fondo la historia europea, se tiene la convicción de que el pueblo inglés ha precedido en todo a los demás.

Esto es lo más urgente e importante que debía hoy decir. Ahora bien: el quehacer de un intelectual consiste precisamente en decir, y ha cumplido con su misión cuando ha procurado decir lo que hay que decir.

Nada más, amigos de la Argentina.

## ICTIOSAUROS Y EDITORES CLANDESTINOS

### *Urgencia De una rectificación moral*

(Artículo publicado en la revista *Sur*, de Buenos Aires, nº 38, noviembre 1937.)

Por fin, se ha dado en América la embestida generosa y brava contra esta gran bellaquería de las ediciones clandestinas. Desde hace hartos años la perduración – digámoslo, la consolidación- del hecho bochornoso deshonraba a las dos Américas, del Centro y del Sur. Porque si bien carga la máxima responsabilidad sobre Chile, casi todo el resto de la América hispana participaba en ella. En Chile se hacen las ediciones criminales; pero en casi toda América se venden y donde no se venden o se venden menos, como creo que pasa en la Argentina, no se protestaba del delito y en esta medida se colabora con él. Esto último no es una exigencia exorbitante. Pues nadie honestamente puede dudar de que sólo un movimiento de protesta surgido en América misma prometía, con alguna vaga probabilidad, ser eficaz. Esta es una de las razones que me hicieron no hablar ni escribir una sola palabra pública sobre el asunto hasta el día presente –cosa que me interesa hacer constar. Sabía que era inútil, y hacer en el orden práctico de la vida cosas inútiles me parece una gruesa inmoralidad. Porque lo inútil no se contenta con serlo. Lo inútil resulta contraproducente.

Nótese que lo más grave de la cuestión no está en su vertiente económica, sino en lo que tiene de síntoma para poder apreciar la excesiva solidez de los estómagos. Porque el hecho es, ante todo, y sobre todo, asqueroso. Es un crimen a mansalva. Un crimen sin exposición criminal. Un crimen abrigado por una complicidad ilimitada. ¿Cómo es que no se han producido inmediatamente sus efectos... eméticos? No es ya cuestión de justicia: es cuestión de reflejo estomacal. La única jurisdicción que le es cabal es el asco. La prueba está en el artículo de Victoria Ocampo. ¿A qué género literario pertenece este artículo? Bien claro está: no es una octava real, es una náusea, la náusea como género literario. La imagen, sobre todo referida a una señora, es poco galante, pero se reconocerá su exactitud. Véase como el estilo del artículo es espasmódico y véase como salen en él, devueltas y juntas, diferentes especies de fauna repugnante: langostas y editores clandestinos de Chile.

Repito que las aristas morales del hecho me interesan más que la crematística. Es de sobra notorio en la Argentina que la plata no me emociona. Más aún: me ha aburrido siempre el dinero, como todo lo que se cuenta, salvo los cuentos. ¿Hay nada más idiota que un número, como no sea otro número mayor? Por tanto, los araucanos forajidos que me han sustraído mi haber, no han logrado ocasionarme un minuto de mal humor. Como autentico hidalgo he vivido siempre sin blanca y estoy perfectamente adaptado a la ausencia de metales preciosos. La impecuniosidad me es como el agua al pez; me es connatural y mi elemento. Yo no había aludido jamás a esto ni en mis escritos ni en mis conversaciones, hasta que en el prólogo de mis *Obras completas* hice sobre ello una vaga insinuación. Pero el prólogo a unas *Obras completas* reunidas es, sin duda, el comienzo del fin de una vida. Yo he esperado a tener casi toda la mía a la espalda para revelar ese secreto. Hecha en hora tan tardía, esa revelación no puede significar ni queja ni apetito y queda ahí ostentando su pura intención legendaria. La verdad es que un lema de toda mi vida ha sido aquel decir de Michelet: «¡El que sabe ser pobre lo sabe todo!»

Lo que me importaría más del caso es que los países americanos lo aprovecharan como un pretexto para dar un ejemplo de rectificación moral. Perdóneseme que no

oculte en este punto mi pensamiento. Los pueblos de la América hispana arrastran en el seno profundo de sus almas colectivas un fondo de inmoralidad. No discutamos ahora como se ha formado ese fondo. El hecho es que está ahí y que mientras no lo arrojen y lo sustituyan por un enérgico repertorio de reacciones morales que funcione automáticamente en toda ocasión decisiva, no pueden hacerse ilusiones de ascender al rango de pueblos preclaros, a pesar de que alguno, como la Argentina, posee no pocas de las dotes más raras para pretenderlo.

Este hecho de las ediciones clandestinas, acontecido en esta altura de los tiempos, es un buen ejemplo de inmoralidad básica. Tanto que lo que más me interesa en él es su lado teórico. ¿No sería de gran interés escribir un ensayo donde se analizasen minuciosamente las implicaciones que condensa este hecho, los supuestos que han tenido que darse para que se produzca? ¿Cómo ha podido Chile hacerse solidario, activa o pasivamente, de esa fechoría? ¿Qué fuerzas y qué grupos han paralizado la protesta indignada que seguramente germinó cien veces en muchas almas chilenas? ¿Cómo están hechos los intelectuales chilenos para hacerse cómplices de faena semejante? Hay quien cree que los escritores chilenos asisten al despojo de sus colegas extranjeros con mal disimulada complacencia. ¿Qué quiere decir esto? ¿Resentimiento? ¿Y por qué serían resentidos?

He ahí un nuevo lado del tema. Pero ahora venga otro.

Argentino de afición, me inquieta un poco que sea Victoria Ocampo quien, una vez más, no pudiendo aguantar una santa indignación, sale furiosa al campo la lanza en ristre, walkyrizando. Me explicaré. Una de las pocas cosas verdaderamente claras que dice Platón en su *República* es que no puede andar bien un pueblo si en él no hace cada cual lo suyo. Porque es evidente que en un pueblo hay, mayores o menores, muchas cosas que es inexcusable hacer. Si no hace cada una aquél a quien le corresponde, será otro, a quien no le corresponde, quien tendrá que salir a hacerla. Y, si esto acontece a menudo, el que subsana las omisiones de los demás acabará por desdibujar su fisonomía y por deformar su propio quehacer. ¿No hay en la Argentina doscientas personas que podían y debían haber iniciado esta campaña antes que Victoria Ocampo? Todos saben ahí que, a la postre, cuando haya que dar una tremenda arremetida contra una injusticia, una indecencia o un desmán, la impetuosidad, el coraje y el vendaval generoso que hay en el alma de Victoria Ocampo la llevarán a no poder contenerse y a arriesgar sin reparos su gesto y su persona. Pero yo creo que interesa a los argentinos ahorrar estas intervenciones. Victoria Ocampo es, por la concurrencia de muchos dones, una realidad de primera magnitud en la historia argentina. Ahora bien, un pueblo sólo lo es en la medida que posee un tesoro de solidaridades tácitas e inquebrantables respecto a ciertas cosas esenciales. Los partidos más hostiles tienen sin parpadeo, que coincidir en ellas. Mírese Inglaterra: su inmenso poder, su ejemplar solidez se nutren sólo de eso. Inglaterra que, apenas si es un Estado, es un nudo de solidaridades tácitas, pero formidables, entre los ingleses. Pues bien, yo pienso que importa a todos los argentinos –a sus enemigos igual que a sus amigos– procurar que la figura de Victoria Ocampo no se malogre en faenas supletorias que otros muchos deberían hacer. Debe reservarse para lo más grave, lo más nacional, lo más peligroso y no para insertar en el alfiler de su sombrero editores chilenos. No pido, conste, que se constituya en torno a Victoria Ocampo una especie de beatería que halague su persona con acatamientos y remilgos vanos. Es una criatura cuya existencia necesita absolutamente de la resistencia. Mejor que yo conocen todos ahí su espléndida condición y saben que es lo bastante feroz y lo bastante puma para no vivir sin saltos de combate. Pero yo quiero suponer que los argentinos están resueltos a no dilapidar sus mayores riquezas humanas, a conseguir que

sus figuras excelentes den el máximo de su rendimiento nacional y por eso, con impertinencia bien intencionada, me he permitido esta observación.

Y ahora a ti, Victoria, va el estribillo de toda la balada. Te va a divertir.

Hablas en tu artículo de la propiedad intelectual como de la más respetable, de la más sagrada. Yo quiero agregar una cosa poco conocida, a saber: que es, acaso, la más antigua. ¿Sabes cual fue el derecho de propiedad intelectual que primero y más rigurosamente reconocieron los hombres? No fue el suelo ni el ganado, ni siquiera los pequeños bienes muebles, las armas y trebejos de uso personal. Estos últimos, al fin y al cabo, se podían heredar, lo cual indica que su propiedad no era tan superlativamente adscrita a la persona. No: los pueblos más primitivos reconocían como la propiedad más individual la de los sueños y la de las canciones –una propiedad intelectual. El primitivo que tenía una visión donde se le revelaban secretos de la caza o de otro orden, sabía que nadie osaría aprovecharse de ella ni tampoco cantar la canción afortunada que enardecía el festival y a él se le había ocurrido.

El etnógrafo para mi gusto más inteligente es el americano Lowie. Su saber es inmenso y no menor su agudeza crítica y su escepticismo hacia generalizaciones audaces. No obstante puede leerse en su *Primitive Sociology* (de que hay una excelente traducción francesa: *Traité de Sociologie Primitive*, Payot, pág. 235); «Contrariamente a lo que podría suponerse, la noción de patente o de derecho de autor está muy desarrollada en las capas profundas de la civilización, y su fuerza, entre ciertos pueblos, hace manifiestamente absurdo el dogma de un comunismo primitivo universal... Aún en un medio tan humilde como las islas Andaman, encontramos derechos de disposición exclusiva referentes a objetos inmateriales. Es el hecho tanto más notable cuanto que en lo que respecta a los utensilios de cocina, por ejemplo, muestran estos insulares, por el contrario, una amplitud de espíritu que roza con el comunismo... Pero esta generosidad no se extiende a los cantos compuestos con ocasión de una reunión pública. Un canto que ha tenido buen éxito puede ser repetido en reuniones de menor importancia, pero, cualquiera que sea su popularidad, nadie tiene el derecho de cantarlo más que su compositor. Entre los kay como entre los andaman, el poeta es dueño absoluto de su composición. Nadie puede cantarla sin su consentimiento y en modo alguno concede este favor gratuitamente... El eje de la religión en los indios de las Praderas está constituido por los conceptos y prácticas referentes a las visiones. Nadie osaría disputarles el derecho de propiedad de estas visiones y quien desea adquirir en parte uno de esos derechos o comprarlo íntegramente sacrifica a este fin bienes que representan un valor, el cual nosotros consideraríamos absurdamente exagerado. La transferencia por donación no es posible, aun cuando las dos partes estén unidas de parentesco más estrechos... Los ‘paquetes sagrados’ de los hidatsa que derivan siempre de visiones ancestrales, hereditarias en ciertas familias, necesitan, no obstante, ser objeto de una transacción entre padres e hijos.»

Los andaman son uno de los cuatro o cinco pueblos más primitivos que se conocen. Los indios de las Praderas, los hidatsa, son indios americanos. De donde resulta que ahora los chilenos se las han arreglado para retroceder no ya a la edad precolombina, sino a una edad preindiana. Pero, ¿qué había en Chile cuando todavía no había indios? Evidentemente nadie capaz de ensueño y canción. Por lo visto no había más que ictiosauros y gérmenes de editores fraudulentos.

(París, noviembre de 1937).

## DISCURSO EN LA INSTITUCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA DE BUENOS AIRES

(Discurso pronunciado el 11 de noviembre de 1939 en el Museo de Arte Decorativo, en la celebración del XXV aniversario de la Institución Cultural Española. Publicado en el tomo VI de *Obras completas*, Madrid, 1947).

Excelentísimo señor Presidente de la Nación, señoras, señores:

Los tres hombres que después de hablar el señor Vehils hemos tenido la complacencia de escuchar son tres ilustres argentinos junto a los cuales yo podría, a lo sumo, pretender trato igual. Pero ellos, con hospitalaria generosidad, se han empeñado en desprenderse de una porción del tiempo que por igual nos correspondía y formarme – quisiera o no- una pequeña fortuna de minutos que esperan verme ante ustedes dilapidar.

¡Está bien!, no voy a aprovecharme de ellos, pero no tengo derecho tampoco a oponerme: es el eterno y admirable rito ante el forastero. En nada mejor que ellos, concédeme una preferencia, no dedicada a mi individual persona, en cuyo caso yo no la hubiera aceptado, y no la acepto después de todo porque no voy a aprovecharla, sino a un oficio que en este momento sirvo, a una magistratura que por azar transitorio ejerzo. Señores: yo no soy ahora yo, yo soy nada menos que el extranjero, y beneficio de sus melancólicos privilegios. ¡El extranjero!, el hombre que no está, sino que llega y se va.

Como he vivido estos dos últimos meses absorto en la labor de un curso sobre temas sociales (*El hombre y la gente*), no he logrado aún emerger de ellos y ha de perdonarme ustedes que vea todo aún bajo la perspectiva de los fenómenos sociales. Pues bien; es sabido que en las poblaciones de los pueblos primitivos hay casi siempre una choza o cabaña, casi siempre la mejor del lugar, la más amplia, la más aseada, que se llama «la casa de los extranjeros». En ella se recibe al extraño, al transeúnte, se le atiende, se le agasaja y se le escucha. Pues por una contradicción esencial, tan frecuente en las cosas humanas, el extranjero, que en esta etapa primaria de la civilización es el enemigo nato cuando se presenta en tropel y en colectividad, es a la vez, cuando llega señor o en mínimo grupo, una criatura como superior, que suscita emociones casi religiosas y que parece un poco divina. Platón, casi siempre que habla del forastero que llega a Atenas, le suele llamar «el divino extranjero». ¡Extraño, extraño uso, que en formas más sutiles, menos palpables, perdura a lo largo de toda la historia humana hasta nuestro tiempo, y hace que hoy estos señores, por lo menos mis iguales, me aventajen de rango y pretendan que hable yo más tiempo!

El extranjero no es la persona singular, es una institución y, como dije, una magistratura, un hueco impersonal que llena uno tras otro todo el que hace este humildísimo hacer: llegar e irse. ¡Qué tema, señores, que tema para hablar de él a fondo en ocasión oportuna! ¿Por qué, en igualdad de condiciones, esa prestigiosidad del extranjero como tal? No voy a dilucidarlo ahora en modo alguno; digamos sólo que el extranjero es siempre, más o menos, el desconocido, y la fantasía humana que en su primer movimiento es siempre generosa, llena ese vacío que es lo ignorado con sus fantásticas joyas y abre al extranjero un crédito de todas las virtudes y de todas las gracias. Claro es que con ello no solemos hacer sino prepararnos una desilusión. Pero la

fantasía humana no renuncia por eso; el día que la fantasía renuncie la humanidad perecerá. De la desilusión que un extranjero nos produce, renace ante un nuevo extranjero un nuevo brote de ilusión, un nuevo llamear de esperanza; porque es la fantasía constante incendio, fénix de fuego, que se enciende y reenciende perpetuamente en sus propias cenizas.

El extranjero es el transeúnte que roza un momento nuestra existencia. El hombre más sutil que había en Europa hacia 1910, Jorge Simmel, solía decir –se lo he oído muchas veces, fue maestro mío a comienzos de siglo-, solía decir que las confidencias más radicales las ha hecho un hombre a otro hombre totalmente desconocido para él que encontró durante unas horas en un vagón de ferrocarril o en el bar de una estación. Dos existencias, que en un momento ante se ignoraban por completo, gozan de un roce subitáneo y fugaz en la inmensidad del espacio. Es la moral de la tangente, y acaso ella explica el tenaz mito del extranjero.

Yo he sido siempre muy mal geómetra porque, secretamente apasionado, cuando el teorema me propone considerar la relación entre la tangente y la curva, me distraigo del teorema y me sorprende imaginando cuál será el íntimo estremecimiento de la crva al sentir que esa tangente, que viene de vagas ultranzas, de lejanos lejos, tal vez de infinitudes, llega a ella y la toca un solo instante y en un solo punto, para seguir sin demora su vuelo de ave migratoria hacia otras ultranzas, hacia problemáticos lejos, hacia nuevas infinitudes; símbolo condensado de lo fugaz que es nuestra vida y todo en ella; nuestra vida, que conmovida, se pasa ella misma –quiero decir que la vida se pasa la vida- teniendo que decir de cosas y personas: «¡Ya vienen! ¡Ya vienen!» Y casi sin poder tomar aliento: «¡Ya se van! ¡Ya se van!» Es la moral de la tangente. Y heme aquí señores, que entre las muchas cosas que ha ido uno siendo y haciendo, heme aquí ahora obligado a hacer de tangente. ¿La de qué precisa curva?

Esta hora es, en efecto, un punto de una línea comba formada por la trayectoria de veinticinco años, ahora cumplidos en la obra de la Institución Cultural Española. Pero la historia de esa Institución es, a su vez, sólo segmento de la ingente y conmovedora curva que representa en mi geometría apasionada la evolución de las relaciones entre la Argentina y España. ¡Nada menos que eso! ¿Creían ustedes que lo antedicho era sólo literatura? Ya he dicho, ya he hecho constar recientemente, que yo no hago nunca sólo literatura. ¿Cómo no va a ser estremecedor hacerse cargo de la realidad enorme a que esta ceremonia pertenece, a que esta ceremonia es tangente?

Pero resulta, señores, que ya he tirado al viento un buen puñado de los minutos que estos señores me han concedido, y voy a tener que contentarme con insinuar primero sobre ese segmento, y si queda algún tiempo sobre esa gran curva, algo, siquiera algo, que nos dé qué pensar. La historia de la Institución Cultural Española es, como he dicho, un capítulo de las relaciones entre España y América. La precisión de lo que significa ese capítulo sólo podría lograrse plenamente si se pudiese contar entera la historia de esas relaciones desde que España crea estos pueblos trasatlánticos hasta la fecha. Porque bien, bien, no podemos entender nada histórico. –y todo el mundo es histórico y el hombre no es en sustancia más que historia- si no lo situamos y lo colocamos con todo rigor en su sitio, dentro de esa cadena enorme que es la Historia. La razón de ello es de una simplicidad perogrullesca, es ésta: lo que al hombre le pasa hoy, le pasa en esa forma y de ese modo porque ayer le pasó otra cosa, y así sucesivamente; y no entendemos lo que pasa hoy si nos cuentan el cuento de lo que ayer y anteayer pasó, porque ello es la clave y la causa de lo presente. La razón de las cosas humanas es una razón cuyo razonar consiste en contar, en contar historia, es la razón narrativa, es la razón histórica. El segundo amor de un hombre es inevitablemente de otro estilo que el

primero, porque ese segundo amor nace llevando ya sobre sus hombros la experiencia del primero. La historia es una melodía de experiencias en que cada nota supone todas las anteriores y emerge de ellas. Por eso la canción de la historia hay que cantarla entera. Hablando en puridad; no hay más historia plenamente tal que la historia universal; todas las demás son miembros amputados y descuartizamientos.

Claro es que no podemos soñar hoy ni siquiera en contar una parte de esa historia de las relaciones entre la Argentina y España, pero «grosso modo» y en abreviatura, sobre lo que ha significado la Institución Cultural Española, si puede decirse lo siguiente: desde su secesión e independencia a comienzos del siglo pasado la Argentina hizo –como ha recordado hoy el señor Ibarguren- lo que han hecho siempre, siempre, con ejemplar uniformidad, todas las colonias que conquistan su libertad: vivir aproximadamente durante cien años vueltas de espaldas a la Metrópoli, suspicaces y hostiles hacia ella. La Argentina se apartó de España y especialmente de su cultura, y parejamente a lo que hizo Norteamérica, bien que en modo más extremado, buscó las disciplinas de la civilización francesa. Hizo perfectamente, no había a la sazón para este país cosa mejor que hacer. Mas, entiéndase bien, ese apartamiento de España y de su cultura se produjo sólo en el estrato de la vida colectiva argentina que depende de la voluntad de los hombres. Pero en la persona, como en la nación, la voluntad opera sólo en la superficie: las zonas profundas del ser no le obedecen, sino que están sometidas a la inexorabilidad del destino.

Argentina había sido España y lo que alguien fue, sigue inevitablemente siéndolo – bien que en esa peculiar forma de «haber sido»- como el hombre maduro es maduro gracias a que sigue actuando en él su juventud en la forma de haber sido aquel hombre que fue. Si del hombre maduro se amputase esa permanente y como disecada juventud, se convertiría en un joven inexperto. Nuestra juventud lleva sobre sus hombros nuestra madurez, nuestra madurez vive encaramada sobre nuestra juventud, y es, en cierta medida, su fértil explotación.

La España que la Argentina fue, perdura, pues, quiérase o no, en el fondo más soterrado de vuestro ser y sigue allí, tácita, operando sus secretas químicas; por eso durante la centuria que sigue a la independencia de este país, a pesar de la voluntad decidida y deliberada existente en amplios grupos de esta nación de hacerla hermética al influjo español, España como no podía menos, sigue influyendo, bien que en forma menos visible, en forma como subrepticia, atmosférica o de difusa ósmosis. No necesito probarlo. El señor Ibarguren acaba egregiamente de espumarnos la abundancia de esas pruebas. Sin embargo, aquellos grupos consiguen en parte su propósito –propósito, repito, que era lo más razonable en aquella sazón-, de sustituir el contacto cultural con España por el aprendizaje de las formas de vida intelectual, artística y de trato social peculiares a Francia. A comienzos de este siglo puede decirse, sin grave error, que apenas si eran leídos aquí los autores españoles. Pero he aquí que, con el siglo, comienza en España un renacimiento de todo orden, pero especialmente intelectual y artístico. En este momento, hacia 1914, nace la Institución Cultural Española, con el designio de atraer nuevamente la atención de los grupos más cultivados de la Argentina sobre la producción científica y, por recodos, sobre la producción artística y literaria de España. La Institución Cultural Española fue una máquina creada con este fin y no puede desconocerse que su eficiencia fue fulminante. No es preciso contar esta porción del cuento porque a todos consta en sus líneas generales, y en sus líneas más precisas acaba de refrescárnoslo en la memoria el señor Houssay, con fértil sobriedad.

Ahora bien, cuando una máquina rinde tan rápido y amplio efecto es que estaba bien hecha, y si hay una máquina muy bien hecha, quiere decirse que tras ella y antes de ella había ideado un glorioso ingeniero.

La gente, eso que yo llamo «la gente» -y que viene a ser lo mismo que, sin darse cuenta, quieren decir los demás cuando usan este vocablo-, la gente como he pretendido demostrar pesadumbrosamente en el Curso de Amigos del Arte, es siempre desalmada e inatenta, y no advierte que, de estar bien a estar mal una cosa, va casi siempre sólo una levísima diferencia, un detalle inaparente a distancia. Pero la gente mira todo burdamente y muy de lejos, la gente no ve nunca la nariz de Cleopatra, que habían visto -y bien de cerca- César y Marco Antonio, y aun el cauteloso Augusto, los cuales no eran de cierto «gente». Pues bien; en este caso todo dependió de ciertos detalles en los reglamentos constitutivos de esta Institución referentes al modo de ser elegidos los profesores de ultramar. La idea de estos detalles y de toda la Institución, la vigilancia sobre su funcionamiento, se deben ante todo y sobre todo a un gran español que es, a la vez, un gran argentino, a un hombre de alma ejemplar, de moralidad acerada, insigne en su profesión quirúrgica, maestro de varias generaciones de médicos argentinos, honra y prez de ambas naciones, ese espléndido montañés de semblante vulnerable, atezado y triangular, que es D. Avelino Gutierrez, a quien desde aquí envío un abrazo, no sé si filial o fraterno, que no he podido darle todavía.

Destacar esta figura no es olvidar ni escatimar el reconocimiento a los sacrificios y colaboraciones que en torno a él se agruparon y que siguieron su designio. ¡Saber seguir, señores, es virtud pareja a saber guiar!

Fue el primer profesor traído por la Institución Cultural Española un hombre que ya entonces gozaba de universal nombradía, uno de los grandes maestros que su ciencia pasea en el mundo: el gran filólogo D. Ramón Menéndez Pidal. Al año siguiente, la nao de la carrera de Indias trajo a un mozo muy mozo, poco conocido en su tierra, nada en el resto del mundo, y naturalmente ignorado aquí por completo, salvo por esa docena de jóvenes que en todas partes viven en acecho de lo joven. A aquel mozo alucinado y que llegaba sin equipaje, solían llamarle con el mismo nombre que usan ustedes hoy para llamarme a mí. Está aquel hombre demasiado joven hartos lejos del hombre demasiado maduro que yo soy, para que no me sea lícito hablar de él como de un fenecido o de un antepasado. Yo creo que en homenaje -ciertamente no de mi mismo, sino de este pueblo porteño- debo contar lo que entonces aconteció.

Llegaba yo, como era justo y forzoso, sin que me precediera ningún aleteo de ninguna fama. Yo sabía entonces muy poco, yo tenía poco que dar. Traía pues, muy pocas cosas; en rigor, no traía sino fuego, un poco de fuego para hacer cosas. Rendí como pude mi primera conferencia en la Facultad. El salón estaba lleno, con el lleno normal y corriente de las inauguraciones; los periódicos dieron noticia de mi iniciación con las fórmulas habituales. Pero he aquí que, a la semana siguiente, cuando el doctor Avelino Gutierrez -que se convierte en padre de todos los profesores que la Institución ha traído-, vino a buscarme para llevarme a la Facultad, nos encontramos con que la calle de Viamonte había sido ocupada por la fuerza pública, porque una muchedumbre ingente se había amontonado en ella, había asaltado la Facultad y había roto los vidrios de las ventanas. ¡Y toda esta turbulencia y tanto desmán, no más que por el afán de escuchar una lección filosófica de un mocito gallego, ocho días antes totalmente desconocido!

Comprenderán ustedes que, ante hechos de tales dimensiones, el mérito de mi conferencia queda por completo fuera de la consideración. Había de haber sido excelente -que no lo era, ni mucho menos-, porque como he indicado, yo entonces tenía pocas ideas, tenía poco que decir, y hasta mi lengua aún balbuceaba; había -repito- de

haber sido excelente mi lección, y en ningún caso pudo corresponder el tamaño exiguo de la causa a la enormidad de los efectos. Yo había sido sólo un pretexto para que se disparase el formidable resorte de vehemencia y de transmisión eléctrica de las impresiones, que poseía entonces Buenos Aires. No crean ustedes que cuanto he dicho en menoscabo de mi labor de entonces es fingida modestia; nada de eso, es la pura verdad. La prueba de ello es que ahora voy a tener la insigne audacia de decir –porque creo que debo decirlo- algo contrapuesto, a saber; que si yo entonces llego a dar una conferencia como las que acabo de dar en Amigos del Arte, de la Facultad de Filosofía y letras no hubiera quedado piedra sobre piedra. Evidentemente, evidentemente algo ha variado en la estructura de esta ciudad. ¿Será la variación, el cambio, favorable o lamentable? No voy a permitirme juzgarlo, ni voy a decir en qué consiste la variación; si he contado lo antedicho no fue ciertamente por complacerme renombrando una vieja hora de marchito triunfo, sino para dejar en las mentes que me escuchan sembrada una fecunda preocupación; pero lo que sí es evidente es que entonces se produjo ese efecto, y que ese efecto no podría atribuirse a mi. Porque los dos hechos que integraron el mitológico suceso son incuestionables: uno, que se produjo un motín de multitudes no más que por querer oír, escuchar a un hombre que ni la nombradía previa ni el favor de la prensa habían aventajado; otro, que mi lección no era, claro está, nada, y en ella sólo había lo único y lo más, dado que yo era, que podía haber: hervor de entusiasmo por mi profesión filosófica, cierto garbo juvenil y, tal vez, un poco del alma torera que Dios puso en un maltraído cuerpo de profesor. Total, ¡nada!. Total, ¡nada!

Eso que he llamado «transmisión eléctrica de las impresiones», porque no fue la Prensa quien las transmitió, produjo en mi tan penetrante efecto que ha influido mucho en ciertas ideas mías sobre el cuerpo social y sobre el más y el menos de la elasticidad en él. Junto a eso y a la vehemencia sólo hubo entonces y habrá siempre la condición de que, en igualdad de situaciones, menos aún, a poco claras que sean las calidades de una actuación española, encontrará siempre resonancias superiores en el alma argentina que la de todas las demás razas. Como también es verdad la viceversa: cualquier cosa de alguna calidad que vaya a España de estos países hispanoamericanos, y especialmente de la Argentina, encontrará allí superlativas repercusiones. Ni siquiera hace falta hablar de cosas de calidad. Para no referirme sino a lo trivial, diré a ustedes lo siguiente: yo no voy casi nunca al teatro por razones que no es el caso enunciar ahora, pero cuando a Madrid llega alguna compañía Argentina de teatro, cualquiera que ella sea, yo no tengo más remedio que asistir a varias representaciones, porque hay siempre algunos amigos que no han estado nunca en Sudamérica y que sienten enérgico placer, simplemente, en oír hablar argentino, y se obstinan en que yo les acompañe porque siendo yo en Madrid algo así como cónsul ideal de una ideal Argentina, mi compañía en tales casos parece que garantiza a estos amigos la autenticidad de su deleite.

Siendo esto así –como incuestionablemente lo es, si se saben hacer, como hay que hacer en toda apreciación de fenómenos complejos, algunas sumas y algunas restas-, comprenderán ustedes hasta qué punto –la anécdota que acabo de referir lo demuestra-, me parece fabulosamente ridículo casi todo lo que dice el vulgo de acá y de allá sobre la diferencia de nuestras hablas. Yo soy gran ignorante en materia de lingüística, pero lo que a mi juicio urge más decir sobre este asunto del habla, es tan palmario, tan elemental y tan distinto de lo que suele decirse –no me refiero, claro está, a los especialistas-, que voy a atreverme un día de éstos a plantear la cuestión a mi modo intentando marcar ciertas líneas generales que me parecen evidentes.

Pero a lo que voy es a decir que la forma de comunidad existente entre las naciones centro y sudamericanas y España es una realidad que subsiste más allá de toda voluntad

o de todo capricho que quiera negarla o destruirla. Los sociólogos –que son gente, la verdad, de bastante escaso cacumen- no han logrado aún definirnos, ni siquiera nombrar adecuadamente ese género de sociedad, de comunidad, en que para emplear las palabras de San pablo, «se mueven, viven y son» las naciones. Porque es sumamente insólito que la nación, que la sociedad nacional, aun siendo como es, la sociedad más intensa que existe, viva aislada y reclusa dentro de sí misma; lo normal es que la nación forme parte de otra sociedad más tenue, pero más amplia y no menos real o efectiva. Un ejemplo de ello es la comunidad europea o americana, en la cual un conjunto de pueblos convive ejercitando ciertas formas de vida; y otro ejemplo es esta comunidad de hecho –no sólo de deseo ni vana propaganda-, que constituyen los pueblos de habla, sangre y pretérito españoles, y que consiste también en el ejercicio de otro determinado repertorio de formas de vida.

En la medida, señores, en que exista lo que yo llamo «cosas consabidas» hay unidad social, hay comunidad –quírase o no-, cualquiera que sea la independencia y aun la autoridad de los Estados. Pues hay cosas que no sólo las sabemos cada uno de nosotros, sino que además sabemos que las saben también los demás; esto que sabemos junto con otros lo consabemos, y por eso es «lo consabido». Ello constituye el tesoro común de nuestra vida, en ello comunicamos y en ello comulgamos cualquiera que sea la obstinación contraria de nuestra voluntad. Después de dos siglos de inmoral petulancia empieza ahora el hombre a redescubrir que no todo lo humano depende de su albedrío, sino que la realidad humana tiene una inexorable estructura, ni más ni menos que la materia cósmica. Y esa estructura real de lo humano, si se tiene el alma prócer, no hay sino aceptarla, bien entendido que para hacer luego lo que nos cuadre; mas, por lo pronto, aceptarla, reconocerla, no con un reconocimiento de mera idea, sino con todo nuestro ser. Otra cosa noten que es la política del avestruz, que divisando en el paisaje un peligro mete cu cabeza idiota debajo del alón creyendo que así ha aniquilado el paisaje con peligro y todo. El hombre occidental, tras dos siglos de imitar al avestruz, está ahora redescubriendo todas las realidades que galanamente ha querido desconocer durante esos doscientos años. ¿Qué cómo las redescubre? ¡Ah! Como se redescubre siempre la realidad que hemos pretendido negar: tropezando con ella, rompiéndonos la cabeza contra ella, y una vez más tiene razón el cochero del poeta Heine, quien cuando éste le preguntaba qué son las ideas, respondió: ¿Las ideas? ¡Las ideas... pues son las cosas que se le meten a uno en la cabeza!

Ese tesoro de lo consabido, de lo que hemos vivido juntos, de lo nuestro por ustedes, de lo que ustedes por nosotros, no nos lo puede quitar nadie, ni siquiera nuestra propia voluntad. El hombre no es sino «lo que le pasa», y ese pasado que le ha pasado a uno, a nosotros, al hombre, no es algo que se fue sino al contrario: porque nos pasó, queda operante dentro de nosotros, como queda de la herida la cicatriz o como en el dulzor de la uva de otoño queda prisionero el sol del estío... Al reconocimiento de ese tesoro común, de ese tesoro de lo consabido, debe estar siempre abierto el fondo del alma argentina. Esa porosidad hacia España proporciona a este pueblo joven una vena rica y profunda de largo pretérito –de suerte que, cuando ustedes y nosotros metemos bien la mano en la vieja arca de nuestra historia- sea durante los siglos coloniales en que la Argentina era colonia de España, sea en las décadas de independencia y de hostilidad, sea en los últimos cincuenta años en que una parte de España, por una sugerente aventura de las palabras, es llamada colonia española de la Argentina, veremos como al llegar bien al fondo de ese arca, al palpar una antigua joya familiar que nos es común, nuestras manos se juntan y se oprimen. No hagamos depender nuestra mutua comprensión de las vicisitudes de la historia, que hace oscilar a todo pueblo entre el esplendor y la miseria. Somos algo común en todo tiempo –en la hora feliz como en la

amarga. Otra cosa fuera poco gallarda y menos perspicaz. Haciendo discanto a los cantos populares que con tanto garbo ha rasgado ante nosotros el señor Iburguren hace un momento, me atrevo a recordar el que canta el joven campesino andaluz abrazado a su guitarra, y que dice así:

*Anda, ve y dile a tu madre,  
Si no me quiere por pobre,  
Que el mundo da muchas vueltas  
Y ayer se cayó una torre...*

El tiempo que me había sido otorgado, no sólo ha concluido sino que está rebasado, de suerte que me encuentro no pudiendo decir nada sobre esa gran curva de las relaciones entre España y América desde que estos pueblos fueron creados hasta la fecha. Y es el caso que eso que pudiera decir daría un peculiar sentido a cuanto he hablado de nuestro común pasado, sentido muy diferente del que acaso en el primer momento han percibido ustedes. Pues, aunque parezca poco verosímil, creo que sobre tan gigantesca trayectoria se puede decir algo de interés en poco tiempo, pero no en tan poco que sea ninguno. Mas, como se trata de una idea que juzgo de alguna importancia y que puede servir –sea una u otra la dosis de su verdad- en las investigaciones históricas, yo quisiera, como homenaje al presidente de la Nación, exponerla aquí en la expresión más desgarradamente lacónica y más mondada de toda brillantez. Es un sacrificio que me impongo en compensación a las petulancias que se han deslizado en mi discurso.

Se trata de una idea que invertiría por completo la perspectiva usada en la consideración de la historia de las relaciones entre España y América. Es un error –a mi juicio- pensar, como siempre por inercia mental se ha pensado, que estos pueblos nuevos creados en América por España, fueron sin más España, es decir homogéneos a la Metrópoli y homogéneos entre sí, hasta un buen día en que se libertaron políticamente de la madre Patria e iniciaron destinos divergentes entre sí.

Pues bien; mi idea –fundada en el estudio del hecho colonial en toda su amplitud; por tanto, no sólo en la colonización española sino en la de otros pueblos de Oriente y Occidente, ahora y en otros tiempos- es totalmente inversa. Bajo tal nueva perspectiva lo que yo veo es que la heterogeneidad en el modo de ser hombre se inicia inmediatamente; crece y subsiste en la etapa colonial. El hombre americano, desde luego, deja de ser sin más el hombre español, y es desde los primeros años un modo nuevo del español. Los conquistadores mismos son ya los primeros americanos. La liberación no es sino la manifestación más externa y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto que precisamente en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso a cambiar de dirección. Desde entonces –y cualesquiera sean superficiales apariencias y verbalismos convencionales- la verdad es que una vez constituidos en naciones independientes y marchando según su propia inspiración, todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma, caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, en dirección convergente; esto es, entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo, cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneos. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de harto más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad.

Esto es lo que quería no dejar de decir, porque creo que es una idea en la cual la juventud estudiosa puede contrastar y aprovechar, porque tiene la ventaja mayor que puede tener una idea, y es que –sea verdad o sea error- es por sí misma un método de investigación y de trabajo concreto. El sacrificio ha consistido en decirla en tan poco desarrollo, en tal condensación y con tan poca gracia. He aceptado este sacrificio con sumo gusto. Después de todo, en próxima fecha, en La Plata, espero desarrollar un poco este pensamiento en una conferencia que título: «Meditación del pueblo joven.» He dicho, señores.

## MEDITACIÓN DEL PUEBLO JOVEN

¡Hay prisa, hay prisa! Hay mucho que decir aunque no podré expresar sino una fracción mínima de lo que habría que decir sobre el tema. Por eso no creo en la eficacia de la conferencia singular y evito adquirir el compromiso de darlas. Por excepción, he creído que debía corresponder a la enaltecida demanda que un grupo de hombres de esta ciudad me han hecho para que hable hoy aquí. Me pareció, no se bien por qué, que esta vez el deseo de oírme era auténtico y no convencional. Además se había elegido para llegar a mi un cauce seguro, perdone el doctor Alberini que le llame cauce; son bromas que puedo permitirme con quien fue mi compañero de estudios en tiempos mozos y es amigo constante desde una juventud que se ha empeñado en sernos groseramente remota. Pero repito que no tengo fe en una conferencia singular. Por lo menos, lo que yo tengo que decir sobre una cosa no se puede nunca decir en una sola conferencia, sino que requiere una serie de ellas. Lo cual no garantiza lo más mínimo que lo que yo diga valga la pena. La cuestión es otra. Valga o no valga la pena, lo que yo tengo que decir sobre un tema que elijo no son meras frases, sino que pretendo hacer ver a mis oyentes las cosas mismas de que se trata, aspiro a proporcionarles evidencias o, lo que es igual, a hacerles patentes realidades. Esto, claro está, tengo que lograrlo con frases porque no existe otro instrumento mejor para que una mente opere sobre otras mentes. Pero la misión de mis frases no es otra que abrir los ojos del que escucha, hacerle ver lo que yo creo ver con toda evidencia y una vez que han conseguido esto, si es que lo han conseguido, desaparecer ellas, mis frases, y desaparecer yo con ellas. Este es el oficio que con un nombre ridículo se llama «filosofía», ridículo porque filósofo significa «amante de sapiencia» y expresión tal me parece de una gran cursilería. Lo cierto e importante es que el filósofo se compromete a dejar hablar a las cosas mismas en él, a ser humilde truchumán o intérprete de las realidades; se compromete, por lo tanto, a ser él lo menos posible, se compromete a nulificarse, a negar su propia existencia. Todo esto es lo que se llama «pensar», verdadero pensar. Y no tienen ustedes que compadecerme si mi vida es procurar no existir, porque eso es pensar y pensar es una delicia, una gran delicia.

Pero esa faena de hacer ver a los demás las cosas mismas, valga o no valga la pena, es inexcusablemente lenta. Nos impone un camino que no está siempre en nuestro albedrío acortar. Hay que plantear con calma las cuestiones, hay que preparar al oyente para ellas proporcionándole todos los requisitos que hacen posible la nuda visión de las cosas. Por eso, cree a veces el auditorio que yo gasto tiempo en decir cosas que no se refieren al tema, cuando, en rigor, son su preparación. Todo esto es operación lenta. El poeta es más afortunado: a veces, con una sola palabra, si es certera, lo logra todo, produce sus mágicas metamorfosis, nos derrite y nos encanta. El filósofo, en cambio, es tardígrado; tiene algo de buey. ¡Qué le vamos a hacer! Pues ¿qué otra cosa es el filósofo sino una insigne variedad de los rumiantes? El filósofo es el hombre que rumia pausadamente, vacunamente. Ya ven que no me adorno mucho ante ustedes, que no muestro excesivo empeño en aventajarme ante su consideración. Con ello quiero indicar que yo no importo; que importan sólo las cosas de que vamos a hablar y sugiero que tengo una gran fe en mi prédica –paladina o solapada, pero constante, ante los argentinos-, mi prédica que les grita: ¡Argentinos, a las cosas, a las cosas! Déjense de cuestiones previas personales, de suspicacias, de narcisismos. No presumen ustedes el brinco magnífico que dará este país el día que sus hombres se resuelvan de una vez, bravamente, a abrirse pecho a las cosas, a ocuparse y preocuparse de ellas directamente y sin más, en vez de

vivir a la defensiva, de tener trabadas y paralizadas sus potencias espirituales, que son egregias, su curiosidad, su perspicacia, su claridad mental secuestradas por los complejos de lo personal.

El tema que hoy voy a despuntar y como a rozar, no más, es formidable. ¡No dirán ustedes que escojo asuntos cómodos, grises o subalternos! En Amigos del Arte he afrontado los más graves temas de la sociología –el otro día por la radio he empezado a hablar sobre «la criolla» (Véase «Meditación de la criolla», en el libro *Estudios sobre el amor*), empresa temeraria, como para un suicida, y hoy, ante ustedes voy a enunciar algo sobre «el pueblo joven» nada menos-. Tengo derecho a decir lo que el buen Alonso Quijano, conocido por el Caballero de la Triste Figura, decía ya viejo y ya molido de palos infinitos: «¿Podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo, imposible!

Vamos a ver si logramos entendernos un poco sobre lo que es un pueblo joven. Porque no es fácil entenderse. Según dije el miércoles ante el micrófono, cuando atendemos ingenuamente a lo que los hechos manifiestan, podría uno preguntarse si no habremos venido los hombres a este mundo precisamente para no entendernos, pues no cabe negar que el no entendernos es cosa que sabemos hacer concienzudamente. Son muchas las causas de esa normal y tenaz mala inteligencia. Pero entre ellas hay una que no veo suficientemente advertida y que es, acaso, la decisiva. En efecto, la razón principal de que no nos entendamos es justamente que creemos cosa fácil entendernos. Y como pasa siempre que se considera fácil una operación la ejercitamos sin precauciones, sin cuidados, al buen tuntún. Y, a su vez, la idea de que es fácil entenderse se origina en una infantil sobreestima que otorgamos al instrumento oficial que para entenderse tienen los hombre: el lenguaje, el habla. ¡Se nos ha dicho tanto, desde la cuna, que el lenguaje ha sido dado al hombre para comunicar al prójimo sus pensamientos, que lo hemos tomado en serio y sin reservas ni limitaciones, que lo creemos a pie juntillas! Pero la verdad es que no hay tal. El lenguaje es un utensilio tosquísimo que no cumple lo que promete. No es esta sazón para decir por qué precisa razones. Adviértase, sin embargo, que el lenguaje es una de las pocas cosas que el hombre ha dejado tal y como es por naturaleza, sin reobrar sobre ella. En casi todas las demás cosas de su ser nativo el hombre ha intervenido, transformándolas por medio de la técnica. En cambio, el hombre sigue hablando como canta el jilguero. Cuando al hablar cree que está cantando por su cuenta, esto es, diciendo lo que quiere decir, no advierte, que el idioma le esclaviza haciéndole decir lo que no quiere, traicionando su íntimo designio, suplantando su intención espontánea con fórmulas mostrencas que el uso le impone. El idioma es, tal vez, la más radical esclavitud del hombre –y si vemos a éste, tras haberse liberado de tantas cadenas en un maravilloso y multimilenario esfuerzo de evasión, recaer siempre en nuevas esclavitudes, acaso se debe a esa suprema servidumbre suya bajo la tiranía del lenguaje. Yo tengo la manía –como no puedo explicar ahora la tesis llamémoslo manía- de que la próxima gran liberación del hombre no se referirá a los órdenes en que el vulgo de hoy se ha acostumbrado a contraponer libertades y tiranías, sino que la próxima gran liberación, la más honda, tal vez la decisiva, será la rebelión contra el lenguaje que esclaviza la raíz misma del ser humano, que es su pensar, su pensar desde siempre aherrojado en la cárcel inexorable del idioma. Si yo continúo algún tiempo en la Argentina y si en la Argentina interesan de verdad las exploraciones insospechadas del puro pensamiento intacto de política – cosas ambas, aquella permanencia y éste interés, un tanto problemáticas-, yo expondría en Buenos Aires, por vez primera, lo que creo haber hallado sobre este asunto, ideas que

podrían ser de gran velamen y constituyen nada menos que los principios de una nueva filología. Para no citar sino lo que hace al caso presente: siempre se ha desconfiado del idioma por el hecho palmario y notorio de que apenas si hay vocablo que no sea equívoco, que no tenga diversas significaciones. Pero este carácter francamente equívoco de nuestro vocabulario no es difícil de dominar y hacerlo inocuo. Lo grave es esta otra consideración: que no existiría el lenguaje, que no podríamos decir nada si pretendiésemos en cada instante decir todo lo que tenemos que decir en ese instante. Para decir algo, nada más que algo, tenemos que renunciar a decir todo lo demás. Y conste que me refiero sólo a lo que había que decir para que efectivamente estuviese expresado con integridad ese algo que nos urge decir. Un ejemplo extremo y caricaturesco pero real aclarará a ustedes mi pensamiento. El que entra en un bar grita al mozo: «¡blanca!» y he aquí que el mozo entiende esta palabra mágica. Entiende muchas cosas que el cliente no ha dicho: entiende que su organismo necesita cierta bebida alcohólica de la especie llamada cerveza que tiene dos variedades, la blanca y la negra, de las cuales él solicita la primera. Nada de esto ha sido dicho. Sólo ha sonado la palabra «blanca» que significa, aislada y por sí, innumerables otras cosas, una pieza de dominó, un signo musical, una reina de Francia, Blanca de Castilla, una muchacha destinada al lupanar, en España, además, una moneda de plata, etc., etc. A pesar de este equívoco, a pesar de no haber dicho todo lo que fue callado, he aquí que basta este vocablo «blanca» para que el mozo entienda lo que el cliente quiere decir y le sirva un buen vaso de líquido rubio. Todo lo demás fue silenciado porque se da por supuesto. Pero ¿qué es lo supuesto, quién y cómo se supone lo que no se dice, lo que no se opondría? Si esa misma persona grita la palabra «blanca» en la iglesia al tiempo del Evangelio es evidente que nadie la entiende, tan no la entiende que el distraído cliente tal vez será tomado por un chiflado y conducido al próximo manicomio. Vean ustedes la escandalosa vacilación del lenguaje, puesto que la pronunciación de una sola palabra simplicísima puede llevar a consecuencias tan dispares como son o ingurgitar la espumosa bebida o dormir con camisa de fuerza. La diferencia está, pues, en el lugar y la ocasión en que se dice, lo supuesto lo supone la situación. La situación se encarga de decir lo que nuestra habla silencia. Pero la situación no es el lenguaje, la situación es la realidad misma de la vida, es la circunstancia que varía con el instante y el lugar. Y, sin embargo, es ella quien pone todo lo que se supone, quien dice sin hablar todo lo que nuestro decir calla. Gracias a ella, gracias a que la circunstancia nos es conocida, el lenguaje nos deja de ser equívoco. Señores, seamos justos: ¡abajo el lenguaje y viva la circunstancia!, puesto que ésta es más elocuente que aquél, sin pretenderlo, sin vocabulario, sin gramática, simplemente *siendo*, estando ahí. Pero noten que, en toda circunstancia en la cual y desde la cual hablamos, hay siempre dos elementos principalísimos, a saber: uno que habla y otro u otros que escuchan. La cosa es perogrullesca: hablar es decir alguien algo a otro alguien. Perogrullesca y todo no se han extraído nunca de esta munildísima verdad sus fértiles consecuencias. Porque si en la comprensión de lo que decimos es la circunstancia quien pone la mayor parte y no la lengua, y si en la circunstancia son los elementos principales quien sea el que habla y quienes sean los que escuchan, es evidente que cada palabra, aún la menos equívoca por sí misma, cambia de significado constantemente, tiene otro matiz de sentido según sea quien la dice y según sea quien la oye. Los filólogos habían desde siempre advertido esto vagamente, como no podía menos de ser porque salta a la vista, porque la experiencia a toda hora nos hace ver la mala interpretación que el prójimo da a nuestros más llanos decires. De aquí que rueda por los libros filológicos, sin que se la tome muy en serio, esta fórmula: *Duo si idem dicunt non est idem*. Si dos dicen lo mismo, no es lo mismo. Pues, bien, yo elevo a principio esta fórmula vagabunda y hago notar que toda

palabra, aun aparte de sus equívocos sabidos y normales, aun usada en una sola de sus significaciones significa infinitas cosas, más o menos distintas, según sea quien la dice y según sea quien la oye. Díganme ustedes, siendo así la realidad del hablar, cómo no va a ser difícil entenderse. Lo advertido revela que no basta para entendernos conocer la lengua en la que hablamos sino que además, para entendernos de verdad, tenemos que conocernos los que hablamos, sino la conversación se encrespa y destruye en una serie infinita de *quid pro quos*, de malas inteligencias. La realidad del lenguaje no es la figura abstracta y desnuda que de él nos dan, porque no pueden otra cosa y hartos hacen, el vocabulario y la gramática, sino esa novedad constante, esa variación permanente que experimenta una misma palabra en el diálogo del hombre a hombre, en el viaje siempre nuevo de tal labio a tal oído.

A mí esto me desespera, porque no me hago ilusiones. El filósofo es el único hombre que no tiene derecho a hacerse ilusiones; ésta es la porción trágica de su felicísima vocación. Y lo dicho es, en efecto, la verdadera razón por la cual yo, que no voy a presentarme ante ustedes, porque sería una modestia repugnante por lo fingida, como hombre de escasa facundia, de hecho he hablado en público –salvo treinta años de constante labor universitaria- relativamente muy pocas veces. Sé que tienen que darse muchas condiciones previas para que se produzca esa realidad sublime, tal vez la más alta a que pueden aspirar los hombres –ese sacramento de humana comunión- que es entenderse hablando. Sería necesario para ello que, de verdad, me conociesen ustedes. ¿Es esto posible?

He dicho el otro día por radio y me importa muy especialmente reiterarlo hoy aquí, que los hombres de una nación no saben, en puridad, ni una palabra auténtica de lo que pasa en otra nación, porque una nación es, ante todo, un sistema de secretos, un repertorio de arcanos que constan a todos sus naturales y son impenetrables para los extraños. Las naciones son intimidades, como lo son las personas. Y esta impenetrabilidad ha de entenderse radicalmente, aun referida a las cosas aparentemente más simples y acotadas. Así yo sé muy bien que no puedo tener idea alguna verdaderamente aproximada de lo que es en este país, por tanto, para sus compatriotas, el hombre de entre ustedes que yo haya tratado más en todos mis viajes juntos. Y parejamente ninguno de los argentinos tiene una idea ni remota de quien soy yo entre y para mis compatriotas: para todos ellos, para los que me son amigos, como para los que me son hostiles. ¡Es que ni idea! Por mucho que les hayan oído hablar de mí, sobre todo a estos últimos, a los hostiles. Es ése un punto en que mi fatalismo es radical. Y no es que sea imposible conocerse. No. Es muy sencillo –con una condición: que conviviésemos un tiempo bastante largo.

Cuando un argentino oye a uno de estos hostiles enumerar contra mí las mayores tremebundeces, no sospecha hasta qué punto las malentiende, porque ignora todo lo que al expresarse así da ese enemigo mío por supuesto, lo que silencia acerca de mi persona, pero está actuando en él junto a su enemistad, junto a su aparente odio y tremebundez. Porque yo he convivido con la vida de ese hostil como él ha convivido con la mía: nuestras existencias, íntegras, están inscriptas mutuamente en nosotros –nos sabemos bastante bien y sabemos por qué decimos lo que decimos y sabemos que no decimos mucho que callamos. De ahí que me haga tanta gracia y me traiga tan sin cuidado toda esa hostilidad. Conozco su secreto que el argentino ignora ¿Cómo no voy a conocerlo si he vivido siempre teniéndola enfrente, más aún, si he vivido anticipando esa hostilidad, contando de antemano con ella y cuidando que mi vida efectiva la haga imposible, quiero decir, le quite el suelo bajo los pies, la impida ser auténtica? Ahí tienen ustedes, un ejemplo concreto y un poco insolentemente revelado, para que sirva de aclaración y

confirmación de la doctrina enunciada sobre la impenetrabilidad de las naciones. El secreto es –y noten si es osado decir esto- que ese español enemigo en el fondo me estima y hasta me quiere, porque dentro de él está mi vida como dentro de mi la suya – sólo que la expresión de ese estimarme y quererme es precisamente agredirme- porque ése es el modo más sólito del español. Se trata pues, de una cuestión de vocabulario que ustedes como extraños, naturalmente ignoraban. Y si por un momento sienten ustedes curiosidad de alguna mayor precisión, no tengo inconveniente en añadir que, por ejemplo, esos españoles que hay en la Argentina y me son hostiles –no me refiero a los que viven aquí hace veite y más años porque esos, claro está, no tienen la menor idea viva y exacta de lo que ha pasado en España en el último cuarto de siglo y es como si fuesen argentinos-, esos españoles que hay en la Argentina y me son hostiles, fingen saber ante ustedes cuál es mi situación política, pero la verdad es que no lo saben y que saben que no lo saben y que yo sé que saben que no lo saben, y así hasta el infinito, porque el saber viviente es en efecto, inagotable e infinito, mas no por eso vago, sino terriblemente preciso, pues está inscrito como en un aparato registrador en nuestro ser. No sabemos vitalmente los unos de los otros, nos consabemos o somos lo consabido recíprocamente. Y lo demás es simple palabreo, lo demás es gana de hablar, y hablar, como hemos visto, es casi siempre no entenderse, intento que es fracaso de sí mismo, utópico afán. Nos entendemos más por lo que damos por supuesto y callamos, esto es, por lo consabido, que por lo que efectivamente decimos. DE donde resulta esta extraña pero inevitable paradoja: que el hablar, el auténtico hablar se compone principalmente de silencios.

Pensando así comprenderán ustedes que el título de esta conferencia es un poco añagaza y superchería bien intencionada. Es anunciar un tema que hoy sólo vamos a abrir, a lanzar a la circulación intelectual de este país, pero que no voy a tratar íntegramente. En una sola conferencia sería imposible y más no conociéndome ustedes bastante. Hoy voy a decir sólo lo más general, lo menos peligroso. Y esperaré. Esperaré a que me conozcan ustedes mejor para volver aquí y reanudar el asunto y penetrar más hondo en él y llegar a sus zonas delicadas, y decir lo que un extranjero a sabiendas de que lo es y por tanto de que queda extramuros de la ciudadela de secretos que es, como toda nación, la Argentina, lo que un extranjero que quiere ardientemente a este pueblo, que le debe ingredientes muy sustanciales de su vida, cree haber visto acerca del pasado de ustedes, y lo que importa más, de su porvenir. Proceder de otra manera, lanzar aquí, sin más, las ideas, los atisbos, las sospechas, las evidencias que yo tengo en mí sobre lo que ha sido, sobre lo que puede ser y cómo puede ser este pueblo, sería, hoy por hoy, una indelicadeza, una impertinencia y sobre todo esto, una ocasión grave, frívolamente ofrecida a la mala inteligencia.

Pueblo joven es una frase hecha –un tópico que circula por el habla cotidiana. El ámbito social está lleno de estos tópicos o lugares comunes que van y vienen, los cuales son semi-ideas anónimas que encontramos ya fraguadas, no se sabe por quién, ideas como municipales que usamos como usamos de los servicios públicos y que tienen la misma procedencia y carácter parejo a éstos. Si de súbito nos extirpasen, aun el más presumido, todos esos tópicos que usa a cuenta de la colectividad en que se ha educado y vive, sería, en efecto, como si, de pronto, desapareciesen todos los servicios públicos –nos sentiríamos retrocedidos a la selva primigenia o a la gleba cuaternaria. De esos tópicos que usamos sin repensarlos por nuestra cuenta, a crédito, como el papel moneda, los hay que son grandes verdades y los hay que son grandes necesidades. El hombre vulgar no distingue los unos de los otros: cuando se pone a hablar se monta, sin más, en el tópico que pasa como en un tranvía. Pero hay también el listo que dice, por ejemplo: pueblo joven es una frase hueca. Perdón, señor listo, perdón. No imagina usted ni de

lejos todas las cosas que tendría usted que saber y que ignora, para que esa su descalificación de la idea «pueblo joven» fuese siquiera atendible y respetable. Y aquí tienen ustedes ya la primera cuestión sobre el pueblo joven que sería forzoso desarrollar para que la viesan con evidencia, una cuestión que es base de cuanto voy a decir luego, pero que por falta de tiempo tengo que saltarme, contentándome con una afirmación concentrada y dogmática de lo que es, en verdad, toda una enorme y sólida teoría, a saber: que todo lo humano, lo mismo las personas, que sus acciones y sus ideas y sus pasiones, y sus obras y construcciones, tiene siempre *una edad*, esto es, que a poco que sepamos mirar, será siempre posible, en principio, decir de algo humano presente a nosotros si está en su niñez, en su juventud, en su madurez o en su caducidad y senescencia. Como ven ustedes el principio no puede ser más taxativo y general. Si algún joven de los que ahora me escuchan tiene la memoria tenaz, es posible que andando los años, cuando vea según que principios metódicos rigurosos se escribirá entonces la historia, se acuerde de haber oído esto hoy.

Los caracteres de la juventud aparecen, como casi todas las cosas, más claros y obvios en los cuerpos vivientes. Y, sin embargo, es incuestionable que esto que llamamos las almas también son siempre de una u otra edad. Los geógrafos hablan, asimismo, con buenas razones, de ríos jóvenes y viejos, de volcanes adultos o decrepitos. La juventud es una forma general de ser que se especifica según el objeto de que se trate. Uno de los caminos que podíamos hoy seguir sería comenzar definiendo los caracteres generales del ser joven, para ver si luego se podían aplicar a unos ciertos pueblos. Pero ese camino sería el más largo y se trata de marchar por senderos que abrevien, máxime advirtiéndole que si en el título de esta conferencia se habla de pueblo joven, sin más particularización, se sobreentiende que nos referimos sólo a una clase de pueblos jóvenes, a los pueblos jóvenes de nacimiento colonial. Otros pueblos nacieron de otra manera y su juventud fue de otro estilo: nacieron por expansión de una tribu o, lo que es más frecuente, tras la conquista de un pueblo por otro –ambos previamente desarrollados. Otros, en fin –y es el tipo estrictamente inverso al de estas naciones americanas-, nacieron porque un pueblo más joven invadió un pueblo caduco. Fue el caso de Francia, España, Italia. Lo que llamamos fenómeno de «barbarización», hecho magnífico, estupendo, fertilísimo, pero, repito, estrictamente inverso del que hoy vamos a analizar. Bien entendido que yo no voy a referirme a la Argentina especialmente, como no sea en algún momento determinado. Mi asunto es el pueblo joven de origen colonial.

Se trata de uno de los temas más antiguos y constantes en mi pensamiento, sobre el cual he insinuado ya en varias ocasiones algunas ideas, a saber: la ignorancia que se padece sobre una categoría histórica de primer orden y, sin embargo, nunca estudiada a fondo. Esa categoría es «el hecho colonial». Ya en mi primer viaje a Buenos Aires, en 1916, toqué este asunto en las primeras palabras de mi primera conferencia de la Facultad de Filosofía, cuando presentaba yo la aparición de la filosofía en la tierra «como una aventura colonial». La filosofía, que es un hecho griego, no brota, sin embargo, en Grecia. Una vez y otra he insistido para atraer la atención de los meditadores sobre este gran modo de atención de los meditadores sobre este gran modo de vida humana que aparece en las altitudes más diversas de la historia y que se llama «vida colonial».

¿Por qué no se ha estudiado este gigantesco fenómeno en toda su amplitud? NO se trata sólo de la «colonización» que es lo menos interesante y el preámbulo de lo demás: se trata también de la «existencia colonial» después de la estricta colonización. Se trata de una forma de vida histórica que en proporción menguante continúa después de la

independencia de las colonias y que, por lo que hace a América, tal vez sólo ahora está de verdad concluyendo. Para ir a fondo en el tema, fuera menester investigar todas las áreas del globo y todas las grandes etapas históricas. Pero aún sin penetrar en las formas coloniales de Oriente –de los malayos, por ejemplo-, aún reduciéndonos a nuestra porción occidental tendríamos que comparar estos diferentes estadios: la colonización griega, la romana, la de los árabes, la de Europa en el Norte y en Sudamérica, la de Australia, la africana. La variedad de estas manifestaciones nos permitirá extraer la esencia misma de la vida colonial. Entonces notaríamos que tras ese nombre se oculta una forma específica de existencia humana que posee su fisiología y su patología propias. Y aquí tienen ustedes la razón por la cual mi trabajo no ha podido llegar a madurar. Exigía ciertos largos viajes que no he podido hacer. Piensen que para Australia los Estados Unidos son un pueblo viejo y para Rodesia, benjamín de las colonias, Australia es una persona mayor. Todo esto había que verlo, verlo con los ojos de la cara para hablar con firmeza sobre ello. ¡Qué tema, señores, que tema gigantesco y emocionante!

Esta forma de vida humana que es la vida colonial tiene un primer carácter que le es peculiar: el de ser sólo etapa, período, momento hacia otra. La «vida oriental», la «vida antigua», la «vida europea», duraron o durarán más o menos milenios, pero aunque no quedase de ellas rastro serían en sí mismas imperecederas, intransitorias por la sencilla razón de que no son tránsito a otra vida sino que terminan dentro de sí mismas. La vida colonial, en cambio, lleva dentro de sí la inexorable condición de desembocar en otra forma de vida que es ya estable: la vida autóctona.

Con esto nos hallamos ya en un segundo carácter: la vida colonial es la no autóctona. Es decir, que el hombre que la vive comienza por no pertenecer al espacio geográfico en que la vive. Y no sólo al espacio geográfico, sino al tiempo, a la época en que ese espacio está, quiero decir: la colonización consiste en que hombres de pueblos viejos y muy avanzados en el proceso de su civilización caen en tierras menos civilizadas, es decir, históricamente más jóvenes. Como David anciano busca contagiarse de mocedad durmiendo con la niña sunamita, la vida del colonizador, hombre de vieja raza, se rejuvenece al contacto de una tierra como adolescente.

Este rejuvenecimiento no es una metáfora ni, de otra parte, necesita proceder de ningún influjo misterioso y mágico que la tierra nueva ejerza. Hay que ver esto con claridad y sin misticismos si se quiere pensar con evidencia lo que es un pueblo joven. Por eso he dicho que se rejuvenece la *vida* del colonizador, la estructura de su existencia. Ahí planteo la cuestión porque eso es lo decisivo y lo que se puede estudiar con claridad. Pero no niego, conste, simplemente lo dejo fuera de la consideración actual, el hecho efectivo y efectivamente misterioso, aún por completo inexplicado, de que el contacto con la tierra nueva cambia también hasta la figura física del hombre pocas generaciones después de su arribada. Diríase que cada tierra es como un escultor que no sabe hacer más que una cierta figura, y las razas más diversas proyectadas sobre ella comienzan en seguida a converger hacia un nuevo tipo corporal común. Nadie sabe por qué secretas químicas acontece esto. Yo siempre me he preguntado con asombro por qué en China los gatos y los ciervos tienen los ojos oblicuos lo mismo que sus mandarines.

Pero repito que yo no planteo la cuestión en ese plano de los misterios telúricos hoy por hoy inabordables. Eso queda para el conde de Keyserling.

Lo que estas tierras tienen de nuevas es principalmente que en relación a las capacidades del emigrante, hombre ya muy civilizado, la tierra a que llega está vacía, esto es, inexplorada. Los indígenas que las poblaban eran escasos en función de la

magnitud y posibilidades de las tierras y además, tan inferiores por su cultura a los colonizadores que era como si no existiesen o como si fuesen para ellos meros objetos utilizables.

Con esto basta para explicar el rejuvenecimiento. Imagínese cada uno de nosotros trasladado solo o con pocos de sus afines a un territorio muy remoto, de enorme extensión y deshabitado. Llega con las superiores técnicas intelectuales que una civilización muy desarrollada ha puesto en él, y con muchos de los instrumentos eficientísimos que esa civilización ha creado. Pero los problemas de su vida cambian. En la metrópoli eran éstos los propios de una civilización avanzada: en la tierra nueva tiene que volver a plantearse los problemas más primitivos. Es decir, que su existencia colonial consiste en el anacronismo entre un repertorio de medios muy perfectos y un repertorio de problemas muy simple. Sin perder ninguna definitiva ventaja ha descendido unos siglos abajo, se ha instalado en una zona vital más fácil. Consecuencia: sentimiento de prepotencia. El mismo hombre se siente en la nueva tierra más capaz que en la antigua. Primer síntoma de juventud; sentir sobra de poderío, en rigor, petulancia. ¿No es extraña la coincidencia de todas las colonias –cualesquiera fuesen los pueblos originarios y las civilizaciones matrices- la coincidencia en la petulancia?

Ciertos casos extremos debían haber despertado más la atención de los pensadores. Por ejemplo, el hecho nada infrecuente del empleado inglés; piensen ustedes, el empleado inglés a quien se destaca en un puesto remoto y solitario de la India o del Mar del Sur y que pronto se vuelve megalómano, se dementa con manía de grandezas y acaba por indisciplinarse frente a su Estado. Kipling y Conrad han contado esto en varias de sus narraciones.

A poco tiempo que viviésemos en esas nuevas condiciones notaríamos que los refinamientos íntimos, las complejidades de la cultura metropolitana se habían semiatrofiado en nosotros, al no ser refrescadas y estimuladas por el uso, y en cambio se robustecerían las reacciones elementales solicitadas por un contorno también elemental. El colonial es, pues, siempre, en este estricto sentido, un retroceso del hombre hacia un relativo primitivismo en lo que afecta al fondo de su ser, pero conservando un utillaje material y, a veces, aun social, de gran modernidad. A ese retroceso hacia lo primitivo deben estos pueblos su juventud, en eso consiste su juventud, y del resto que de él perdure depende lo que dure y quede de vuestra juventud como pueblo. Este anacronismo entre la vida externa modernísima y la vida interna elementalizada es constitutivo de la vida colonial y es, a la par, su mayor tesoro, su mayor encanto. Ese desnivel entre lo uno y lo otro liberta, como todo desnivel, energía, dispara fuerza viva. Si el hombre argentino, que acaso ha salido ya del todo o está próximo a salir de lo que yo llamo vida colonial, estuviese hoy por dentro tan hecho como lo está por fuera, perdería para nosotros europeos su interés y no nos sería una esperanza. No vaya a resultar ahora –¡sería el colmo-! que cuando yo digo que en la vida colonial el colonizador y, por tanto, el pueblo que él crea, retrocede hacia una forma de existencia más primitiva, más elemental y más fácil que la metropolitana, se entienda como una censura cuando es lo positivo de estos países, lo que de ellos nos interesa y nos atrae.

Confieso que a veces me quedo un poco espantado al ver cómo se malentienden algunas cosas que digo, cómo se entienden del revés y esto es lo que me ha hecho hablar antes de la dificultad de entenderse. Lejos de ser una censura eso que he dicho, siento irritación cuando oigo a otro extranjero o a un indígena considerar como defecto de este país aún en formación, que aún no ha llegado a la edad plena adulta, la ausencia o la insuficiente presencia de ciertas cosas que hay en los pueblos viejos. Por ejemplo, oigo decir: la Universidad argentina no acaba de estar bien. Pues no faltaba más sino que

estuviese ya bien. Sería monstruoso, sería desesperante que la Universidad estuviese ya completamente bien en Argentina. Durante dos años y medio, hasta que recaí gravemente en una antigua enfermedad, he vivido día por día dentro de la Sorbonne. Y si he vivido aquí ahora, antes de haber guerra, conste, ha sido precisamente para resarcirme de la Sorbonne, para buscar lo otro que la Sorbonne. Pero no vaya a sacarse como consecuencia de lo dicho que hay que desentenderse de la Universidad en la Argentina y dejarla flotar a la deriva. Nada de eso; se está pecando aquí de no atenderla más, de no impulsar con mayor denuedo a la Universidad y, acaso más aún, a ciertas instituciones que deberían fundarse con vistas al porvenir. Pero insisto en que yo vengo a buscar lo otro que la Sorbonne. Y eso otro no es ciertamente hacer negocio. Yo de aquí siempre he vuelto tan desnudo de haberes como llegué. He venido, por lo pronto, a traer lo que tenía –unas veces poco, otras veces, como ahora, mucho-, a traer eso, pero también a llevarme, a llevarme lo que hay aquí, a pesar de que los argentinos hacen cuanto pueden para que no lo haya: juventud, el famoso «divino tesoro». Venir acá es para nosotros europeos una etapa de sanatorio, es un baño mágico, una inmersión en una esencia como eléctrica –que, al menos a mí y compadezco al europeo lo bastante torpe para no saber sentirlo, que, al menos a mí, me refresca, me renueva, me hace retoñar, me regala primaveras, me poda decrepitudes y me insta en vida nueva. El aire de Buenos Aires, a pesar de lo mal que huele por causa de la nafta, es irremediablemente joven y es un desdichado el europeo que no sabe percibirlo y aprovecharlo.

Porque no se confundan las cosas: no es fácil percibirlo, y todo eso que acabo de decir no se entienda como si yo dijera banalmente que me renuevo en Buenos Aires porque la vida es aquí, por lo menos para el extranjero, muy agradable. No hay tal. La vida aquí no es tan agradable, tiene muchos lados francamente desagradables, espinosos, broncos, ásperos –aparte del detalle que me es particular de que no se cómo me las arreglo pero yo siempre he tenido que vivir aquí trabajando desde el amanecer hasta medianoche, a marchas forzadas, como un buey que al principio de mi conferencia saqué a pastar. El encanto y la magia juveniles de este pueblo está más allá del plano burgués en que las cosas son agradables o desagradables. Es, repito, que la vida aquí tiene otra edad que en Europa, y es, quieran ustedes o no, hagan lo que hagan contra ello, una vida adolescente. Podrán los individuos ser o dárseles de ser revejidos y complicados y herméticos, pero ella, la vida, la vida de ellos y, por tanto, el aura ambiente es moza, elástica, impetuosa, ardiente. Y yo me baño en ella deliciosamente, aunque todos los argentinos, uno por uno, se dedicasen a decirme o hacerme impertinencias. ¡Así que es fácil molestar a un filósofo!

La impresión del argentino consciente y sensible es opuesta a la mía, ¡calro está! Ello confirma precisamente mi diagnóstico. El argentino, y lo mismo, presumo, pasará al bresilero, siente en el fondo de su vida manar querulante un hontanar de tristeza, de desolación, de descontento, de extraña insatisfacción. Para el argentino de mejor calidad, yo entreveo que su existir le parece como puro afán que se consume a sí mismo sin llegar a su logro, como savia que asciende anhelante y se desespera por no llegar nunca a ser fruto, como un no parar de hacer cosas y, a la par, una impresión de no tener qué hacer, de vivir una vida con pobre programa. Muy bien, pero ¿no es todo eso precisamente juventud? ¿De cuando acá ha sido para el joven agradable ser joven? La juventud nos agrada a nosotros los viejos que la vemos, por desgracia, desde fuera de ella y como algo exótico, como vemos en el zoo a la jirafa. ¿El joven no consiste justamente en ese descontento, en sentirse habitado de angustias, de melancolías, de apetitos indecisos y vastos que no se logran nunca, apetitos tullidos, muñones de deseos? El joven, justamente porque tiene ante sí intactas todas sus posibilidades, no es

aún nada de hecho. Ser ya y de verdad algo, implica que hemos renunciado a otras posibilidades, las hemos dejado a uno y otro lado del camino de la vida, desnucadas antes de nacer. Este hombre harto de trucidar vidas posibles es el hombre maduro. DE aquí la seriedad de su semblante. Medita sobre sus crímenes incruentos que fueron inevitables. Mas el joven vive en disponibilidad, lo cual quiere decir que no se ha adscrito aún a nada, que no se ha encarcelado en nada –vive de posibilidades, y en la dimensión de lo posible que es siempre insatisfactoria.

Creo hacerme cargo bastante bien de la situación: la vida de una ciudad como Buenos Aires ofrece un programa de existencia cotidiana mucho menos rico y variado que el que ofrecen, sobre todo, que ofrecían hasta hace no mucho tiempo las grandes urbes europeas. La vida aquí tiene menos ingredientes y menos facetas que en los pueblos viejos que han ido en su trayectoria milenaria conquistando, una a una, nuevas dimensiones del existir. Mas, por lo mismo, aquí la vida se concentra con una densidad formidable sobre esas pocas dimensiones y les extrae fieramente, deliciosamente, un jugo que nosotros, los viejos europeos, no sabemos sorber de la vida. Por eso, al llegar aquí nos sorprende y nos contamina –en esta contaminación nuestra consiste nuestro retoñar- el sabor como nuevo que todas las cosas que ustedes viven, aunque sean pocas, tienen para ustedes. Si se entiende *cum grano salis* y no aviesamente, diré que lo que yo vengo a reaprender aquí es como ustedes estrenan, con todo el frenesí de un estreno, el repertorio eterno de la vida.

Con esto llegamos a un punto –el último que hoy voy a tocar; no olviden que hoy he prometido sólo iniciar el gigante tema y dar sobre él los primeros golpes de arco-, con esto llegamos al capítulo de las pasiones del pueblo joven. Porque un pueblo joven es eso: un pueblo en el cual todavía las pasiones de los hombres funcionan a toda máquina con plenos y recién hechos resortes.

Comencemos por una confidencia de viajero. A poco de estar en la Argentina nos sorprendemos, preocupados, por toda una serie de errores que en el trato social hemos cometido. Sin advertirlo, sin quererlo, más aún, queriendo todo lo contrario, resulta que hemos herido a muchas personas. Los gestos que en Europa estábamos habituados a hacer, la conducta que allí es la norma, suscitan aquí enojos, descontentos, irritaciones. Si no somos ridículamente orgullosos intentamos primero explicarnos la falta por defecto nuestro. Pero no nos convencemos. Es uno el mismo allá y acá, y allá funciona bien nuestro comportamiento y acá ese mismo comportamiento causa erosiones en casi todos los que tratamos. ¿Por qué fulano se nos habrá enojado? ¿Por qué aquella señora tan amable el primer día se ha vuelto esquiva el segundo? ¡Gran Dios! ¿Qué crimen hemos cometido! Un instante de reflexión nos aclara el enigma. DE pronto caemos en la cuenta de algo muy sencillo: que aquí las pasiones privadas funcionan a gran presión mientras en Europa hace mucho que apenas si funcionan, cuando menos la mayor parte de ellas. En Europa nos hemos acostumbrado a no contar con las pasiones y aquí inesperadamente nuestros gestos tropiezan con ellas. ¡Las pasiones! En Europa ya hasta la palabra se usa poco, suena a vagamente extemporánea. Y, es curioso, los libros, por ejemplo, de los grandes clásicos del pensamiento europeo que son del siglo XVII, esos tratados sobre las pasiones que todo gran filósofo se sentía obligado a escribir – Descartes, Spinoza-, son los que menos entendemos. El hecho será todo lo sorprendente que ustedes quieran, pero apenas se cae en su cuenta, todo se ilumina. Y es que, como siempre he pensado, en el hombre todo es histórico, no hay nada permanente y es un error creer, por ejemplo, que el hombre tiene siempre prestas y prontas, como una jauría de mastines, sus famosas pasiones que se ha creído eran perpetuas. No, no: las pasiones tienen también su historia, una historia que es preciso construir un día y que nos

ofrecerá paisajes insospechados de la realidad humana. Yo tengo estudiados algunos, sólo algunos de sus momentos porque, bien entendido, yo sé muy poco, muy poco, mucho menos, claro está, que los jóvenes sabios de aquí, los que han leído cuatro libros alemanes y se permiten hacerme mohines, a mi que soy actualmente uno de los escritores de cosas de pensamiento que se vende más en Alemania desde hace años. Porque todo mi entusiasmo por la Argentina no tiene que ver con que en la Argentina pasen algunas cosas perfectamente ridículas a las que, claro está, no puedo ahora ni aludir. El hecho es que las pasiones invaden en una fecha el haz de la historia y avanzan en formidable marea viva –por ejemplo, en ciertos siglos de Grecia y Roma, en el Renacimiento, en China durante la época llamada de los Cien Estados. Pero luego viene el reflujó, la bajamar de las pasiones que quedan como mansas, cloroformizadas, ausentes. Es la sazón del otoño. La civilización ha avanzado mucho y la civilización es, ante todo, un montaje de inhibiciones, de frenos. Las pasiones del europeo –en forma extrema contemplan al inglés- están recia y habitualmente frenadas. Esta es la situación de Europa en lo que va de siglo: me refiero, conste, a las pasiones privadas no a las políticas, sobre las cuales habría demasiado que hablar. Pongamos un ejemplo: la vanidad. La desaparición de la vanidad en Europa es un hecho incuestionable. Hoy es sobremanera infrecuente tropezar en el viejo Continente con hombres verdaderamente vanidosos. Sin duda los hay; hay genios de la vanidad, que son vanidosos por su cuenta y riesgo, pero que tanto más destacan como excepción, como supervivientes, como monstruos de otras épocas. El ambiente normal hace imposible, arcaica, sin sentido la vanidad y con ella elimina todas las suspicacias, irritaciones, resquemores que ella fomenta. Por eso es fácil hoy en Europa el trato social, fácil, cómodo, comfortable... y triste.

En los pueblos jóvenes, en cambio, todas esas pasiones operan enérgicas, sin inhibición, sin freno, dan sus grandes brinco feroces de felinos, se disparan subitáneas sobre el que pasa. Presenciarlo, sufrirlo no es agradable, pero es estupendo para un aficionado a vivir. Por eso, hasta que caemos en la cuenta de ello, herimos a tantos amigos, producimos tantas erosiones y, claro está, nos las producen en represalia a nosotros. Las calles y los salones de Buenos Aires y los círculos académicos están llenos de rebaños de panteras magníficas que caen sobre el transeúnte: son las pasiones de Buenos Aires, los motores del pueblo joven. El argentino que suele inhibir defensivamente su espontaneidad creadora, deja, en cambio, indómitas y sin bozal sus pasiones.

Por desgracia, junto a las sanas hay otras que no suele haber en el pueblo joven típico, sobre todo una que puede ser una terrible rémora para la marcha de este país: la envidia. No es fácil hacer grandes naciones con pueblos de envidiosos como los nuestros, el mío y el de ustedes. Mientras el envidiosos exista y pulule y reine, no hay nada serio y peraltado y magnánimo que hacer. Esperemos que la generación más joven se resuelva a acabar con la envidia en el sagrado ámbito de la nación. Suene la trompeta de caza - ¡Hallali!-, jóvenes, formad vuestros equipos y dar caza al envidioso, dondequiera que lo encontréis retorcedle moralmente, socialmente el pescuezo, no lo toleréis en ninguna de sus manifestaciones, arrancad hasta la raíz del alma de vuestra raza esa corrosiva y sucia pasión, perseguid sin descanso, sin tregua a todos los envidiosos, por todos los rincones, hasta que no quede uno solo en esta como magnífica tabla de varonil pecho que es la ancha tierra entre los Andes y el mar.

Porque hay que apurarse, argentinos. El tiempo corre y la vida colonial, probablemente, termina ahora, aun en sus formas más avanzadas, para América. Como está en la agonía la economía colonial, así el resto de esta forma de vida. Y con la vida

colonial termina el vivir *ex abundantia*- las glebas se van llenado de hombres. La población se densifica –ya no hay tanta buena tierra libre, ya se ha averiguado que gran parte de esa tierra libre no es buena. Mientras hay tierra de sobra la historia no podía empezar. Cuando el espacio sobra, ante el hombre reina aún la geografía que es prehistoria. La prehistoria es el paraíso, es la vida de la campaña, y del hombre en ella como un detalle. La prehistoria es, más que historia, paisaje. La vida colonial tiene, por eso, un delicioso carácter bucólico –es el campo, el campo abundante en derredor de unos pocos hombres. Pero ahora va a empezar la historia de América en todo el rigor de la palabra: esa primera juventud que es la adolescencia termina, la cuesta se inicia. Adán sale del paraíso y comienza su peregrinación. Buena suerte, argentinos, en esa historia que para ustedes comienza. Hoy hemos hablado un poco, aunque informalmente, del Adán colonial, como el miércoles seguiré hablando de la Eva criolla. Digan ustedes de mi lo que quieran, menos que no los siento, que no los siento con todo mi ser.

## BALADA DE LOS BARRIOS DISTANTES

¡Dejad a cada cual con sus amores! ¡Yo prefiero los barrios distantes! ¿Os extraña? Es natural. Toda vida es extraña. Por eso es divertida una vida cualquiera si acertáis a entenderla. Mirada desde su interior, toda vida es legendaria ni más ni menos la humilde que la ilustre. Nosotros sabemos muy bien que nuestra propia vida está hecha de detalles, como el tapiz que ostenta la gran batalla no está hecho más que de hilos. Pero cuando se trata de la vida ajena, ¡qué sumarios somos, qué esquemáticos, cómo generalizamos! Esto es gran estupidez y ganas de engañarnos a nosotros mismos. Queremos pescar la vida del prójimo y usamos una red de mallas tan anchas que escapa por ellas cuanto anima el piélago: el arenque y la sirena. El hombre contemporáneo, demasiado entretenido con el manejo de objetos y artefactos, perdió casi por entero la cultura de las humanidades y no tiene la menor técnica para el trato y absorción del prójimo. Y, sin embargo, sólo el hombre divierte de verdad al hombre. La sociedad se origina en el aburrimiento. Convivimos para sernos recíproco espectáculo.

¡Dejad a cada cual con sus amores! ¡Yo prefiero los barrios distantes! De un hombre os sorprenden los sentires y acciones porque olvidáis que no existe en abstracto, sino oprimido por la más determinada circunstancia. Esta es el hueco de la pieza del puzzle que habréis de representaros para encajar en él esos sentires y acciones. Tomad una fotografía instantánea de una muchedumbre. Todos aquellos individuos están allí para lo mismo. No obstante, fijaos: la instantánea ha sorprendido a uno con la pierna en flexión, al otro con la mano en alto, al de más allá con la cabeza torsionada. Si queréis entenderlos en el minuto inmediato tenéis que partir de esa postura singular en que cada uno está. No vale generalizar cuando se habla de alguien *nominatin*. La vida está siempre partiendo en nosotros de la precisa postura en que ahora, en toda hora, estamos.

¿Qué tengo yo que hacer en el centro de Buenos Aires, queréis decírmelo? Soy lo contrario de un hombre de negocios. No participo en intrigas. No tengo oficina. Mis relaciones sociales son sobrias. Detesto las reuniones en que hablan de política los que no entienden ni de política, pero están resueltos a salva este país y, de paso, los demás países y, encima, la humanidad. ¡Ah... y también la cultura! ¡Porque la cultura está en peligro y ellos, precisamente ellos, la van a salvar! No he tenido tampoco ocasión de conocer, aparte de contadísimas excepciones, a los intelectuales de Buenos Aires. ¿Quieren ustedes decirme qué tengo yo que hacer en el centro de la ciudad con sus calles intestinales, de fachadas mudas, de veredas angostas, por las cuales no se puede pasear? Por casi todas las calles del centro sólo se puede ir de un sitio al otro lo más deprisa posible y yo no tengo dónde ir ni para qué ir a parte alguna. La calle no me es tránsito, sino estadía: la necesidad no de para llegar a donde sea, sino para estar mientras voy a ningún sitio.

¡Dejad a cada cual con sus amores! ¡Yo prefiero los barrios distantes! Buenos Aires se compone ante todo de dos inmensos ingredientes antagónicos: es un gran pueblo pastoril y es una gigantesca factoría. El pueblo pastoril vino de las altas provincias, de la Pampa ganadera que se alarga, sorprendida de sí misma, de remotos países labriegos: España, Italia, Siria. La factoría ha llegado de todos los rincones del mundo. En Corrientes y en las calles próximas, llenas de Bancos y oficinas, es donde pulsa violentamente esa fauna atroz de factoría. Son los hombres que han venido a lo suyo, de apetito urgente, que al pasar os desarticulan el hombro porque van disparados a ultimar su negocio. De imaginación seca, su hambre es tanto más feroz porque no desean cosas

que ellos hayan imaginado y tendrían que crear, sino que ya está ahí, en el escaparate. Necesitan comprar en seguida un automóvil, una vitrola, una radio y un *frigidaire*. Para tan concreto menester están espléndidamente dotados con las tres cualidades necesarias: audacia, grosería y prisa. ¿Qué va a hacer en Corrientes un fantasma como yo?

Y es el caso que esa fauna atroz de factoría significa una fuerza gigante que empuja hacia lo alto a este país. Es un formidable salto de agua que mueve la turbina de la República, y al cruzar, azorados, por Corrientes, sentimos la eléctrica presencia de incontables H.P. Para que esa fuerza brutísima resulte aprovechable es menester que el pueblo pastoril la encauce y le sea cuadro y marco, que domestique su turbulencia de rápido oponiéndole quietud de remanso. Al caer de la tarde, las dos líquidas venas confluyen en Florida mezclando sus aguas dispareas. Y lo sorprendente, lo increíble —el hecho esencial de la vida argentina actual—, es que todavía el remanso pastoril domina por completo la broca torrentera. Sería demasiado pedir que ésta no tiñese un poco el agua mansa. Pero yo he aprendido en mis viajes cotidianos a los barrios distantes lo que nunca hubiera creído si me lo hubiesen contado: que esta población de tres millones de habitantes es profundamente patriarcal. La escena vespertina de Florida es sólidamente provinciana, y me recuerda a la gente de Murcia paseando arriba y abajo por Platería, un paseo que habrá hecho muchas veces Azorín cuando era aún un mozo y ya era espectro. Todos los ensayos de capitalidad perversa que se hagan en Buenos Aires se estrellarán, afortunadamente, contra el inconmovible acantilado de sus virtudes familiares. Sólo nos hará ver bien lo que es esta inmensa aglomeración urbana quien nos explique cómo, a pesar de su tamaño monstruoso, Buenos Aires consiste en un Estado, sorprendentemente desarrollado, más de lo que acaso advierten los mismos argentinos — y debajo de él, inmediatamente, sin grupos intermedios más complejos, la familia primigenia. El resto tiene todo el aire de ser una ilusión óptica. En el movimiento que es Florida, ala hora del lucero, la factoría pone la aparente velocidad y el pueblo pastoril la materia.

¡Dejad a cada cual con sus amores! ¡Yo prefiero los barrios distantes!

## VIAJE POR LOS VALLES DE LA QUINA

(Prólogo a la versión española del libro de Paul Marcoy, *Viaje por los valles de la quina*, publicada en la colección Austral, Buenos Aires 1940.)

Desde la adolescencia he compensado mi propensión sedentaria siendo empedernido lector de libros de viajes. He leído los famosos, pero también los olvidados o desatendidos. Esta conducta me ha proporcionado gratos encuentros. Así el que tuve con éste, que podría muy bien considerarse como el último libro romántico de explorador. Lo leí hace un tiempo fabuloso y de él flotaban sólo en mi memoria unas cuantas fosforescencias. Paul Marcoy era, si no recuerdo mal, un farmacéutico francés que fue enviado a las regiones andinas para estudiar, entre otras cosas, el árbol de la quina. Marcoy publicó un libro monumental sobre el Perú, en cierto modo clásico, y que todos los que se ocupan de aquel país y de sus sumergidas civilizaciones conocen. Pero al lado de esa obra colosal, Marcoy dejó manar su romántica vena en este otro libro menor. *Viaje por los valles de la quina*, que es muy poco notorio, a pesar de que apareció con deliciosos grabados hacia 1870, en uno de los centones más populares de aquel tiempo: *Le Tour du Monde*.

El año pasado, hablando por radio vanamente a los radioescuchas argentinos sobre la mujer criolla, vine a recordar dos figuritas de mujer andina que desde tiempo inmemorial danzan dentro de mí, seductoras e irreales, y que conocí en este libro. Ello me llevó a recomendar su publicación en esta encantadora biblioteca. Puede interesar al lector la faena de metamorfosis que nuestra fantasía, calladamente y hasta de modo fraudulento, ejerce sobre nuestras reminiscencias. Véase, en reproducción literal, lo que inyecté en el micrófono y que no pude comprobar relejendo el libro, porque no he logrado encontrar en Buenos Aires la venerable colección *Le Tour du Monde*.

«La vehemencia lanzando a la espontaneidad, la espontaneidad dando materia a la vehemencia, producen sin pretenderlo, la tercera cualidad de la criolla, que es la gracia. Esta gracia no es el chiste ni es tampoco, por fortuna, el *esprit*. La criolla no es ni chistosa ni espiritual, con lo cual -¿ven ustedes?- alejamos nuestro entusiasmo de varios tipos ilustres de mujer. El *esprit* es el alfiler intelectual. La gracia de ella es lo gracil de todo su ser, de sus ademanes, posturas, expresiones, fervores, travesuras. Pues la admirable elasticidad que le otorga su energía vital le da un gran sentido para crear sobre la vida inevitable el juego de la vida. Es traviesa, inventora de proyectos, de estratagemas, de halagos, de burlas.

»Un farmacéutico francés fue comisionado por su país para hacer ciertos estudios botánicos en las regiones limítrofes entre Perú y Bolivia. Se instaló en el Cuzco, de la cual ciudad narra algunas escenas divertidas. De allí parte, en penosa exploración, hacia la frontera de Bolivia, por tierras que se hallan a tres mil y más metros de altura, que eran en aquellos tiempos vastísimas y silentes soledades habitadas por escasos indios y algunas estancias a enorme distancia entre sí. Un día arribó de mañana a una de estas estancias, de la que era dueño un buen cincuentón, hombre de excelente fondo, pero un tanto presumido. Quiso el azar que aquel día se celebrase la fiesta de su cumpleaños. Había recibido vagos anuncios, traídos por indios, de que alguien iba a llegar para festejar la fecha, y él había preparado mesa y bebidas.

»Y, en efecto, sin que sepa cómo ni por donde, el estanciero cincuentón y el farmacéutico francés se encuentran con que en el salón han surgido dos damas, dos

criollas de las estancias vecinas, si es que en aquellas solitarias y enormes lejanías se puede hablar de vecindad. Y apenas llegan, con su peinado de rodetes, con sus chales ingravidos, con sus polleras redondas, que la moda hacía aún cortas, comienzan y no paran, a tocar guitarras y mandolinas, a danzar, a endechar canciones ardorosas y nostálgicas, a embromar al cincuentón, a reír, a sonreír, a llenar el espacio con los jilgueros de sus voces, a hacer beber a los dos hombres, y cuando el cincuentón a prima noche, no mal bebido, cree estar cerca de las grandes victorias, sin que se sepa cómo ni por dónde, las dos criollas se volatilizan, desaparecen; con el último brinco de su última danza han puesto el pie en la ausencia, se han convertido para siempre en recuerdo alucinado.

»Estas dos criollas, que florecen imprevistas en un rincón perdido de la mayor soledad, representan para mí, claro está, no más que el nivel mínimo de la criolla. Pero en ella germinalmente está la prefigura de la cima de este tipo de mujer, irreal de puro real, a la vez cotidiana e inverosímil.»